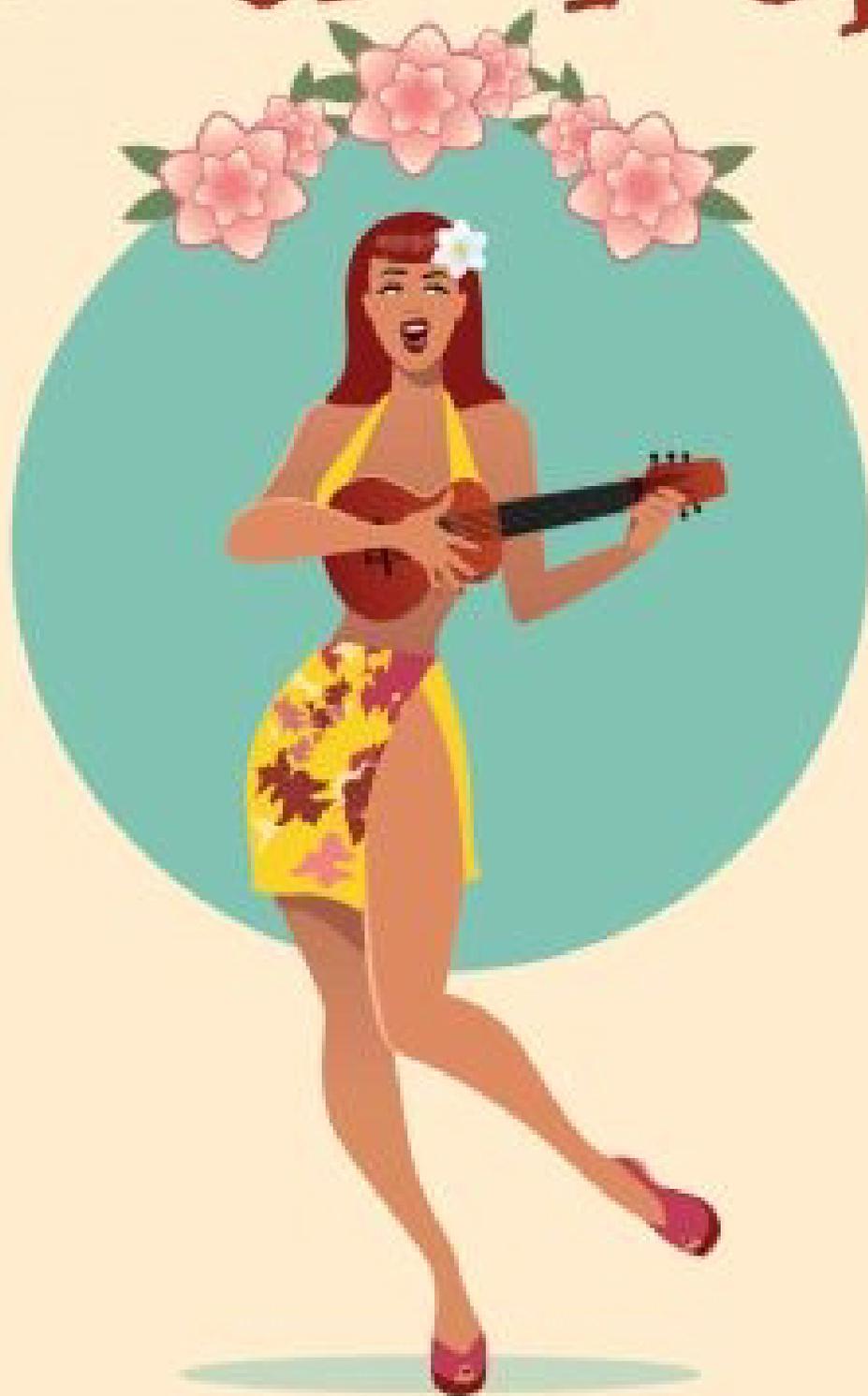


Citronela



Gema Samaro

D.J.57

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

Capítulo 33
EPÍLOGO

CITRONELA
GEMA SAMARO

©Gema Samaro, agosto, 2019

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: iStock by Getty Images

Diseño portada: AIRG

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

SINOPSIS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[EPÍLOGO](#)

SINOPSIS

Después de su última decepción amorosa, Pili decidió cambiarse el nombre y ponerse Citronela, como la planta que ahuyenta a los insectos.

El último bicho al que mantiene a raya es Guillermo, el trompetista de Los Flipados del Swing, la banda con la que canta desde hace unos meses y con la que hace bolos por todas partes.

Guillermo tiene el perfil en el que Pili se prometió que jamás volvería a caer: guapo, culo inquieto, mujeriego y trompetista.

Y por supuesto que va a ir con su promesa hasta el final.

A pesar de que Guillermo asegure que se ha enamorado de ella.

Y Pili puede que también de él.

Pero ahora quien manda es Citronela y ha decidido que acaba de encontrar al hombre perfecto: Luigi.

Luigi es un misterioso empresario que los contrata para que actúen en una fiesta privada en su barco anclado en Formentera y al que le bastan unos instantes para perder la cabeza por Citronela.

Ella a pesar del mareo del barco, la luna y el champán, sabe que ese hombre es lo que necesita y decide dejarse llevar.

O eso intenta, porque el trompetista no está dispuesto a perder a Pili...

Capítulo 1

Pili pensó que todo era perfecto, Formentera, el Mai Tai, las estrellas, la cama balinesa, el *hot jazz* que sonaba de fondo, hasta que apareció Guillermo y se esfumó la magia:

—¡Qué pasada! —exclamó tras saltar a la cama y tumbarse junto a ella.

Pili resopló y le pidió indicándole la hamaca de al lado con la cabeza:

—Estoy meditando. Vete mejor a esa hamaca. ¡Gracias!

—Pero es que esta es más cómoda —replicó Guillermo, colocándose el mullido cojín blanco impoluto tras la espalda— y aquí es imposible que puedas meditar.

Pili le desafió con la mirada y, con unas ganas infinitas de perderle de vista, afirmó:

—Soy la mayor de cinco hermanos, tengo una capacidad pasmosa para concentrarme en cualquier parte.

Guillermo sonrió, con esa maldita sonrisa suya, y tras encogerse de hombros, preguntó:

—Entonces, ¿qué problema tienes con que esté aquí?

Pili dio un sorbo a su bebida y respondió mirándole a esos ojos que la volvían loca:

—Todos. Todo tú eres un problema. Ya lo sabes. Tus rizos, tu belleza grecorromana, tu sonrisa, tu cuerpazo, tu forma de estar en el mundo, tu trompeta... ¡Todo es un problema para mí!

Guillermo sin dejar de sonreír, le clavó la mirada y repuso:

—Tampoco te pases. Soy un chico normal.

—Tú sabes que no.

Guillermo se revolvió el pelo con la mano y musitó:

—¡Yo que sé! Puedo alisarme el pelo, dejarme flequillo, pasarme al trombón. Puedo hacer lo que me pidas, Pili.

Pili se partió de risa de solo imaginarlo como el Príncipe Valiente al trombón y le recordó:

—Vale, te pido que no me llames Pili. Es demasiado íntimo.

—Si supieras lo que me gusta tu nombre. Además lo de Citronela hace

que me sienta como un puñetero mosquito tigre.

Pili suspiró, se recostó un poco y mirando a las estrellas, masculló:

—Es lo que hay.

Guillermo también se recostó y habló mirándola:

—Te equivocas conmigo. Soy la solución. Conmigo superarías de una vez que ese tiparraco se largara llevándoselo todo, hasta tu irrigador dental.

Pili lo miró convencida de que jamás iba a pasar nada con Guillermo y le explicó:

—Ya lo supero yo solita, gracias. Además, todos estáis cortados por el mismo patrón.

—Oye, perdona pero yo jamás he hecho un *ghosting* a nadie. Y mucho menos me he ido llevándome nada que no fuera mío.

Pili pensó que tenía razón, Guillermo era un tío de buen corazón; no obstante, había algo que le perdía:

—Pero te gustan todas...

Guillermo asintió porque era la verdad, si bien había un matiz importante:

—Hasta que te conocí en ese festival de Granada y mi vida cambió para siempre.

Pili volvió a partirse de risa otra vez y solo pudo farfullar:

—¡Mira que eres liante! Pero que no. No puede ser. Pili tal vez habría caído en tu red, pero Citronela no. Citronela tiene demasiadas cicatrices, sabe bien lo que quiere y prefiere pasarse la noche mirando las estrellas.

Guillermo cogió el mojito que le trajo una camarera de lo más sonriente y tras agradecersele, le confesó a Pili:

—Paso de Citronela, a mí me gusta Pili.

Y es que le gustaba todo, desde el flequillo hasta la forma en que fruncía los labios cuando se cabreaba...

Sin embargo, había tenido la mala suerte de llegar a su vida en el peor momento:

—Y tú me gustas a mí, pero me estoy quitando. No te lo tomes como algo personal, tan solo se trata de que no puedo volver a cometer los mismos errores del pasado. Estoy genial sola y en el supuesto de que volviera a enamorarme otra vez, sería de alguien centrado, que sepa lo que quiere, maduro, sensato y con los pies en la tierra.

—O sea un tío como yo.

—Jajajajajajaja.

Pili se dobló de la risa, porque aquello no podía ser más gracioso. Sin embargo, Guillermo no entendía nada:

—Perdona, pero no sé por qué te ríes. Soy músico, me apasiona lo que hago, sé lo que quiero y lo tengo enfrente.

—¿La playa de Migjorn? —ironizó divertida.

Si bien, Guillermo con la mirada brillante respondió muy serio:

—Quiero a la pelirroja del flequillo y la flor en el pelo.

Al escuchar aquello, Pili sintió tal vuelco en el estómago que le faltó tiempo para quitarse la flor, entregársela a Guillermo y afirmar rotunda:

—Yo no soy esa chica—. Y por si le quedaba alguna duda, se echó el flequillo a un lado. Ahora que no le sirvió de mucho, porque Guillermo le volvió a colocar la flor con una mezcla tal de dulzura y sensualidad que ella solo pudo mascullar—: ¡No seas malo, anda!

Guillermo miró a la boca gruesa de esa chica a la que se moría por besar y repuso:

—Puedo arreglarlo, y besarte.

Pili se quedó mirando la boca de ese tío que era una auténtica tentación y, acercándose más a él, susurró:

—Y yo también podría... Pero no quiero más trompetistas en mi vida.

Guillermo se apartó de ella, se cruzó de brazos y fijando la vista en las estrellas, masculló:

—Ya.

—Pues sí. Trabajo de ocho a cinco en una oficina y no me apetece llegar a casa y encontrarme con un gandul en el sofá, que solo trabaja un par de horas los días que le sale algún bolo en un garito de mierda.

Guillermo ahora sí que cabreado de verdad y tras mirar en derredor, le preguntó:

—¿Esto es un garito de mierda? Porque es el mejor *beach club* de la isla...

—Este sitio está bien, pero tú sabes a lo que me refiero. Y la noche ya conoces cómo es. Hay demasiadas tentaciones. No solo vivirías de gorra en mi casa y me saquearías la nevera, es que unos meses después acabarías yéndote con otra. Y yo ya no quiero eso.

Guillermo se bebió medio mojito del tirón y refunfuñó ofuscado:

—¡Vaya imagen que tienes de mí!

—¿Cuántas cantantes han tocado ya con Los Flipados del Swing?

—Ocho. Pero no he tenido nada con ninguna. Se van porque les damos suerte y encuentran siempre lo que estaban buscando.

—Pues a ver si me pasa eso a mí —habló Citronela, frunciendo los labios, con ese gesto que tanto le gustaba a Guillermo.

—No estires así la trompa, que me derrito.

Ella sonrió y le recordó por si acaso no lo sabía:

—No soy una elefanta. ¡No tengo trompa!

—¡Ni yo soy un gorrón! Soy músico y también estudié Empresariales, tengo mis proyectos y mis sueños.

—Uf. ¡Yo ya no estoy para soñadores! Si algún día vuelvo a tener pareja, será con alguien de vida ordenada y una profesión seria y solvente. Alguien que sepa lo que es trabajar duro, que se esfuerce cada día por dar lo mejor y que caiga derrotado a la cama cada noche.

—Un verano trabajé descargando maletas en el aeropuerto. Encajo en ese perfil.

Pili sonrió otra vez, suspiró y luego reconoció:

—Ojalá. Pero me temo que no. Tienes una vida muy caótica, y yo necesito estabilidad y seguridad.

—Suena tan aburrido.

Pili se encogió de hombros mientras pensaba que pudiera ser que tuviera razón, pero estaba tan escarmentada que no pensaba tropezar con la misma piedra:

—Solo sé que no quiero un trompetista más en mi vida. Y el aburrimento no me preocupa en absoluto. De hecho, cuando soy más creativa es en mis tardes de sopor infinito. Así que si apareciera alguien de ese perfil, aunque esté increíblemente bien sola, podría dejar una puerta abierta al amor. ¿Por qué no? —musitó.

A Guillermo no le gustó nada esa respuesta, por eso respondió enojado:

—Claro, claro. ¿Cómo vas a cerrar la puerta al amor en una isla petada de millonetas que pueden hacerte sentir segurísima y confiada?

Citronela agarró su bebida de un zarpazo y, negando con la cabeza, aseguró:

—¡No te has enterado de nada!

Capítulo 2

Guillermo se había enterado tan bien de todo que cuando su padre le llamó a la mañana siguiente para contarle que tenía que abandonar la isla para atender unos asuntos urgentes, a él se le ocurrió un plan perfecto...

—Me sabe mal anular la cena de esta noche con unos clientes muy importantes; pero tengo que viajar esta misma tarde a Madrid.

—Estoy en Formentera, anoche tocamos en la isla, y no tienes por qué cancelar la invitación. Puedo ejercer de anfitrión y después de la cena, agasajarles con un concierto privado de Citronela y mi banda —propuso Guillermo, rezando para que su padre le dijera que sí.

—¡Qué suerte tendrían mis invitados! Tu madre y yo jamás hemos podido asistir a ninguno de tus conciertos —le recordó su padre.

Y si no habían asistido era porque Guillermo había contado a todo el mundo la trola de que su madre era una maestra de una escuela de barrio y su padre un dependiente de la sección de camisería del Corte Inglés.

Y es que se negaba a contar la realidad para evitar que le prejuzgaran como lo que no era: un pijo de vida muelle, fácil y regalada.

Todo lo contrario, a pesar de que en realidad su madre era la principal accionista de una compañía del sector del transporte y su padre el presidente de la firma de inversiones Díaz Ventures que acometía proyectos residenciales en zonas de lujo, todo lo que tenía lo había logrado por sus propios medios.

Pero como su padre no iba a entenderlo, optó por replicar:

—Tampoco te pierdes nada. ¡Somos una banda del montón!

—Como sigas así, vas a obligarnos a pasar por la vergüenza de ir de incógnito a uno de tus conciertos. Y que sepas que tu madre ya tiene compradas las pelucas...

—Ya os invitaré cuando actuemos en un lugar que sea digno de vosotros.

—¡Pero si la última vez que te escuché tocar la trompeta estabas encerrado en el cuarto de baño porque decías que la acústica era inmejorable!

—Vale que sí, papá. Que ya te invitaré. Pero ahora tenemos que solucionar lo de tus invitados.

—El negocio ya está cerrado, la cena es de cortesía. Tampoco pasa nada grave si la anulo.

Guillermo pensó que a su padre no le iba a pasar nada grave, pero a él sí, por eso insistió:

—Pero seguro que ya se han hecho la ilusión de la cenita en el barco, y los vas a decepcionar y a frustrar si la cancelas.

—No insistas, hijo.

Sin embargo, Guillermo no pensaba rendirse, así que repuso convencido:

—Son clientes importantes, se merecen esa cena y yo puedo atenderlos perfectamente. Eso sí, te pido que no les comentes que soy tu hijo.

Y esa petición tan absurda hizo que Diego confirmara sus sospechas:

—Ahora que mencionas esto, tengo que confesarte algo: desde que empezaste con esa banda tengo la sensación que te avergüenzas de nosotros por ser gente de empresa.

Y ya que su padre estaba con las confianzas, Guillermo también decidió abrirse:

—No es que me avergüence, es que no quiero que piensen que soy un hijo de papá. Por eso, para mis amigos tú trabajas en la sección de camisería del Corte Inglés.

—¡Yo detesto ir a comprar camisas! —protestó—. Ya que me cambias de profesión, podías haberme puesto en charcutería o en congelados.

—A mamá la he puesto de maestra. Sé que no lo vas a entender, pero no soporto que por ser hijo de unos capitalistas triunfadores de mierda infieran que soy un capullo cretino que no sabe lo que es ganarse el pan con el sudor de su frente.

—No lo entiendo. No deberías tener esos complejos y esos remilgos, pero los respeto tanto que cuando acuda a uno de tus conciertos iré con el metro colgando del cuello.

—Genial. Pues ya que te estás enrollando tanto, concédeme el honor de que reciba a tus invitados.

Llegados a ese punto, el padre de Guillermo lo tenía todo clarísimo. Y en consecuencia, afirmó:

—Supongo que la verdadera razón por la que estás tan interesado en mis clientes, que normalmente te la bufan, es una chica.

No había que ser muy listo para deducir que estando él de por medio, siempre se trataba de una chica. Pero Pili no era una más, Pili era la chica. La

única que había conseguido que fuera fiel, incluso sin tener nada con ella. Por lo que no tuvo inconveniente en confesarle a su padre:

—Es Pili, la cantante, o sea Citronela. Estoy enamorado de ella, pero ha tenido mala suerte con otros trompetistas y no quiere nada conmigo.

—Ya, y vas a subirla en barco para que descubra que eres tan mentiroso como los otros tipos.

—Necesito que descubra que puedo hacerla feliz y para eso tengo un plan.

—¿El plan de soltarle de golpe y porrazo que eres un rico heredero que se avergüenza de sus padres capitalistas de mierda?

—Papá, por favor, soy mucho más imaginativo y sofisticado. Pero para eso, necesito que me dejes que ejerza de anfitrión. Leeré algo en tu nombre, me encargaré de que cenén de maravilla, luego lo daremos todo en la actuación, reforzaremos tu imagen de marca, fidelizaremos mucho más a tus clientes y yo...

Guillermo se calló, suspiró y su padre le preguntó:

—¿Tú qué?

—Yo si todo sale como espero, daré el primer paso en firme hacia el corazón de Pili.

—Tú y tus planes rocambolescos. ¡Todavía recuerdo el que ideaste para mí!

—Papá, por favor, yo tenía trece años. Hice lo que pude para ayudarte y que fueras feliz.

—Lo único que sé es que esto que me estás contando destila inmadurez por los cuatro costados. ¿Qué hombre en sus cabales, hecho y derecho, se avergüenza de sus padres y conquista a la chica de sus sueños con mentiras?

—Os acepto como sois, pero me niego a que me cuelguen etiquetas que no me corresponden. Y si el precio a pagar es que tú seas camiserero, lo pago. Y en cuanto a Pili, tan solo soy un hombre desesperado. Nada más que eso. Y no la voy a conquistar con mentiras. Aparte de que lo de la conquista atufa a patriarcado y a capitalismo. Yo solo quiero que conozca facetas de mí que se niega a descubrir por puro prejuicio.

—Ajá. Y para que te conozca vas a mentirle como un bellaco —insistió su padre.

—Voy a regalarle un cuento —precisó Guillermo.

—Una patraña.

—Eres tan asquerosamente realista, padre.

—¿Qué le vas a contar? ¿Que el dueño del barco es un comprador compulsivo de camisas y que de tanto ir al Corte Inglés ha surgido una amistad entrañable con el vendedor?

—No me subestimes, papá, por favor. Soy un artista y voy a hacer que todo sea mágico, especial y único.

—A tu madre no le voy a contar nada, porque me resisto a ensuciar tu imagen.

—¿Que se piense que me drogo o algo?

—Más bien que eres un imbécil integral.

Guillermo volvió a suspirar y le preguntó a su padre:

—¿Y qué enamorado no lo es?

—Ya, sí, eso sí...

—Seguro que tú también hiciste locuras por amor.

—Locuras sí, estupideces no.

Guillermo, totalmente decepcionado, replicó:

—O sea, que no me dejas que haga de anfitrión.

—Te equivocas, porque acabo de recibir un mensaje de uno de mis clientes en el que me cuenta que está entusiasmado con la invitación a la cena en el barco. Así que no voy a aguarle la fiesta...

Guillermo, con el corazón a punto de salirse del pecho, exclamó:

—¡Te prometo que va a ser genial! Es más, van quedar tan encantados que te van a comprar otro residencial entero.

—Déjate de residenciales, ahora la que me preocupa es esa chica. Si se ha puesto Citronela es porque tiene que estar harta de conocer a bichos.

—Sí, pero yo no lo soy. Yo solo quiero regalarle la noche más hermosa de su vida.

—¡Ojalá! A ver si con un poco de suerte se enamora de alguno de mis clientes. Por lo que sé, ninguno toca la trompeta...

Capítulo 3

Llegó la noche y Citronela y Los Flipados del Swing se subieron a un lanchón que les condujo a un yate de más de treinta metros de eslora que los dejó a todos fascinados:

—¡Madre mía! ¡Vaya pedazo de barco! —exclamó Sandra, la pianista, con la boca abierta, cuando estaban a pocos metros del Vulcano.

Guillermo sintió tanto orgullo, porque la verdad era que le encantaba el barco que se llamaba Vulcano en homenaje a su abuelo que había sido herrero, que soltó sin querer:

—Es un motovelero aparejado en queche, que cuenta con varios salones y camarotes, siete personas de tripulación y... Y ya. Ya no me acuerdo de lo demás que me han contado —disimuló, mordiéndose los labios.

Pili que estaba asombradísima contemplando la embarcación preguntó:

—¿Y quién es el dueño?

—Es un tipo misterioso —respondió Guillermo.

—¿Cómo que un tipo misterioso? ¿No sabes quién nos ha contratado? —preguntó Pili que lo que menos le apetecía era plantarse en el barco de algún mafioso o similar.

—Es alguien serio y solvente, pero no quiere que se sepa demasiado sobre él. Prefiere mantenerse en el anonimato.

—¡Qué chorrada! Imagino que tiene que ser muy fácil averiguar a nombre de quién está el barco —replicó Citronela que iba a aferrada a su ukelele.

—No te creas, generalmente estos yates suelen figurar a nombres de empresas de alquiler de barcos. De hecho, este se puede alquilar por unos cien mil y pico euros a la semana —contó Guillermo, que ya estaba empezando a ejecutar su prodigioso plan. O eso era lo que él creía.

—¡No me interesa, gracias! Casi que mejor me cojo el Trasmapi y por veinte pavos me planto en Ibiza —bromeó Pili.

—¿Pero has hablado con el dueño? ¿Cómo tenía la voz? ¿De viejales cachondo? —preguntó Sandra que era una cotilla de cuidado.

—No he hablado con él. El bolo lo he cerrado a través de un empleado

suyo. Solo me ha dicho eso, que es alguien que quiere sorprender a sus invitados con un concierto —empezó Guillermo a mentir, o sea a ejecutar su estupendísimo plan.

—¡Qué morboso todo! Seguro que le conocemos esta noche. ¡Mola! —aseguró Sandra que desde que había dejado a su novio de toda la vida vivía entregada al morbo, la exploración y la aventura.

—No creo. Su empleado me dijo no que pensaba dejarse ver, además me ha pedido que no nos relacionemos con los invitados. Quiero decir, que me lo exigen por contrato. Como les hablemos, no nos pagan.

—¡Qué excitante! Nos va a tocar darle al swing, mientras estos están dale que te pego. ¿Y nos van a tapar los ojos? Uf. No sabes lo que me pone tocar para una buena orgía —comentó Sandra más fascinada todavía.

Citronela bufó y arqueando una ceja le comentó a Guillermo:

—Yo estoy por darme la vuelta, porque a mí no me va lo de actuar para gente rara a la que no puedo ni mirar a los ojos...

—Joder, ¿te gusta mirar, Citro? No sabía yo que eras voyerista —le interrumpió Sandra muerta de risa.

—Pues a mí tampoco me hace mucha gracia actuar para gente rarita —comentó Darío, el trombón y podólogo que desde que su novia le había dejado hacía un año, a tres meses de la boda, no levantaba cabeza.

—¡Tíos, no desbarréis! Lo único que me han pedido es que no hablemos con los invitados, por la cosa de preservar la intimidad del anfitrión.

—Eso es que es un famoso, pero muy famoso —afirmó Sandra con los ojos brillantísimos de expectación—. Vamos, que si en la fiesta están Casado, Rivera e Iglesias, es que es el Presidente...

Citronela miró a la pianista con cara de asco y luego le pidió:

—¡Deja de decir, tonterías, que tengo un mal cuerpo tremendo! A ver si llegamos de una vez...

—Ya te dije que te tomaras la biodramina —le comentó Guillermo, que estaba feliz de poder pasar las próximas horas junto a Pili.

—Estaba bien hasta que habéis empezado con las estupideces sobre el anfitrión. Y es que las fiestas privadas no me gustan para nada.

—¡Uy, pues a mí me pasa todo lo contrario! Cuando Guillermo me ha dicho que nos habían contratado para actuar en un barco, se me ha disparado la imaginación —habló Sandra, levantándose el cuello de la camisa de estampado tropical, a juego con la falda de vuelo.

—Mejor no cuentes con lo que has fantaseado que poto ... —masculló Citronela.

Y todos se echaron a reír, menos Darío que bastante tenía con lo suyo.

Por cierto, el resto de Los Flipados del Swing eran Vicente, un batería divorciado de cincuenta años que trabajaba también de taxista, Rafa el saxofonista enfermero, y Manuel el contrabajo amante de todo lo que se le pusiera por delante.

Juntos llevaban seis años tocando música swing con sonido Nueva Orleans y con distintas voces femeninas.

La última: Citronela.

La única que había hecho que Guillermo perdiera la cabeza de tal modo que estaba a punto de liarla muy parda solo para hacerla feliz.

O esa era su idea.

El caso es que llegaron al yate, donde les recibió una tripulación de lo más amable:

—Oye, ¡y que no hay uno feo! —le cuchicheó Sandra a Citronela, mientras les conducían por un pasillo repleto de cuadros de Katherine Bernhardt, Matt Lamber, Trudy Benson,... que Guillermo había ido adquiriendo durante los últimos años; si bien, no era el momento de presumir de colección pictórica, obviamente.

De momento, era el hijo del camisero...

Un modesto trompetista que esa noche tenía un encargo muy importante:

—El anfitrión me ha pedido que lea unas palabras a sus invitados, luego cenarán tranquilos bajo las estrellas y a los postres, saldremos para sorprenderles con la actuación —habló mostrándoles un papelito que sacó del bolsillo de su camisa blanca.

La camisa blanca, pensó Citronela...

¿Por qué le sentarían tan condenadamente bien las camisas blancas a ese maldito trompetista?

Por no hablar de la gorrita años treinta...

Y es que ese rollo de bailarín *lindy hop* y esa estética swing, le quedaban tan bien que era como para perder el sentido.

Ese que Pili jamás iba a perder con él...

Y mientras ella se atormentaba con esos pensamientos, Sandra le pidió a Guillermo:

—Léenos lo que pone en el papelito. Tenemos qué saber de una vez de

qué palo va esta gente.

Guillermo se guardó el papel en el bolsillo, por si acaso a la chismosa de la pianista le daba por arrebatarárselo y repuso negando con la cabeza:

—Es estrictamente confidencial. Y ahora os pido que paséis al salón de enfrente que os van a servir una cena informal y yo me marcho a cubierta a reunirme con los invitados.

Sandra miró a Guillermo asombrada por la desenvoltura con la que se manejaba en la embarcación y exclamó:

—¡Se te ve de un suelto, tío, como si hubieras echado los dientes en el barco!

Guillermo soltó una carcajada de lo más tonta y se fue derecho a cubierta para no seguir pifiándola ante los ojos de la cotilla de la pianista.

Una vez allí, se encontró con diez personas venidas de todas partes del mundo, que estaban encantados con la invitación.

Luego, leyó el mensaje en el que su padre se excusaba por la ausencia y les pedía que disfrutaran de la velada, y a continuación se retiró con el resto de sus compañeros al salón donde estaban ya cenando.

Si bien, Sandra en cuanto le vio a aparecer le cogió por el brazo, le llevó a un aparte y le susurró:

—Ya sé que todo es confidencial. Pero tú solo dime algo: ¿esa gente está en bolas?

Guillermo estaba tan nervioso que se sorprendió farfullando:

—¿Qué dices? ¡Son clientes de papá venidos de todas partes del mundo!

Sandra le miró perpleja porque aquello ya era demasiado:

—¡No me digas que se compran las camisas donde tu padre! Entonces, si los has reconocido a simple vista es que son superfamosos que han pasado por la sección de camisería. ¡Ay, ay, ay, qué emoción! ¡Anda, dame solo las iniciales de sus nombres y no te molesto más!

Capítulo 4

Sandra sació por fin su curiosidad, cuando les anunciaron que los invitados habían acabado con los postres y salieron a cubierta.

Guillermo les explicó que el anfitrión quería agasajarlos con un concierto, que ellos eran una banda de swing, y que iban a darlo todo para que esa noche fuera memorable.

Los invitados rompieron a aplaudir y Sandra se fijó en que, aparte de que estaban vestidos, había un rubio con pinta de nórdico que estaba como quería, como también lo estaba otro con aspecto de surfero, de unos treinta años, que los jaleaba en un claro francés de Bruselas.

—El belga para mí y el vikingo también. ¡Puedo con todo! —le cuchicheó a Citronela, mientras el técnico terminaba con los últimos detalles en el escenario improvisado.

—Pues yo viendo las opciones que me quedan: el asiático octogenario, el pelirrojo de piel de langostino y los tres matrimonios bien avenidos, como que paso.

—¡Hay que ser más rápida, Citro! Lo siento.

—Tengo mucho lío en la cabeza. Estoy bastante empanada.

—Al que tienes en la cabeza es a Guillermo. Chica, tíratelo de una vez y ya verás cómo se te aclara la mente.

—Calla, que te va a escuchar. ¡No puedo! Sé muy bien lo que me iba a tocar y me niego a volver a pasar otra vez por lo mismo.

—Este tío no es un vago, se mata por conseguirnos bolos, y desde que apareciste en su vida, no se ha liado con ninguna.

—Ya, pero que no. No puedo correr riesgos.

—¡Tía, yo qué sé! Si buscas valores seguros, apuesta por el chino.

—Prefiero apostar por mí. Estoy feliz sola. Si es que no necesito más. Y en el supuesto de que apareciera alguien que fuera especial y con una vida organizada...

—Jojojojo. ¡Eso es ciencia ficción, Citro!

Pili se encogió de hombros y masculló resignada:

—Ya, es lo que me temo.

—Por eso prefiero optar por la aventura y el riesgo. ¿Cuántos años le echas al vikingo?

Pili le miró y, aunque ella era malísima para calcular edades, respondió:

—¿Cincuenta y cinco?

—¿Crees que me saca quince años? Yo le echo como cuarenta y nueve o así. Pero bueno, da igual, si es que estoy abierta a todo. ¡Mira qué manazas tiene y qué pinta de ser un tío que sabe lo que hace! ¿Qué serán? ¿Qué relación tendrán con él anfitrión? ¿Qué tendrán en común el de la piel de chicle con el abuelo chino? Lo que está claro es que tienen que ser buenos en lo suyo para que el anfitrión les honre de esta manera. Igual el nórdico es su cirujano y le salvó la vida...

—¿Un cirujano con esas manazas?

Sandra miró a ese hombre con un descaro total y replicó:

—Entonces tal vez sea un escultor famoso, escultor en piedra que él mismo carga sobre sus poderosos deltoides.

—Ni lo sé, ni me importa. Y tú tampoco te vas a enterar, porque tenemos prohibido por contrato hablar con ellos. Y menos mal, porque yo no me siento nada cómoda estando aquí.

Sandra se echó para atrás su media melena ondulada de *lindy hopper* y confesó:

—¡Pues yo sí! Estoy tan a gusto que me no me importaría que levaran anclas y me dieran quince vueltas al mundo.

Pili pensó que, aunque su amiga estaba como una cabra, la admiraba profundamente. Por eso, confesó:

—Me gustaría estar tan abierta a la aventura como tú, pero últimamente me estoy volviendo demasiado controladora. Detesto las sorpresas y cada día confío y creo menos. ¿Tendré remedio?

—Sí, en cuanto te lées con el trompetista.

—Jajajajaja. ¡La que no tienes remedio eres tú!

Y dejaron la cháchara porque ya estaba todo listo para que el concierto empezara...

Citronela agarró su ukelele, tocó un sol, do, mi, la para comprobar la afinación y tensó un poco la segunda cuerda, mientras sus compañeros hacían lo propio con sus instrumentos.

Después, se colocó frente al micrófono de pie y pensó que esa era la vida del artista, unas veces te tocaba actuar ante doscientos en un chiringuito de

moda y otras estabas frente a diez personas que te miraban con cara de: “a ver qué van a liar estos pirados”.

Pues ahí estaban.

Guillermo dio la señal, y arrancaron con las primeras notas de *Who walks in when I walk out* de Ella Fitzgerald, que Citronela no podía resistir porque tenía un solo de trompeta que Guillermo bordaba.

Porque cómo tocaba el maldito...

Le volvía loca, tanto que cada vez que interpretaba esa pieza evitaba mirarlo para que no se le cruzaran los cables.

Pero esa noche...

Esa noche fue incapaz de no clavarle la mirada y lo que fue peor: de sonreírle como una pánfila, al tiempo que Guillermo agradecía llevar unos pantalones holgados.

Y tras esa canción, siguieron con un clásico: *Rosetta*, y a continuación *I wanna be like you*, de *El libro de la selva*...

No obstante lo gordo vino después, porque cuando Citronela se percató por el papelito que Guillermo había pegado con cinta adhesiva a sus pies con el orden de las canciones, que la siguiente era una prohibida: se quedó muerta.

¿Pero cómo se había atrevido a meter en el repertorio *Sing, Sing, Sing*, de Benny Goodman?

Es que no. No podía ser. Ella estaba harta de decirle que no incluyera esa canción, más que nada porque había un momento en el que a él le daba por soltar la trompeta, agarrarla de la mano y lanzarse a bailarla al estilo *lindy hop*.

Y no podía ser.

No, porque se dejaba llevar tanto cuando bailaba con él que su cuerpo acababa hablando y delatándola al mismo tiempo.

Era tal el subidón de energía, de buenas vibraciones y de algo que no se atrevía ni a verbalizar que siempre acababan el bailecito dándose un pico.

Y no estaba la noche para picos. Ni para palas. Ni para nada.

Por eso, en cuanto empezó a sonar la canción, se apartó todo lo que pudo del trompetista y se aferró a su ukelele que no pensaba soltar por nada del mundo.

Y así estuvo, agarrada a él, con una cara extrañísima, moviéndose en el sitio al son de la música y sin dejar de mirar al infinito, hasta que llegó justo

ese momento, en el que él soltó la trompeta y ella le dijo no con la cabeza sin dejar de sonreír.

Guillermo le tendió una mano y ella susurró entre dientes la primera excusa que se le ocurrió:

—¡No puedo bailar con este vestido!

Citronela estrenaba ese día un vestido entallado, de tirantes y una abertura enorme de Lady Cacahuete...

Vestido que a Guillermo le traía tan loco que insistió:

—¡Claro que puedes y llevas tus zapatos de la suerte. Todo va a salir bien!

Citronela pensó que cómo iba a salir bien echarse un baile bajo las estrellas con el tío que menos le convenía del universo.

Es más, solo le faltaba que los zapatos de Madame Dynamite, unos fucsias ideales para el baile, le acabaran dando suerte a él y todo terminara de aquella manera.

Así que masculló con una sonrisa enorme de *hopper* de toda la vida:

—Ya, pero no. Mejor sin baile.

Claro que con lo que no contaba Citronela era con que la traidora de la pianista, agarrara su micrófono y dijera de repente en medio de la canción:

—¡Y ahora es cuando nuestra cantante y nuestra trompeta bailan!

Y por si no lo habían entendido en español, lo soltó también en inglés y acto seguido empezó a aplaudir, instando a los invitados a que hicieran también lo mismo y los jalearan para que se arrancaran de una vez con el baile.

El público se enrolló, empezó a pedirles que bailaran... Y como el público siempre manda, no les quedó más remedio que hacerlo.

Pili le cogió de la mano y se dejó llevar porque no sabía bailar de otra manera, y se miraron y se sonrieron y se gustaron y se dijeron tantas cosas con sus cuerpos, que cuando acabó el tema no solo se dieron un pico, sino que Guillermo la agarró por la cintura, la estrechó contra él, ella le cogió por el cuello y acabaron besándose con todas las de la ley: con lengua y con ganas.

Capítulo 5

Después del beso, los dos se quedaron frente a frente sin decir nada, todavía pegados, mientras los invitados aplaudían encantados con el espectáculo.

—Te juro que en la vida voy a olvidar este beso —le susurró Guillermo al oído.

Pili le miró emocionada, porque ella tampoco iba a hacerlo, pero no se lo dijo, tan solo susurró:

—Si es que tú y yo no podemos bailar, porque mira lo que pasa.

—Me pasaría la vida entera repitiéndolo...

Pili suspiró, sonrió y luego confesó al tiempo que seguían los aplausos:

—Y yo. Pero tú y yo somos una de esas cosas que no pueden ser.

Guillermo la miró sin entender cómo podía decir aquello si acababan de darse un beso con la magia, el misterio, la rotundidad y la consistencia de una galaxia entera.

Por eso, la desafió con la mirada y replicó:

—¿No te das cuenta de que ya estamos siendo?

Pili sintió tal estremecimiento que se tuvo que apartar de él porque como siguiera mirándole iba a acabar agarrándole por el cuello para repetir la pifia.

Después, agradeció al público los aplausos con una pequeña reverencia y la banda a petición de Guillermo comenzó a tocar la siguiente canción, ya que aunque él hubiera detenido ese instante para siempre, no tenía mucho sentido alargar más aquello.

Y la canción siguiente era *Je veux* de Zaz que Citronela cantó sintiéndola más suya que nunca.

Y es que ella quería justo lo que decía la canción: amar, reír, disfrutar, descubrir su libertad...

Para nada buscaba un millonitis con el que sentirse segura y confiada, como le había reprochado Guillermo el día anterior.

Ni lo quería ni lo necesitaba.

Además el dinero le importaba una mierda.

Ella solo quería sentirse bien, ser feliz, reírse, gozar, disfrutar y amar

también, por qué no, pero a alguien muy distinto a Guillermo.

Porque con un tío como él era imposible ser feliz.

Ya lo había intentado otras veces y sabía de sobra que jamás funcionaba.

Los espíritus inquietos y libres siempre acababan aburriéndose y llevándose todo, hasta el irrigador dental.

Y si Guillermo no lo entendía le daba lo mismo.

Ella ahora se quería demasiado como para volver a cometer un error tan calamitoso.

Y a pesar de que la noche era perfecta, como el beso y todo lo demás, a pesar de que reconocía que como él había dicho por unos instantes “habían sido”, ella quería otra cosa.

Y no era Guillermo.

No obstante, y aunque que lo tenía clarísimo, se puso tan triste de solo pensarlo que se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que forzar aún más la sonrisa y cantar más fuerte para no romper a llorar.

Cosa que, por cierto, hizo en cuanto la canción terminó y Guillermo pidió un aplauso para:

—La voz que se cuele en mis sueños: ¡la maravillosa, única y genial: Citronela!

Luego cogió una flor blanca de no se supo dónde y se la colocó en el pelo, a la vez que ella se tapaba la cara con las manos para que no la vieran llorar como una idiota.

Porque era como se sentía...

Idiota por morirse de ganas de abrazar a un tío con el que no iba permitirse tener absolutamente nada por una mera cuestión de supervivencia, aunque sonara muy melodramático.

A continuación, con disimulo se enjugó las lágrimas con los dedos, bebió un poco de agua y siguieron con el concierto en el que Sandra no paró en ningún momento de establecer contacto visual con el vikingo y el surfero.

Cómo no sería la cosa que cuando la actuación terminó, le faltó tiempo para encerrarse con ellos en un camarote en el que pasó de todo y sin cruzarse ni una sola palabra, más que por exigencias del contrato, porque para lo que hizo con ellos: no necesitó hablar.

Y una hora después de aquello, despeluchada y muerta de risa, les acompañó a cubierta donde les esperaban el resto de los invitados para regresar a tierra.

Acto seguido, se subieron todos al lanchón y ella les despidió desde la borda con un *bye bye*, mientras los otros le lanzaban besos y más besos.

—¡Qué nohecita! —canturreó Sandra, divertida en cuanto regresó junto a sus amigos—. ¡Y mira qué contentos y relajados se van!

—Solo espero que no hayas hablado con ellos —habló Guillermo temiéndose que la pianista hubiera descubierto el pastel.

—Solo nos hemos intercambiado indicaciones del tipo: tú por aquí, tú por allá, ponte así o ponte asá. Vamos, que puedes estar tranquilo. No tengo ni idea de con quién he follado —aclaró Sandra, encogiéndose de hombros.

—¿Pero os habéis dado los teléfonos o algo? —insistió Guillermo que no quería que ningún fleco suelto pudiera desmontarle su plan.

—¿Para qué? ¿Para recomendarnos restaurantes donde hagan buenas paellas? —bromeó Sandra.

—Yo qué sé, te lanzan tantos besos que igual quieren repetir...

—¡Ah, no, no! Esto ha sido el instante, la magia del momento, fusión de miradas y de cuerpos, morbazo extremo, apertura total de todo, experimentación máxima y adiós muy buenas, porque ya más no se le puede pedir a la noche.

Guillermo respiró aliviado y decidió seguir con el guion, claro que para eso tenía que librarse de los de la banda. Al saxo, al batería y al contrabajo los acababa de meter en una zódiac y ya iban derechitos al hotel.

Pero al petardo del trombón le había tenido que encerrar en un camarote, ya que después de tres copas le había entrado una llantina de lo más patética.

Y aquello sin duda era una misión para Sandra...

—El que te quiere pedir una cosa soy yo. A Darío le ha entrado una crisis de llanto de las suyas y le he tenido que esconder en un camarote. ¿Te importaría ir a consolarle? Nosotros lo hemos intentado todo, pero no ha habido manera. Así que me lo he llevado para allá y lo he encerrado con llave —dijo tendiéndole la llave—. Tranquila que no hay objetos punzantes ni nada de lo que pueda colgarse.

—Y yo te confirmo que está vivo —informó cogiendo la llave—. He escuchado unos lamentos cuando he pasado por el pasillo, pero pensaba que se estaba desatando la pasión en el barco.

—Ojalá pero no. Bueno sí, porque resulta que... —Guillermo hizo una pausa dramática y se quedó mirando muy serio a Pili.

Y ella muy nerviosa, porque en absoluto quería ponerse a comentar lo del

beso, replicó a la defensiva:

—Resulta nada, ¡conmigo no pasa nada de nada!

Guillermo trago saliva, se puso más serio todavía y contó muy metido en el papel:

—Sí que pasa sí. Porque resulta que la persona que nos ha contratado y que nos va a pagar un pastón por la actuación, me acaba de enviar un mensaje para decirme que el anfitrión está en el barco, que se ha quedado fascinado con tu interpretación y que quiere conocerte. Te está esperando en el salón principal...

Citronela se quedó estupefacta, mientras Sandra se frotaba las manos de la expectación:

—¡Tía, tienes que ir! Seguro que es un pez gordo. Tienes que hacerte una selfi con él. ¡Y pedirle un autógrafo! ¿Tienes bolígrafo?

Pili negó con la cabeza porque lo que menos le apetecía era encontrarse con ese desconocido que a saber quién era...

—Ni loca voy a saludar a ese tío. ¿Y si es un perverso o yo qué sé?

—Yo he estado curioseando por ahí y no he pillado nada. No tiene fustas, ni armas, ni nada raro en los armarios. Bueno, sí, me he encontrado un par de pelucas que son como para hacer el moñas en Carnaval. Pero nada más. Por no haber, no hay ni una jodida fotografía en la que salga alguien enseñando el careto. Por eso tienes que pasar al salón y descubrir quién coño es este tío — le pidió Sandra.

—Él solo quiere saludarte. No va a pasar nada. Y yo estaré aquí esperándote —le aseguró Guillermo.

—No sé. ¡Es todo tan extraño! —musitó Citronela.

Sandra batió las manos, bufó y le aclaró a la pánfila de su amiga:

—¡Buah, qué dices, tía! Esto de que la gente quiera conocernos y follarnos a los artistas después de un concierto es algo común y corriente.

Citronela miró a su amiga horrorizada y le recordó:

—Ya, pero yo no estoy tan abierta a la vida como tú.

—¡Anda, que estoy de coña! Que este señor solo quiere darte las buenas noches y felicitarte por la actuación. Así que tienes que acudir a su encuentro aunque solo sea por una mera cuestión de cortesía.

Luego cogió a su amiga por los hombros y la empujó hasta la escalera que conducía al salón principal:

—¿Cortesía? —preguntó Citronela, resistiéndose.

—Sí, y tú siempre has tenido muy buenos modales. Así que sonríe y déjate llevar, como cuando bailas. Claro que a este no le beses como has besado a Guillermo. Jojojojo.

Pili miró a su amiga más horrorizada todavía y susurró:

—Calla, por favor, calla. ¡Ni me lo recuerdes!

Y Guillermo, que no había podido evitar escucharlas, replicó:

—Pues yo aún siento tu beso en mis labios...

Capítulo 6

Citronela prefirió irse directa al salón principal antes que seguir hablando del condenado beso, eso sí ya con la mano en el pomo de una historiada puerta de madera de cedro, les pidió con una cara como si fuera a inmolarse:

—Estad pendientes de los móviles, si veo algo raro os hago una perdida...

Sandra se partió de risa y le dijo a Citronela que no estaba para bromitas:

—Mujer, si es algo raro y descomunal, llama y dame detalles. Las cosas buenas hay que compartirlas.

Citronela respiró hondo, se llevó la mano al vientre y farfulló:

—Tú y tu maldito morbo. ¡Lo estoy pasando mal, que lo sepas!

Guillermo, que de repente se sintió muy culpable porque la verdad es que se veía que la chica lo estaba pasando fatal, le aseguró:

—Solo va a ser momentito. Y seguro que es una persona encantadora.

—¿Y por qué se oculta? ¿Por qué no ha subido a cubierta? —preguntó Citronela, cada vez más ansiosa.

—Porque es un pedazo de famoso que no quiere que se sepa que está en la isla. ¿Te imaginas que es Michael Bublé y te propone hacer un dueto? Esta banda da mucha suerte a todas las cantantes —le recordó Sandra, para ponerla más nerviosa todavía.

—¡Madre mía, voy a entrar, antes de que me dé un síncope! ¡Deseadme suerte!

Sandra le deseó suerte levantando una mano, pero Guillermo fue más allá, la agarró por el cuello y le plantó un beso en los labios.

Así porque sí. Y luego le dijo con una emoción que no le cabía en el pecho:

—¡Mucha suerte!

—Vais a matarme entre todos. ¿Para qué me besas otra vez con lo nerviosa que estoy? —le preguntó Citronela.

—Me ha salido de dentro. Pensé que te gustaría y que te haría sentir mejor.

—Pues estoy peor.

Aunque le había gustado, pero no iba a reconocerlo no fuera a ser que le metiera otro morreo y aquello se pusiera tremendamente complicado.

—Eso es porque no te lo ha dado en condiciones. Dale otro, Guillermo, pero con lengua que son los que dan suerte de verdad —apuntó Sandra.

—¡Uy, yo me voy para adentro, casi que prefiero a este señor misterioso que a vosotros! —murmuró Citronela, mientras abría un poco la puerta.

—Genial, yo me voy a buscar una botella de champán para animar al trombón. ¡Luego, me cuentas! —replicó Sandra.

—Al fondo a la izquierda está la cocina —le informó Guillermo.

—¿También sabes dónde está la cocina? —le preguntó Sandra muy intrigada.

—Es que he ido antes a pedir hielo —respondió Guillermo ansioso por librarse de una vez de la plasta de la pianista.

—Ah, vale, bueno yo me voy. Lo dicho. ¡Nos lo contamos todo!

Y se marchó para la cocina, en tanto que Citronela abrió del todo la puerta del salón principal y se metió a toda prisa para adentro no fuera a ser que al trompetista le diera por besarla otra vez.

Luego, cerró la puerta tras ella y se quedó a oscuras en una habitación donde no se veía absolutamente nada.

Lo que ella no sabía era que en ese instante Guillermo se había echado a correr y había entrado en el mismo salón por la otra puerta que estaba justo detrás de la librería.

Luego se puso una chaqueta, las gafas de cerca de su padre y un poco de un perfume amaderado que había dejado junto a la estantería para imprimir carácter a su personaje, se sentó en el sofá de piel donde este solía leer, cruzó las piernas, carraspeó un poco y, poniendo la voz de Liam Neeson, esa que aprendió a perfeccionar hasta extremos pasmosos durante el año que estuvo estudiando en Belfast, la saludó:

—¡Buenas noches, Citronela!

—¡Ay mi madre, qué susto! —exclamó Pili llevándose la mano al pecho, porque entre los ruiditos tan raros que había escuchado nada más entrar en la habitación donde no se veía nada y la voz cavernosa de ese tío, estaba al borde del ataque de pánico.

—Tranquila, solo quería felicitarte por la actuación. Soy...

Guillermo cayó en la cuenta en ese instante de que su plan perfecto tenía un pequeño fleco. Y es que el personaje que acababa de entrar en acción no

tenía nombre, por eso se quedó callado unos segundos que incomodaron tanto a Citronela que le pidió:

—Siga, siga. Estoy aquí escuchando. Usted es...

Y Guillermo soltó lo primero que se le vino a la cabeza:

—Luigi.

El nombre de su perro, un San Bernardo simpático y sibarita que ahora estaba apalancado en la casa que tenían sus padres en Ibiza.

—¡Encantada de conocerlo! —replicó Citronela, que dado el perfecto castellano que hablaba ese tío jamás habría dicho que era italiano.

—Tutéame, por favor.

—Gracias. Sí. Pues eso, que encantada.

Y tras decir esto, Citronela de los nervios, dio un paso atrás y tropezó con algo que cayó al suelo haciendo un ruido tremendo.

Guillermo que no había contado con ese giro de la trama, de repente se preocupó bastante por si la pobre Pili acababa en el hospital por culpa de su maravilloso plan.

—¿Estás bien? —preguntó, con esa voz profunda y grave.

—¡Fenomenal, pero por el ruido la he liado parda! —exclamó abochornada—. ¡Perdón! ¡Ay, perdón, perdón, perdón! ¡Es que mi vista suele tardar un poco en adaptarse a la oscuridad y he dado un puntapié a algo! Pero espera que me ponga a gatas y te hago una evaluación de los desperfectos...

—¡Ni se te ocurra! ¡No vaya a ser que te cortes! Y luego a ver cómo me tocas... el ukelele.

—Tranquilo que voy con mucho tiento. Porque imagino que no quieres encender la luz —dedujo Citronela al tiempo que se agachaba para palpar con cuidado el suelo y comprobar que había trozos desperdigados por todas partes.

—¡No, la luz no, por favor! Espero que no te importe. Pero tiene que ser así.

Después de la que había liado, Pili pensó que no estaba en condiciones de exigir nada, por eso repuso:

—Tú mandas. Solo espero que esto que me he cargado no sea algo de gran valor. Un vestigio arqueológico o algo por el estilo...

Guillermo estuvo a punto de partirse de risa, porque lo que se había cargado solo podía haber sido la espantosa figurita de arcilla de un hombre pájaro obra de su tía Leocadia. Una pieza tan fea que tenía plantada junto a la

puerta, a ver si había suerte y alguien la hacía trizas, Pero no había manera. Hasta que había llegado Citro y le había asestado el golpe de gracia. Así que, la tranquilizó agradecido:

—Era de mi tía, algo horrible.

Sin embargo, Citronela lejos de tranquilizarse se puso en lo peor:

—¿Algo tan horrible como su urna funeraria?

—¡Qué va, si ahora mismo estará bailando en el Amnesia! Tranquila, mujer. Lo que te has cargado es una figurita espantosa que me hizo de un hombre pájaro con ojos de rana que me daba cosa tirar y la puse junto a la puerta, a ver si alguien la rompía. Así que también me has salvado con esto.

Citronela con un corte tremendo, solo pudo musitar:

—Espero que no me estés mintiendo por pura gentileza.

Y Luigi solo pudo responder con la verdad:

—En lo de la figurita sí...

Citronela se incorporó y preguntó extrañada:

—¿Y en qué no me estás diciendo la verdad?

Luigi respiró hondo y soltó a bocajarro:

—En que no solo quiero felicitarte por tu actuación.

Citronela tragó saliva y preguntó ansiosa por conocer la respuesta, porque Michael Bublé fijo que no era:

—¿Ah no? ¿Y qué más quieres?

Guillermo pensó que la quería a ella, la quería como no había querido a ninguna otra chica en su vida. Pero en vez de responder con la verdad, decidió jugar al despiste.

—Quiero muchas cosas.

Respuesta que a Citronela la descolocó más todavía y solo pudo mascullar:

—Genial, pero es que es tarde y mis compañeros me esperan para regresar al hotel.

Luigi se revolvió en el asiento y decidió preguntar sobre algo que le tenía completamente perturbado:

—¡Que esperen un poco! Por cierto, y si no es indiscreción, ¿el trompetista es tu novio? Lo digo por el beso que os habéis dado después del baile...

—¡No, qué va! No tengo novio. Ni nada que se le parezca.

—Entonces ¿el beso forma parte del *show*? ¿No significa nada para ti? Te

lo digo porque parecía un beso de verdad. Sentido. Intenso. Y... Húmedo. Muy húmedo.

Pili sintió una vergüenza tremenda y agradeció estar a oscuras para que no viera que estaba roja como un tomate. Pero con todo, decidió decir la verdad, total, era un tío que no iba a volver a ver jamás:

—Ha sido el mejor beso de mi vida. Pero él no lo sabrá nunca...

Y al escuchar semejante confesión, Guillermo solo pudo musitar con un hilillo de voz:

—¡Ay mi madre!

—¿Qué? —replicó Citronela, que no había entendido bien.

Y él respondió con su potente voz impostada sacada desde lo más profundo de sus entrañas:

—Que tranquila, que yo guardo los secretos como una madre...

Capítulo 7

Tras escuchar semejante revelación, a Guillermo le entraron unas ganas tremendas de encender la luz y decirle: “ya lo sé todo, Pili. ¿Y ahora qué?”.

Pero como una de las posibles reacciones era que ella saltara por la borda y regresara nadando al hotel, decidió seguir con el plan que tenía urdido y que a pesar de sus flecos, estaba funcionando.

No en vano, ya había desembuchado lo del beso.

Y lo que quedaba por descubrir.

—Te agradezco tu discreción y perdona una vez más por el percance — habló Citronela, mientras se planchaba el vestido con las manos.

—Perdóname tú por tener la luz apagada, pero es que detesto que me prejuzguen. Y esta es la única manera que tengo de asegurarme de que no lo hagas.

—Yo no suelo prejuzgar —replicó ella, echándose el flequillo a un lado—. Bueno, a los trompetistas sí, pero es que he tenido muy mala suerte con ellos. Mi primer novio era como Don Pelanas, un perro que duerme toda la semana, no sé si conoces la canción, a mí la enseñó mi madre.

Guillermo estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se mordió los labios fuerte y luego soltó:

—Me suena sí...

—¿Llegó esa canción a Italia?

—Nací en Italia, porque mi madre es italiana y quería dar a luz en su tierra junto a mi abuela, la *mia nonna*... —Como tampoco se había preparado la historia de la madre, tuvo que improvisar un nombre de mujer en italiano y el primero que le vino a la mente fue el de la Bellucci—: Mónica, la *nonna* Moni—. Si bien, me he pasado la mayor parte de mi vida aquí, mi padre es español...

—Ah. Por eso no tienes nada de acento, además tienes una voz áspera y aguardentosa que me encanta.

Guillermo se derritió al escuchar aquello, puso una sonrisa de lo más tonta, pero al momento se puso serio otra vez, no fuera a ser que la emoción se le fuera a la garganta y se le aclarara la voz:

—Me alegro, porque entre la oscuridad y mi voz ronca y rota temía que te asustaras.

—Al principio sí, pero después de cargarme al hombre pájaro y presenciar tu amabilísima reacción, me he relajado. Además, de verdad que las voces como la tuya me chiflan, me teletransportan a Nueva Orleans.

—Y a garitos de perdición habitados por trompetistas...

—Uf. ¡Los trompetistas! Como te contaba con el primero lo pasé fatal, porque además no era nada discreto y le pillaba siempre con otras, y con el último: un buen día se fue sin decir nada y se llevó hasta mi irrigador dental.

—¡Qué terrible! Y encima ahora de remate la vida te pone otro trompetista de nuevo en tu vida...

—Sí. Muy terrible.

Guillermo sintiendo un mariposeo delicioso en el estómago, se echó un poco hacia adelante y le preguntó:

—¿Y te gusta?

—¿El qué? ¿El que la vida me vaya poniendo trompetistas? ¿O este trompetista en concreto?

A Guillermo los otros le importaban un bledo, por eso fue al grano:

—El trompetista, el del beso...

Citronela suspiró y reconoció porque total qué más le daba:

—Me gusta demasiado. Es guapo, talentoso, canalla, divertido. Pero no puede ser. Tiene el mismo perfil de los otros. Verás, tiene treinta años, vive con un San Bernardo, que por cierto se llama como tú...

—¿Quién el perro o el trompetista? —preguntó conteniendo la carcajada.

—El perro. Su perro se llama Luigi. Y nada, viven los dos en un apartamento al que siempre me he negado a subir, porque me imagino que será un rastrillo inmundo. Y bueno, reconozco que el tío se mueve para conseguirnos bolos, y que trabaja algo más que los otros, pero ya tiene treinta años y esa no es vida. Yo soy cantante, pero también trabajo en una oficina. La seguridad y la estabilidad también son muy importantes. Además, soy Tauro, esas cosas las miramos mucho. Por no hablar de la fidelidad. Y este trompetista aunque no haya estado con nadie desde que le conozco, sé que si me liara con él, acabaría haciendo lo mismo que los otros. No sé. Yo he llegado a pensar que esto de ser infiel lo da el instrumento...

—A mí me gusta mucho la trompeta...

—A mí me vuelve loca. Es lo que me mata. ¿Y la tocas?

—Hago mis pinitos, me fascina el swing. Y tú voz me ha enamorado completamente.

—Muchas gracias. Tampoco es que sea gran cosa. Pero canto con el corazón. Y el swing es mi vida. Lo descubrí con mi abuelo, que escuchaba a todas horas a Benny Goodman, Fletcher Henderson, Count Basie, Duke Ellington y con ellos descubrí el baile, sobre todo el *lindy hop*...

—Que bailas de maravilla. Sobre todo con él, con el trompetista...

—Sí, hay tanta química que me niego a bailar con él. Pero hoy no me ha quedado más remedio. Es que no sé si has bailado alguna vez este estilo...

—Sí, alguna vez, sí.

—Entonces sabrás que aunque hay que controlar la técnica, lo importante es soltarse, dejarse llevar hasta el punto de que se llega a establecer tal conexión con la pareja, que uno se vuelve transparente para él. Es un baile increíble, te permite sacar todo lo que llevas dentro, incluso eso que no quieres que nadie sepa que llevas.

—Ya. Y esta noche tú crees que él ha visto lo que ocultas.

—Absolutamente. Por eso, he preferido meterme en la boca del lobo, o sea aquí, antes que seguir parlotando con él sobre el beso de esta noche.

—¡Y no sabes lo que me alegro de que me hayas elegido a mí!

—La verdad es que esta situación es de lo más extraña. Estoy hablando contigo como si te conociera de toda la vida...

Guillermo se ajustó las gafas de su padre, que se le habían desplazado hasta la punta de la nariz y confesó:

—Esa es la razón por la que estamos a oscuras.

—Pues ahora que lo dices, lo cierto es que con la luz encendida igual no me habría atrevido a abrirme tanto. Pero me encanta haberlo hecho...

—Y puedes seguir haciéndolo. A tu derecha tienes un sofá, solo tienes que dar un par de pasos. A su lado tienes una mesita, te he servido champán.

—¡Madre mía, o sea que podía haber liado una antológica! Un par de pasos más y también hubiera arrasado con el sofá, la mesa y el champán...

—Conmigo desde luego que has arrasado. Nunca nadie me había conmovido tanto como tú lo has hecho esta noche.

—Guau. Pues casi que me voy a tomar la copa, porque que me digas eso con esa voz, me descoloca bastante. Con tu permiso...

Citronela dio un par de pasos, con cuidado de no tropezarse con las piezas rotas, se sentó y, a tientas, agarró la copa de champán.

—Para mí es un honor que quieras conversar un rato conmigo —dijo él.

Citronela dio un sorbo al champán que previamente un camarero había dejado en la mesita por orden expresa de Guillermo. Y no un champán cualquiera, el mejor de la bodega...

—*Mmmm*. ¡El champán está helado y es delicioso! Yo creo que es el más bueno que he probado en mi vida.

—Ya es la segunda cosa más buena que has probado en esta noche. No hay dos sin tres...

—Sí, eso dicen. Por eso yo no quiero nada con el trompetista...

—Para no querer nada estás un poco obsesionada. No haces otra cosa que hablar de él.

—Puede que lo esté. Y ahora no sé qué voy a hacer porque las próximas semanas las tenemos petadas de bolos y vamos a compartir muchos momentos juntos.

Luigi ni lo dudó y dijo como el que no quería la cosa:

—Lo mejor para librarse de una obsesión, es engancharse a otra...

Citronela respiró hondo y pudo percibir claramente el aroma de ese tío misterioso:

—Deja, deja, que lo mejor es vivir tranquila sin obsesiones de ningún tipo. Por cierto, yo sigo sin ver nada de nada, pero te huelo desde aquí. A madera y a vetiver. Es un aroma que transmite pasión, coraje, fuerza y solidez. Me gusta.

Guillermo celebró haber acertado con la elección del perfume que se debió dejar alguien olvidado en uno de los cuartos de baño del barco. Elección que por cierto no había estado muy difícil porque había tenido que decidirse entre ese perfume y la colonia Nenuco de su sobrino de tres años.

Así que feliz por cómo se estaba sucediendo todo, siguió con su plan:

—Lo celebro. Y quiero que sepas que a mí me ha gustado tanto lo que he visto esta noche que me encantaría contrataros para una fiesta que voy a dar en mi casa mañana, en Santa Eulalia, en Ibiza...

Capítulo 8

Citronela dio otro sorbo al champán, feliz de que les hubiera salido otro bolo y explicó:

—El trompetista es el que se encarga de las contrataciones, pero seguro que no hay ningún problema porque pensábamos pasarnos el día libre en Formentera.

—Estupendo, entonces mañana os podría llevar en mi barco hasta Ibiza.

Como para Citronela todo lo que fuera trabajo era bienvenido, ese tío pagaba bien y le estaba cogiendo gusto al barco, aceptó sin más.

—Ah, pues sí. ¡Muchísimas gracias, Luigi!

Guillermo vio a Pili tan suelta que le comentó divertido:

—Compruebo que a pesar de tus reticencias iniciales, cada vez estás más cómoda conmigo.

—¡Completamente! Es que me encanta la gente que sabe lo que quiere. Y tú transmites lo mismo que tu perfume: solidez.

—¿A pesar de todo el misterio y de que podría ser cualquiera?

—No lo eres. No eres un cualquiera. Eres alguien especial. Yo tengo un sexto sentido especial para que la gente que merece la pena.

—Pero que no te funciona con los trompetistas —bromeó Guillermo.

—Puede ser. Pero se ve que eres alguien maduro y con la cabeza bien amueblada. ¿Cuántos años tienes?

Esa pregunta se la traía preparada de casa, por lo que respondió al instante:

—La edad es una anécdota. Un par de números. Lo importante es la pasión, las ganas, el arrojo, la curiosidad, el deseo de que no dejen de pasarte cosas.

Respuesta que hizo que Citronela dedujera que ese hombre debía tener:

—¿O sea unos sesenta o así? Porque eso mismo era lo que decía mi abuelo...

Guillermo estuvo a punto de partirse de risa, pero respiró hondo y replicó:

—¿La edad es importante para ti? ¿Podrías enamorarte de alguien que te sacara treinta años?

—Ni idea. ¿Tú sí? ¿Podrías estar con una de noventa? —preguntó risueña.

—No te he confirmado que tenga sesenta...

—Lo sé. Tampoco es un dato que me importe demasiado.

—Entonces, ¿por qué me has preguntado mi edad?

—Porque me sorprende que no tengas la ansiedad, la insatisfacción, la amargura y la inseguridad de un *millennial*. Tan solo quería confirmar que no lo eras...

—Yo tengo mis días. No creas.

—Y yo. Pero se ve te gusta lo que haces, que tienes las ideas claras, y que eres razonablemente feliz.

—Y un barco con bastantes esloras —le recordó Guillermo.

—No estoy hablando de dinero. No te equivoques. Hablo de una forma de estar en el mundo. De una actitud.

—Hay mucha gente con actitud a la que no le salen bien las cosas. A las que no les sonrío la suerte.

—Claro, por eso te digo que no es cuestión de dinero. Tiene más que ver con la forma en que se encara la vida.

—¿Y qué problema tiene tu trompetista a la hora de encarar la vida? —preguntó Guillermo, con suma curiosidad.

—Va a medio gas. Le falta fuerza y pasión.

A Guillermo le sentó tan mal aquello que le faltó tiempo para replicar:

—No será con el instrumento, ni besando, porque desde luego que esta noche ni ha tocado ni te ha besado a medio gas.

—Como trompetista es bueno y besando también. Pero no emplea a fondo sus talentos, desperdicia mucha energía y no pisa fuerte como tú.

—Como yo que tengo una casa en Santa Eulalia...

—Que no hablo de dinero, de verdad. Me refiero a que tú permites que el agua pase por tu molino y sucedan cosas, pero él deja el agua correr y correr y siempre es igual. Nunca pasa nada.

—Pero a lo mejor él es feliz llevando esa vida.

—Puede ser, pero para mí eso es una vida a medias. Y me niego a que me arrastre. No quiero vivir con alguien que me reste. De verdad que no. ¡Además estoy muy bien sola! Y tengo una vida plena. Tengo familia, amigos, un trabajo de oficina en una empresa de energías renovables que además compagino con actuaciones por todas partes. No puedo pedir más a la

vida.

—Por pedir, y aunque estés de maravilla sola, puedes pedirle amor.

—Sí, pero vamos que no me vale cualquiera...

—Mejor di, no te vale el trompetista —matizó Guillermo con sorna.

Citronela dio un sorbo a su copa y luego aseguró sintiéndose un poco mal, pero era lo que había:

—Desgraciadamente, no.

Guillermo se sintió fatal al escuchar aquello, pero como estaba allí para que cambiara de opinión, no se dejó llevar por el abatimiento y volvió a la carga:

—A mí también me gustan las personas que saben lo que quieren y que le ponen pasión a todo. Por eso, quería conocerte un poco más. Me ha cautivado por completo tu actuación.

—¡Muchas gracias! No tengo una voz espectacular, pero la verdad es que lo doy todo cuando canto. Además, me encanta hacerlo. Mi madre cuenta que canto desde que tenía meses y a los diecisiete empecé a actuar en bares y demás con distintas bandas.

—De donde sacas a tus dichosos trompetistas... —apuntó Guillermo aun a riesgo de ponerse un poco plasta con el temita.

—Exacto. Es que se comparten muchos momentos y bueno, que los trompetistas son mi perdición. Para qué voy a decir otra cosa...

—Me parece que vas a tener que plantearte dejar el swing.

—No puedo, forma parte de mí. Además, es una escuela de vida. Yo vivo como canto y como bailo, conozco la técnica, pero me dejo llevar y si me equivoco no pasa nada. Solo hay que sonreír y seguir bailando...

Guillermo la entendía también que musitó:

—Es un sueño bailar contigo...

Y Citronela, que creyó no haberle escuchado bien, replicó:

—¿Cómo dices?

—Que me encantaría bailar contigo.

—A oscuras y con la noche que llevo, de verdad que no me atrevo. Podría cargarme el salón entero...

Guillermo pensó que lo podían cargarse eran los muelles del sofá, los cuadros colgados de las paredes o el jarrón que había sobre la mesa después que lo tirara de un manotazo por hacérselo de tal manera que se iba a enterar de una vez de cómo pasaba el agua por su molino.

Pero en su lugar dijo con una voz que le salió más ronca que nunca, tal vez por la erección:

—Otro día será.

—¿Pero te conozco? Quiero decir que si encendieras la luz ¿sabría quién eres? ¿Eres conocidillo?

Guillermo contestó con la verdad, porque si para algo estaba montando todo ese tinglado era para que le conociera de una puñetera vez, por eso respondió:

—No me conoces. Mi padre es el presidente de una firma de inversiones que se dedica a edificar residenciales en zonas de lujo, pero yo he tomado otro camino. Después de estudiar Empresariales y de trabajar en distintas partes del mundo: Belfast, Berlín, Moscú, Nueva York, Santiago de Chile, Brisbane, Tokio, Estambul... me percaté de que siempre tenía los mismos problemas para encontrar alojamiento, amueblar el apartamento, contratar wifi, buscar lavanderías, lidiar con los compañeros de piso... Lo que me llevó a crear una empresa de *co-living*, que está basada en algo tan importante como es compartir: alquilamos edificios, los proveemos de los distintos servicios: luz, agua, limpieza, wifi, zonas comunes, terraza y demás, y los subarrendamos a nuestros clientes que suelen ser gente joven recién llegada a la ciudad, que se mueve en Cabify, ve series en Netflix, escucha música en Spotify, leen en Kindle Unlimited, quiero decir que no quieren poseer al estilo tradicional, pero sí quieren disfrutar de ese bien y hacer comunidad. Muchos tienen las mismas profesiones, comparten inquietudes, aficiones, metas, por lo que no solo se vive sino que se también se crean lazos estrechos de convivencia.

—¡Qué interesante!

—Todos salimos ganando, el cliente encuentra una solución habitacional y una comunidad, los propietarios aumentan sus ingresos y desde el punto de vista social contribuimos a que las viviendas sean más eficientes tanto en espacio como en gasto energético.

Citronela sonrió de oreja a oreja y le comentó sintiéndose orgullosa de su sexto sentido:

—¿Ves como no me equivoco? Esto es justo a lo que me refería cuando te hablaba del trompetista. Le falta esto que tú tienes y que es una mirada, un empuje, unas ganas...

Guillermo pensó que como le mostrara de verdad su empuje y sus ganas,

no iban a salir del barco en una semana. Pero en su lugar, replicó:
—Cada uno hace las cosas a su manera...

Capítulo 9

Y llegados a ese punto, Guillermo consideró que había generado la expectación suficiente como para que la primera parte de su plan tocara a su fin...

—Sí, cada uno lo hace a su manera, pero hay maneras y maneras. Y la tuya mola —reconoció Citronela.

—Es una más —repuso quitándose importancia—. En fin, gracias por escuchar todo el rollo que te he soltado, pero ya no quiero abusar más de tu generosidad. Es tarde y tus amigos están esperando para regresar.

Citronela, que estaba tan a gusto, replicó porque la verdad era que se había olvidado por completo de la banda:

—Tampoco pasa nada porque esperen un poco más.

—Me pasaría la noche entera charlando contigo, pero habrán más días.

—¡Oh sí, claro! Vamos a estar tocando por Ibiza y Formentera durante este mes. Coincide con mis vacaciones en la oficina.

—Genial. De momento, nos vemos mañana. Si te parece, voy a dar la orden de que os vayan a recoger a las diez, después pasaremos el día en el barco y por la noche, iremos a casa para que actuéis.

A Citronela le pareció un plan tan estupendo que ni lo dudó, eso sí de repente le entró una curiosidad tremenda:

—Perfecto. Solo una cosita. ¿Mañana podré verte a la luz del día?

Guillermo sonrió porque todo apuntaba a que su plan estaba funcionando más que bien y respondió:

—Me verás cuando me conozcas. ¡Buenas noches, Citronela!

Después, se levantó y salió del salón por la puerta por la que había entrado, pisando todo lo fuerte que pudo.

Citronela tras escuchar esos pasos que se alejaban y luego la puerta cerrarse, preguntó porque no esperaba que la despedida fuera tan precipitada:

—¿Luigi? ¿Estás ahí? ¿Luigi? ¡Hola!

Pero Luigi ya no estaba allí...

Luigi había corrido al baño para quitarse las gafas, la chaqueta y verterse encima medio litro de colonia Nenuco con la que neutralizar el aroma

amaderado que tanto le había gustado a Citronela.

Luego se fue a toda prisa hasta la otra puerta por donde había entrado ella, a esperarla como le había prometido.

Ella que por cierto, entretanto, había sacado el teléfono móvil del bolso, había activado la linterna y se había puesto a cotillear el salón repleto de cuadros, libros, maderas nobles, sofás de piel y la figurita de cerámica hecha trizas a sus pies.

En concreto, la cabeza del hombre pájaro con ojos de rana, que cogió del suelo y se metió en el bolso en recuerdo de esa noche que había sido especial.

Porque lo cierto era que lo que acababa de vivir con ese tío era lo más raro que le había pasado en la vida.

Pero se sentía bien.

Y ese hombre le intrigaba tanto...

Era tan misterioso y fascinante...

No se parecía a nadie que hubiera conocido jamás y no lo decía porque le obnubilara su barco o sus obras de arte.

Para nada...

Era su personalidad, su carisma, el magnetismo y la fuerza que transmitía.

Y esa voz...

¡Qué voz!

Con esa voz te lo podía acariciar todo sin tocarte...

Y tal vez lo había hecho...

Citronela no sabría decirlo, pero se sentía flotar...

Tal vez había sido el champán...

Quién sabía.

El caso es sacó una tarjetita de visita de su bolso, la dejó sobre la mesa, por si Luigi pudiera necesitar algo, salió de la estancia con una sonrisa en los labios de lo más tonta y se encontró con Guillermo que le preguntó con suma preocupación:

—¿Todo bien?

Citronela puso una cara de asco tremenda y luego preguntó batiendo las manos:

—Puaj. ¡Qué tufo echas!

—Es colonia Nenuco. Es muy fresquita. La llevaba en la mochila y me he puesto un poco para quitarme el olor a mar.

—¿Y qué tiene de malo el olor a mar?

—No sé, será por las algas, pero olía como a repollo cocido. Y me he puesto la Nenuco.

Citronela pensó que las comparaciones eran odiosas, pero desde luego que Guillermo no tenía nada que ver con el HOMBRE que acababa de conocer.

—Pues sin acritud te digo que en un hombre hecho y derecho, con sus feromonas y sus cosas, la Nenuco huele peor que el repollo cocido.

Guillermo se mordió los carrillos para no partirse de risa, se encogió de hombros y luego preguntó:

—Olvídate de mi olor y cuenta... ¿Qué tal te ha ido con ese tío?

Citronela resopló y, batiendo otra vez las manos, respondió:

—¡Ojalá pudiera olvidarme! ¡Qué pestazo! Y en cuanto a Luigi...

—¿Luigi?

—Sí, se llama como tu perro, pero no hagas bromas chuscas, por favor.

—¡Yo no he dicho nada!

—Además baja la voz que tiene que estar por aquí. ¿Tú has visto pasar a alguien?

—No. No he visto a nadie.

—Hemos estado hablando a oscuras y luego se ha marchado por otra puerta, dejándome sola.

—¡Qué maleducado, por favor!

—Qué va, no ha podido ser más gentil ni más correcto. Y me ha pedido que mañana actuemos en su casa en Santa Eulalia. Nos lleva a Ibiza en el barco, a las diez nos pasarán a recoger.

—Pero mañana era nuestro día de descanso, pensábamos recorrernos la isla —objetó Guillermo, por si no la había pifiado bastante ya con la Nenuco.

—Este tío paga bien, y la isla la podemos recorrer otro día.

Guillermo se quedó entonces embobado mirándola, porque después de haber estado un rato oscuras hablando con ella, echaba de menos su mirada brillante, su naricilla respingona y esa boca que le volvía loco y musitó:

—Vale.

Pili se percató de la cara de idiota que se le había puesto de repente y le preguntó:

—¿Y ahora qué te pasa? ¿Por qué me miras así? Con esa cara de...

Guillermo suspiró y terminó la frase con el único adjetivo podía definir el estado en el que se encontraba:

—Enamorado.

—¡Hala! ¡Toma ya! Con un par...

Guillermo la miró, levantó el brazo para apoyarlo en el marco de la puerta, de tal forma que acortó la distancia que los separaba, quedaron casi pegados, frente a frente y confesó:

—Es lo que siento. Es como estoy.

Pili al sentirle tan cerca notó algo que le recorrió todo el cuerpo y más cuando le miró a los labios y se le pasaron miles de cosas absurdas por la cabeza.

Tan absurdas, que se zafó con un movimiento rápido de él antes de que pudiera liarla parda, y le advirtió:

—No quiero saber nada al respecto.

—Entonces, no me preguntes por mi caretos. No tengo otros. El amor me hace poner esta cara de gilipollas.

—Tampoco te pases, de gilipollas no tienes cara.

Guillermo se giró para situarse otra vez frente a ella y matizó:

—Si lo prefieres de embrujado. De hechizado. De loco por ti.

Pili sonrió, negó con la cabeza y musitó con unas ganas horribles y extrañas de besarle, porque para ella eso era lo jodido con Guillermo, que su cabeza decía: “¡huye, no te conviene!”; pero el resto de su ser le gritaba: “¡no dejes de él ni las raspas!”:

—Pues no, no lo prefiero.

Luego le miró a los labios, se acercó un poco más a él y tal vez le habría besado si Sandra no hubiera aparecido de repente arrastrando a Darío...

Capítulo 10

Sandra se quedó mirándolos y por las caras que tenían dedujo que había interrumpido algo importante, por eso se excusó al instante:

—Siento estropearos el momento tan romántico, pero como no nos llevemos a este hombre al hotel, se va a quedar aquí frito y no vamos a levantarlo ni con grúa.

—¡No interrumpes nada! Al contrario —mintió Citronela.

—Sí, claro, que os alegráis mucho de verme. ¡Buah! Si estabais a punto de devoraros, pero no me ha quedado otra. He estado hablando con Darío, parece que le he iluminado bastante, lo que pasa es que luego se ha metido dos copas de champán y mirad cómo se ha quedado, está como a punto de potar un ectoplasma.

—Pues no sé yo si está para subirse a una barca —opinó Citronela.

Si bien, Darío que estaba bastante perjudicado balbuceó como pudo:

—No os preocupéis por mí. Puedo subirme a cualquier cosa...

Sandra se echó literalmente a ese tío a la espalda y replicó divertida:

—Eso es lo que tendrías que hacer de una puñetera vez: ¡encaramarte a lo que fuera y dejarte de tanto duelo! Bueno, yo me llevo a este pesado a la zódiac, vosotros coged los instrumentos.

—No hace falta, el anfitrión nos ha contratado para una actuación mañana en su casa en Ibiza. Nos van a pasar a recoger a las diez y viajaremos en este mismo barco —le informó Citronela aun a sabiendas de que su amiga iba a ametrallarla a preguntas.

—¿Cómo? ¿Qué, qué, qué? —preguntó Sandra, alucinada.

—*Shhh*. ¡Calla, que tiene que estar por aquí! Ahora te lo cuento todo en la lancha...

—¡Uy, no puedo con la intriga! ¡Dame un titular! ¿Quién coño es este tío?

—No le he visto el rostro, me ha recibido a oscuras, solo sé que se llama Luigi y que es empresario.

Sandra se quedó estupefacta y loca por saber mucho más, tiró del trombón y les ordenó a los otros dos:

—¡Vamos a la barca, que aquí hay mucha tela que cortar!

Y no volvieron a hablar del tema, hasta que ya acomodados en la parte de atrás de la zódiac, Citronela le contó a Sandra en voz baja para que se no enterara de nada el patrón, al tiempo que Guillermo escuchaba con mucha atención:

—Luigi es un tío muy especial. A pesar de lo raro de la situación, le han bastado unos instantes para que me sintiera muy cómoda. Y eso que nada más entrar le he roto una figurita obra de su tía. Pero ha sido tan amable que hasta me ha dado las gracias por romperla.

—Caray... ¿Tan fea era? —preguntó Sandra sin dar crédito, sentada al lado del trombón que dormitaba con la cabeza apoyada en su hombro.

Citronela abrió el bolso y sacó la cabeza del hombre pájaro con ojos de rana y se la mostró a su amiga.

Sandra se quedó alucinada al ver ese engendro y exclamó muerta de risa:

—¿Eso qué coño es? ¿Un glande con ojos de huevo?

Guillermo que hacía como que no le interesaba para nada la conversación, no pudo evitar partirse de risa en tanto que Citronela explicaba:

—Es lo que te he dicho.

—No me extraña que te haya dado las gracias. ¿Y para qué te metes en el bolso esa porquería?

Citronela sonrió y le explicó a su amiga en tanto que Guillermo no perdía ripio:

—Soy fetichista para estas cosas. Lo guardo de recuerdo de esta noche tan especial...

Sandra volvió a mirar el trozo de cabeza y replicó:

—Creo que te habría salido más a cuenta haberle mangado un tenedor de plata o algo, porque ese horror de cabeza a mí me da hasta yuyu.

—A mí me recuerda lo amable que ha sido conmigo después de pifiarla y lo bien que hemos conectado, tanto que ha habido un momento en el que he sentido que nos conocíamos desde siempre.

Sandra la miró estupefacta y preguntó deseando saberlo todo:

—¿Lo dices por los orgasmos que te ha arrancado tras una sucesión de estocadas maestras? —Y dicho esto, Sandra miró a Guillermo y sentenció—: Lo siento por ti, amigo; pero la vida es así. No hay nada que hacer ante más de treinta metros de eslora...

Guillermo estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se hizo el digno

mientras Citronela explicaba:

—¿Qué dices! A mí no me impresionan los barcos, ni los deportivos, ni nada de nada. Y con Luigi solo hemos hablado. Pero con total libertad, como cuando estás con un amigo que sabes que puedes decir lo que sea, porque no te va a juzgar. Pues así.

—¿Y todo el rato a oscuras? —preguntó Sandra, decepcionada.

—Sí, dice que prefiere que sea así hasta que le conozca más a fondo.

—¡Joder, tía, eso es que es más feo que un pie! —dedujo Sandra—. Quiere engatusarte a golpe de palique y ya cuando estés entregada, zas... ¡Sorpresa! Y te vas a tener que comer el bicho asqueroso. Eso te lo adelanto. A no ser que de una vez des bola a Guillermo, que es lo que deberías para evitarte disgustos. Porque con este Luigi te advierto de que te lo vas a llevar, ¡y un disgusto de los gordos!

—¡No seas frívola! Él habló de que permanecía en las sombras porque está harto de que le prejuzguen...

—Claro, le ven y las tías se acuerdan de que están a dieta. ¡Normal! Hay que tener mucho estómago para comerse según qué cosas. Y lo que tienes en la mano, espera que no sea una réplica de su polla... Porque todo esto que me cuentas me suena muy raro y muy turbio... —sentenció Sandra, mientras Guillermo se tuvo que tapar la cara con las manos para que no le vieran que estaba llorando de risa.

—¡No seas retorcida, por favor! Yo al principio pensé que no se mostraba porque era famoso...

—Sí, claro Míster Callo Malayo 2019, famosísimo en el mundo entero... —la interrumpió Sandra.

—Te equivocas porque por ahí no van los tiros. Me contó que era empresario, tiene una empresa de *co-living* y me pareció de lo más interesante.

—¿Interesante que haga negocio con las necesidades ajenas? —preguntó Guillermo para chincar un poco.

—Este hombre no se aprovecha de nadie, al contrario ofrece un servicio a la comunidad que es más que necesario.

Pero Guillermo creyó oportuno seguir incordiando más todavía:

—La gente recurre al *co-living* porque con los salarios de mierda de hoy no se puede acceder a un alquiler. Tú hombre maravillas se está aprovechando de eso...

—Esa es una lectura muy torticera —le reprochó Citronela.

—Esa es la lectura de un tío celoso —precisó Sandra.

—¡No estoy celoso, solo digo lo que pienso! —afirmó Guillermo.

—Pues piensas fatal. A Luigi se le ocurrió este modelo de negocio después de recorrer medio mundo como estudiante y como trabajador y encontrarse con miles de problemas cada vez que buscaba piso. Y a mí que quieres que te diga, me parece una idea estupenda. Además de que considero que es un tío con mucho carisma, que sabe lo que quiere y lucha por ello. Y también está lo de su voz. ¡Qué voz! Una voz profunda y rota, acompañada de una presencia imponente. Y es que aunque no le viera, sentí que la tenía. Y luego olía muy bien, a un perfume amaderado que transmitía mucha fuerza, determinación y carácter.

—¿Y entonces yo con mi Nenuco qué transmito? ¿Inmadurez, vaguedad y apocamiento?

Sandra miró perpleja a Guillermo y exclamó:

—¡Qué asco! ¿Usas esa colonia?

—Es fresquita —respondió Guillermo encogiéndose de hombros.

—Tío pues si de verdad estás pillado por Citro, espabila porque Luigi que debe ser una mezcla entre el Fantasma de la Ópera y la Bestia, o sea un orco, te va a comer la merienda pero bien comida. Por lo pronto, ya se ha asegurado de que por la mañana la vaya a tener de nuevo en el barco y por la noche, en su casoplón. Yo no te digo más... —le advirtió Sandra a Guillermo.

—Mejor que no lo digas. Porque no hay nada de nada con Luigi. Solo le he gustado como cantante, es decir, le hemos gustado todos y por eso nos contrata para que actuemos otra vez.

—Sí, sí, ya, ya. Le hemos gustado todos, pero solo te ha llamado a ti para que acudas a su salón oscuro.

—¡No seas pesada! Que no hay nada. Ni con Luigi ni con Guillermo. Soy como la escultura esta, pero en chica: la mujer pájara libre.

Sandra se partió de risa y luego canturreó:

—Veremos si no acabas liada con los dos...

Capítulo 11

Al día siguiente, a la hora convenida, un lanchón fue a recogerles en el mismo sitio en el que les dejaron la noche anterior en el puerto de la Savina y les condujo de nuevo al Vulcano donde la tripulación les dio una amable bienvenida.

Y es que esa misma mañana, Guillermo les reunió para advertirles de que volverían, que por supuesto siguieran manteniéndole el secreto de su verdadera identidad y que en su lugar dijeran que el dueño del barco se llamaba... Luigi.

—Don Luigi les desea que pasen un feliz día en el barco y que se diviertan tanto como puedan. Luego se servirá un almuerzo y pondremos rumbo a Ibiza —les anunció el capitán en cuanto la banda subió al barco.

—¿Has escuchado bien? Ha dicho Don Luigi, eso es que debe estar rodando los ochenta —cuchicheó Sandra a su amiga.

Ella le mandó callar y le preguntó al capitán:

—¿Luigi se encuentra en el barco?

El capitán sonrió y respondió negando con la cabeza:

—No estoy autorizado a dar más información.

—Eso es que está —dedujo Sandra—. Y seguro que ha puesto cámaras en los camarotes para verte en bolas. Me da a mí que este don Luigi es un vicioso de mucho cuidado —opinó en voz baja para que no pudieran escucharlas.

—No digas bobadas. Además, traigo el bikini puesto —le informó Citronela entre dientes.

Y mientras ellas cuchicheaban, el capitán les informó de que:

—Si quieren pueden pasar a cubierta, en la popa hay hamacas, colchonetas y refrescos. Si necesitan cambiarse, pueden utilizar los camarotes del fondo.

Sandra metió un codazo a su amiga y murmuró:

—¿Ves? Lo que te decía...

Citronela se echó a reír y se fue a cubierta con el resto de la banda, porque todos traían los bañadores puestos.

Luego, los chicos se tumbaron en unas hamacas que colocaron a la sombra y ellas decidieron darse un baño porque hacía un calorazo tremendo.

Y sol, un sol tan intenso, que en cuanto Citronela se desprendió de la ropa que llevaba y se quedó en bikini, Guillermo le sugirió:

—Deberías ponerte protección...

—Ya me he puesto en el hotel. Gracias.

—¿En la espalda también? —preguntó él.

Citronela se echó a la melena a un lado y dijo con resignación porque sabía lo que pasaba cuando tenía a ese tío cerca de ella:

—No, en la espalda no.

Y sacó el protector solar que llevaba en un capazo de paja y se lo tendió para que se lo echara.

A él le faltó tiempo para saltar de la hamaca, mientras que Sandra le preguntaba:

—Nena, ¿por qué tienes esa cara tan mustia si estás loquita porque te embadurne entera?

Citronela fulminó a la petarda de su amiga con la mirada y le pidió:

—¡Tía, deja de incordiar y vete a darte un baño de tres horas!

—Por supuesto, pero antes voy a pedirle al tripulante de las barbas que también me cubra de crema hasta los tobillos.

Y se fue en busca del marinero, mientras que Guillermo comenzaba a extenderle la crema por la espalda con mucho cuidado, muy despacio, demorándose tanto que a Citronela se le empezaron a pasar ciertas cosas por la cabeza.

Cosas como que de repente le daba la vuelta, la pegaba el morreo del siglo y luego la empujaba hasta la hamaca para...

Para nada, porque aquello no podía ser...

Por eso, le pidió muy nerviosa y loca por terminar con aquello:

—¡Ya está bien! ¡Con eso basta! ¡Hale, gracias, me voy para el agua!

Y Guillermo con hilillo de voz y ansioso por seguir pegado a ella, replicó:

—No te la he extendido bien...

—Mejor, cuanta más capa, más protegida estoy...

Acto seguido, se fue a por una colchoneta redonda en forma de sandía y aferrada a ella bajó como pudo por la escalerilla.

—¿Te ayudo con la sandía? —le preguntó Guillermo que estaba mirándola acodado en la borda.

—No, gracias. La lanzo al agua y yo voy detrás...

Y dicho y hecho, arrojó la sandía y ella se sumergió después en el agua que estaba un poco fría, pero le dio lo mismo.

Estaba en el Mediterráneo, en aguas de Formentera y lanzándose desde un pedazo de barco.

Aquello era un sueño tan grande, que agradeció al cielo ser cantante y poder disfrutar de semejantes lujos.

Porque solo con su sueldo de oficinista no le daba más que para pagarse el abono de la piscina municipal en agosto.

Pero con los bolos de cantante y en esos sitios tan divinos, podía pegarse unas vacaciones de *influencer* famosa.

Así que feliz de ser tan suertuda, dio un par de brazadas hasta la colchoneta que era tan *instagramable* que le pidió a Guillermo:

—¿Me puedes hacer una fotito?

Guillermo pensó que le podía hacer una foto, una paella y un par de mellizos, porque no se podía aguantar cómo le quedaba a su Pili el bikini retro de estampado de flamencos.

—¡Oh. Sí, claro! —dijo sacando el teléfono móvil del bolsillo

Luego, ella intentó subirse a la sandía, pero la verdad era que sin hacer pie era bastante complicado.

Primero lo intentó entrando de costado, luego de espalda, después de frente sumergiendo la sandía con ambas manos...

Pero nada. Logró poner una pierna encima, si bien al instante perdió el equilibrio y acabó cayendo al agua de una forma que no pudo resultar más ridícula.

Y por si no tuviera bastante, en cuanto salió del agua con los pelos chorreando por la cara y un tirante caído, él le preguntó:

—¿Te ayudo?

Pili sabía que tenía que decirle que no, pero la tentación de la fotito con la sandía en aguas de Formentera era tan grande, sobre todo para darle en las narices a Alex, el trompetista que se fue con su irrigador, y que continuaba siguiéndola en Instagram para confirmar que su vida era una mierda sin él, que respondió:

—Vale.

Y Guillermo que se moría por estar al lado de esa sirena se quitó la camiseta, la arrojó a la hamaca, corrió hasta el trampolín y se lanzó de cabeza

con un estilo implacable.

Luego, nadó a hasta ella y sin decir nada más, la agarró fuerte por las caderas y la empujó hacia arriba.

—Pero ¿qué pretendes? ¡No estoy para hacer figuritas de natación artística! —protestó Pili colocándose bien el tirante.

—Echa el cuerpo hacia delante y estira los brazos hacia la colchoneta...

Para acabar con aquel bochorno cuanto antes, Pili le hizo caso y de tanto estirarse acabó poniéndole el culo en la cara al trompetista, que jamás habría pensado que iba a verse en una de esas:

—¡Madre mía, qué horror! ¡Venga, suéltame que me estoy muriendo de la vergüenza! —exclamó Pili.

—¿Pero llegas o te acerco un poco más?

Pili solo sabía que como siguiera en esa postura corría el riesgo de que los cereales integrales y el muesli que había desayunado esa mañana le jugaran una mala pasada. Por eso, le exigió:

—¡Tírame a la puta sandía! ¡Ya!

Pili se puso tan borde que Guillermo la alzó un poco más, la empujó hacia adelante y la soltó con tal ímpetu que ella acabó estampada sobre la colchoneta cual mosquito sobre el cristal de un coche.

—¿Estás bien? —preguntó él, temeroso de que hubiera empleado demasiada energía.

Pili se dio la vuelta con cuidado de no caerse, se colocó bien el flequillo despeluchado y respondió:

—¡Jolín, tío, un poco más y me mandas derechita a lo más alto del castillo de Ibiza!

—Perdona es que no he calculado bien...

—No pasa nada. Lo importante es que ya estoy arriba. ¡Pero vaya si estás en forma! ¡No me extraña que trabajaras en el aeropuerto!

Guillermo sonrió y luego le pidió a gritos a Darío:

—¡Saca el móvil y haz una foto a Citro, por favor!

Darío se levantó, sacó el teléfono y ella le preguntó a Guillermo:

—¿Estoy bien? ¿Lo tengo todo en su sitio?

Guillermo suspiró, la miró con cara de enamorado total y respondió:

—Absolutamente todo.

Capítulo 12

Pili resopló y pensó que para qué se pondría ella a preguntar, luego se tumbó con los brazos en cruz, metió tripa y le gritó a Darío:

—¡Hazme muchas, por favor!

Y así estuvo unos instantes en esa postura, luego estiró los brazos, después se puso de lado, y ya venida totalmente arriba intentó ponerse de rodillas sobre la sandía.

Pero la cosa no funcionó porque aquello comenzó tambalearse de tal modo que si no llega a ser por Guillermo que agarró la colchoneta hubiera acabado otra vez en el agua:

—Gracias —le dijo cuando ya tuvo de nuevo el control de la sandía.

—Tal vez si te cojo de la mano, podrías ponerte de rodillas, incluso de pie.

Pili pensó que no tenía otra cosa qué hacer que ponerse a hacer manitas con él, así que rechazó la propuesta diciendo:

—No, mejor que no, que ya va a quedar la cosa un poco circense. Además yo creo que ya tengo fotos de sobra...

—¿Seguimos con el posado? —preguntó Darío desde la borda.

—Ya está. ¡Miles de gracias!

—Espera un momento. ¿Podríamos hacernos una foto juntos? —le pidió Guillermo para pasmo de Pili.

—¿Para qué quieres una foto en la sandía? —replicó ella.

—De recuerdo de este día...

A Pili le pareció una idea pésima compartir sandía con el trompetista, pero al momento pensó en lo mucho que podría fastidiarle la fotito a Alex y cambió de opinión:

—Está bien —repuso con una sonrisa triunfante de solo pensar en la rabia que iba a darle a ese cerdo verla feliz con otro.

Guillermo que para nada se esperaba que fuera a aceptar, habló emocionado:

—¿De verdad que quieres? Quiero decir que no te sientas obligada, hazlo solo si te apetece...

Y Pili fue sincera, porque no quería tampoco que Guillermo se confundiera:

—Me apetece un montón que Alex me vea disfrutando de la vida con un buenorro al lado...

—¿El buenorro soy yo?

—No, si te parece es el abuelo de la gorra del barco aquel...

—¿Y me vas a utilizar para dar celos al del irrigador?

Pili asintió y luego le preguntó arrugando la nariz:

—¿Te sientes cosificado o algo?

—No, porque es la pura verdad. Estás disfrutando de la vida conmigo al lado.

—Bueno, sí, disfruto en lo profesional. Tampoco te lías.

—Y si me lío no pasa nada, soy de natural iluso y fantasioso. Sé gestionarlo bien. Y ahora, échate un poco a lado que subo...

—Vale —. Y luego le pidió a Darío—: ¡Haznos unas fotos juntos, por favor!

Y tras pedírselo, Pili se desplazó un poco para hacerle un hueco, pero el otro subió con tal ímpetu que acabó encima de ella.

—Madre mía, Pili, ¿pero por qué te has movido?

—¿Hago la foto? ¡Parece que estáis follando! —exclamó Darío desde arriba.

—¡Tira, tira! —le gritó Guillermo.

—¿Pero cómo nos va a retratar así? —replicó Citronela que se estaba poniendo fatal de tener a ese dios griego encima.

—¿No quieres darle celos? Pues vamos a por todas...

Citronela abrió los ojos como platos y habló atacada perdida:

—¿No se te estará pasando por la cabeza besarme?

—Pensaba que con esta posición era suficiente, pero si quieres que la perfeccionemos con el beso: yo encantado.

—¡Quita, quita! Ponte a mi lado y sonríe como si fueras muy feliz.

Guillermo se echó a un lado y confesó sin el menor reparo:

—Es que lo soy. Soy tremendamente feliz.

—¡Me viene de maravilla tanta felicidad! —. Luego, se dirigió a Darío y le pidió—: ¡Tómanos unas cuantas fotos así y ya está!

Mientras Darío hacía las fotos, Guillermo musitó mirándola extasiado:

—Si tú estás a mi lado, soy feliz.

Pili le miró y pensó que qué pena era no poder replicar un simple: “y yo”. Pero con los trompetistas jamás había que bajar la guardia, y menos cuando se ponían moñas.

Ese era el peor momento y ella ya estaba lo suficientemente curtida como para caer en la trampa.

Así que se limitó a sonreírle como una pava para la foto y después de unos instantes, se mordió los labios, se puso seria y le dijo a Darío:

—Ya está todo. ¡Y perdona las molestias!

—¡No hay de qué! Te mando las fotos al WhatsApp —le informó y se volvió taciturno a la hamaca.

—Luego pásamelas a mí también, por favor. Me haría una ilusión tremenda tenerlas —le pidió Guillermo a Pili.

—A ver cómo han salido. Esta luz es complicada, resalta todas las imperfecciones.

—Tú no tienes de eso.

—¡No, qué va!

—Te lo digo en serio.

Pili pensó que no podía ser más mono por mentirle de esa forma, pero ella no iba a claudicar. Así que le pidió:

—Dímelo como quieras. Y además, te agradezco muchísimo que hayas posado conmigo, pero ya puedes volver al agua.

Guillermo se tumbó bocarriba, colocó las manos debajo de la cabeza, cerró los ojos y replicó:

—Puedo, pero se está tan a gusto aquí.

—Ya, pero no puede ser.

Guillermo se giró, la miró y preguntó porque le parecía de lo más injusto:

—¿Por qué tengo que pagar los platos rotos? Yo no soy como ellos... Y estoy desesperado, te lo juro. Ya no sé qué es lo que tengo que hacer para que creas en mí.

Y lo cierto era que se le veía tan afligido que Pili se sintió fatal, pero con todo intentó justificarse:

—Sé que no eres como ellos, pero ni yo te convengo a ti ni tú a mí.

—Convenir, ¡qué palabra más horrible! Yo estoy hablando de otra cosa. Yo hablo de eso que sentimos cuando nos miramos, cuando nos tocamos, cuando bailamos o solo cuando respiramos juntos, el uno al lado del otro.

Pili sintió un estremecimiento por todo el cuerpo, suspiró muy a su pesar

y musitó acercándose mucho más a él:

—¡Esto es horrible!

Guillermo negó con la cabeza, y con unas ganas infinitas de besarla replicó:

—No, no lo es.

Y Pili, con las mismas ganas, solo pudo susurrar justo antes de besarlo:

—Sí, sí que lo es.

Luego Guillermo se pegó totalmente a ella, la agarró por el cuello, le metió la lengua hasta donde pudo, y ella descendió con la mano por la espalda para apretarle el culo y sentir más su erección.

Y él, para no quedarse atrás deslizó con la mano desde el cuello hasta el pecho que apretó hasta hacerla gemir y luego volvieron a besarse con más ganas todavía.

Tantas que él acabó de encima de ella, luego no pudo a resistirse a morderle el cuello y Pili se volvió tan loca que respondió bajándole el bañador.

Si bien, justo ahí le sobrevino el ataque de cordura:

—Hay demasiada química entre nosotros —se lamentó mientras le subía el pantalón arrepentida.

—Eso parece.

—Pero no todo es química en esta vida.

—También está el amor.

Pili pensó que solo le faltaba en ese momento ponerse a hablar de amor, por lo que replicó:

—Sí, pero yo estoy hablando ahora de sensatez.

Guillermo como sabía por dónde iba a salir, se apartó de ella y rodando se arrojó al mar:

—Me voy a nadar un rato...

Y Pili, contra todo pronóstico, porque se suponía que tenía que estar contenta porque aquello no hubiera ido a más, se sintió como una mierda.

Capítulo 13

Pili se pasó las siguientes horas lamentándose de la mala suerte que era que los mejores besos de su vida se los hubiera dado el único tío con el que no podía permitirse tener algo.

Es que ni siquiera un rollo, porque trabajaba con él y además ese verano no iban a parar de hacer bolos.

Pero era lo que había y tenía que aceptarlo aunque la pusiera bastante triste...

De hecho, apenas habló durante el almuerzo, después se tumbó en una hamaca a leer la novela más triste que tenía almacenada en su Kindle y se pasó la tarde llorando disimuladamente, y no precisamente por la novela que era malísima.

Luego, el velero zarpó y disfrutaron de una puesta de sol tan bonita, tan roja y tan mágica, que Pili tuvo que encerrarse en el baño a llorar como una tonta, porque se sentía la persona más desgraciada del universo.

Y aunque sabía que estaba dramatizando y que las verdaderas tragedias eran otras, no podía evitar pensar en la pena que era estar ante semejante belleza y no poder compartirla con el tío que deseaba tanto que hasta le dolía.

Un tío con el que se llevaba genial, con el que se partía de risa, con el que compartía la pasión por la música y con el que no podía tener nada.

Esto último además se lo repetía una y otra vez a modo de mantra y sintió tal angustia que cuando pasó por la cocina, trastabillando un poco porque se había levantado viento y el barco se movía bastante, agarró una botella de champán, la abrió, se sirvió una copa y brindó al aire diciendo: “por la mujer que no puede tener nada con el trompetista al que ama”.

Luego, al percatarse de que había pronunciado la palabra “ama”, se bebió la copa del tirón y se sintió más mal todavía.

Pero ¿cómo podía además amar a ese tío? Porque una cosa era sentir un deseo por él tan grande como para arrancarle el bañador sobre una sandía y otra reconocer que le amaba.

Porque ¿qué narices hacia amando a ese tío que solo le iba a desgraciar la vida?

Porque es a lo que estaban abocados...

Y era irremisible.

Como lo que estaba sintiendo por él.

Maldito corazón el suyo, pensó.

Y luego se sintió fatal, como si su mundo entero se tambaleara pero de verdad, puesto que era también algo físico que podía percibir hasta el punto de que el suelo se estaba moviendo y el estómago se le estaba subiendo a la boca.

Lo que hizo que se angustiara más todavía y que volviera a cubierta para ver si allí se encontraba mejor.

Si bien, en cubierta lo que se encontró fue a la banda engullendo biodraminas y con el cuerpo igual o peor que el suyo:

—¡Tómame una Citro, que esto se está poniendo cada vez peor! —le aconsejó Sandra.

—Lo dudo, yo ya peor no puedo estar —dijo aceptando la pastilla y agarrando la botella de agua que le pasaba.

—Guillermo acaba de encerrarse en un camarote porque se encontraba fatal.

—Será por cómo está el mar, porque por mí no creo que sea.

Y es que él no tenía nada que perder; al contrario, todo era ganancia. Pero ella podía arruinarse la vida entera por un amor que era de todo punto inapropiado.

—No he podido evitar veros cuando estabais en la sandía. Estaba de palique con el marinero barbudo, cuando me he percatado de que Guillermo estaba encima de ti...

—No sigas, que me muero de la vergüenza. ¡Lo ha debido ver todo el barco!

—No, los de la banda estaban durmiendo y la tripulación estaba a lo suyo. Solo lo hemos visto el barbudo y yo, pero sin morbo. Quiero decir que no en plan mirón, sino en plan qué bonito es el amor.

Pili negó con la cabeza, se tragó la pastilla con un buen buche de agua y replicó:

—El amor es una mierda.

—Lo que es una mierda es que os hayáis quedado a medias. Yo pensaba que ibais a continuar con la faena en un sitio más discreto, pero cuando he visto que Guillermo se piraba a nadar bien lejos, he pensado: la Citro se ha

cagado.

—No es eso. Me ha entrado un ataque de cordura, aunque después me haya venido abajo. Pero igual es por los puñeteros vientos.

—Es porque solo escuchas a tu cabeza y así te va.

—¿Cómo voy a escuchar a mi corazón si no para de empujarme a los brazos de este tío?

—Por algo será.

—Porque tengo el corazón escacharrado. Eso es lo que pasa y...

No pudo decir nada más, porque de repente sonó su teléfono móvil y vio que era un número oculto. Lo cogió y escuchó la inconfundible voz del dueño barco:

—¡Buenas noches, Citronela! Porque ya están saliendo las primeras estrellas...

—¡Buenas noches, Luigi! Un segundo, por favor...

Pili alejó el teléfono para que Luigi no la escuchara y susurró a su amiga:

—Es Luigi. Me voy a tumbar en aquella hamaca para hablar con él.

—¿Está en el barco? Porque el abuelo tiene que estar de un mareado que lo flipas.

—No lo sé. Pero es un hombre de mar. Esto para él tiene que ser de lo más normal. Luego te cuento.

Y Citronela se dirigió a la hamaca que estaba más apartada del grupo, se tumbó y mirando a las primeras estrellas que estaban respunteando el cielo habló:

—Ya estoy contigo. Me he tumbado en una hamaca y estoy frente a las estrellas. Es precioso.

—Lamento que el mar se haya revuelto tanto de repente, pero el Mediterráneo es así.

—Me acabo de tomar una biodramina, ¿tú estás en el barco?

—Sí. Llevo aquí todo el tiempo. Me encontré con tu tarjeta en el salón...

—La dejé por si necesitabas algo...

—Muchas gracias. Solo quería saber si estabas bien... Aunque he visto que antes te lo has pasado estupendamente en el agua.

A Citronela le entró una vergüenza tremenda al confirmar que lo suyo en la sandía había sido de dominio público.

—No tenía que haber pasado nada. Pero ese chico me gusta demasiado —reconoció apenada.

—¿Y si te dejas llevar? A lo mejor te sorprende y para nada es como tú piensas. No tiene nada que ver con los otros.

—No me puedo arriesgar. Ya no. Son demasiados palos.

—¿Pero si este es el trompetista bueno?

—Es lo que te decía, es una cuestión de actitud. Y no hay nada que hacer. Aunque le quiera...

Al escuchar aquello, a Guillermo por poco no se le cayó el teléfono de la mano y luego farfulló:

—¿Has dicho que le quieres?

Citronela respiró hondo y con un mareo tremendo por todo, el champán, el viento y el amor, confesó:

—Sí, Luigi, sí.

Guillermo a pesar de que el Mediterráneo estaba cabrón se sintió mejor que nunca en su vida y se atrevió a preguntar:

—¿Y qué vas a hacer?

Citronela al escuchar esa voz tan profunda y rasposa, a ese hombre que parecía tan maduro y tan cabal, le preguntó:

—¿Te dejarías guiar por estos mares por un sistema de navegación averiado?

Guillermo desesperado solo pudo responder con la verdad:

—Yo solo sé que me moría por hablar contigo otra vez. Eso es lo único que sé...

Y Citronela encontró que había tanta verdad en su respuesta que sintió un pellizco en el estómago que no tenía para nada que ver con los malditos vientos...

Capítulo 14

Luego se quedó mirando a la luna naranja y le confesó a ese desconocido con el que le encantaba hablar:

—Suenan muy sinceras tus palabras,

—Es que lo son. Pero dime ¿ahora estás bien?

—Todavía estoy revuelta, pero supongo que me hará la pastilla efecto en un rato. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Estoy acostumbrado, lo llevo bien. Me refiero a los vientos y al mareo...

—Genial. Y por nosotros no te preocupes que esto no afectará para nada a la actuación.

—Lo importante es que estés bien: la actuación puede esperar.

—¡No, no para nada! ¡Nosotros actuaremos esta noche, sí o sí!

—Mis invitados están ya expectantes; y acabo de hablar con mi personal y lo tienen todo a punto.

Y luego se calló para no partirse de risa de solo pensar en los invitados...

Y es que esa mañana no solo le pidió a su padre el barco durante una jornada de navegación más, sino que también le rogó que le dejaran actuar con su banda en la casa.

El padre, tras parecerle todo un despropósito descomunal, aceptó; eso sí, después de advertirle de que en la casa solo estaba su abuela que era la que finalmente tenía que dar la aprobación.

Guillermo entonces llamó a su abuela y le contó la verdad: que estaba enamorado Pili y esa era la única forma que había encontrado para que llegara a conocerle de verdad.

A su abuela le pareció todo un disparate, muy propio de él, si bien a pesar de las reticencias iniciales, acabó cediendo y ofreciéndose a ayudarle en lo que pudiera.

Por lo pronto, a tirar de agenda para que Citronela se quedara estupefacta ante el poder de convocatoria de Luigi, a dejar precioso el jardín decorándolo con farolillos y demás, y también a contratar un catering para que a la fiesta no le faltara de nada.

No en vano, era su nieto favorito y además estaba loca por escucharle tocar en directo.

Solo había un problemita: la edad media de la agenda de su abuela era de unos 89 años.

Pero el caso era petar el jardín de gente...

Y mientras Guillermo pensaba en los invitados, Citronela seguía divagando:

—Y además, hace una noche preciosa. ¡Me encanta esta luna! —confesó absorta.

—Y a mí... —musitó contemplándola desde la ventana de su camarote.

—¿La estás viendo?

—Sí —dijo rotundo.

Y el personaje se le fue un poco de las manos porque a Citronela de repente le recordó a:

—¡Uy, qué voz! Pareces Darth Vader.

Personaje por cierto también clavaba, pero no era plan de sacarlo a pasear esa noche. En su lugar, Guillermo carraspeó un poco, se concentró pensando en Liam Neeson, y replicó imitando su voz:

—¿Tú crees? Nunca me habían dicho nada parecido. El único parecido que me sacan es con Francisco Henriques, el modelo.

Citronela se quedó alucinada porque ese modelo era bastante joven:

—Entonces ¿tienes veintipocos años?

—Me dicen que me parezco a él, cuando yo tenía esa edad.

—¡Ah, o sea que tienes más!

—Unos cuantos más.

—¿Entre veinte y treinta más? Y no es que me importe saberlo, ya te dije que la edad para mí no tiene importancia.

—Entonces para qué hablar de ello...

Ya iba a tener suficiente información cuando conociera a su invitados, pensó Guillermo a punto de partirse de risa.

—Está bien, pero se me hace tan raro que tengamos que hablar por teléfono, cuando estás tan cerca de mí.

—Tiene que ser así.

—Y lo respeto. Pero me gusta mirar a los ojos, la mirada dice mucho.

—Imagina la mirada de ese modelo, tal vez con unas cuantas arrugas más.

—Las arrugas le dan expresión al rostro, y tu mirada debe tener mucho brillo, mucha intensidad y mucha pasión. Me la imagino así, llena de estrellas, como este cielo...

—Ya la conocerás.

—¿Está noche? —preguntó Citronela, ansiosa por poner rostro a ese hombre misterioso.

—Esta noche es demasiado pronto. Necesito que antes me conozcas más.

—De momento, todo lo que sé de ti me gusta. Eres un hombre encantador, generoso, talentoso, de buen gusto, educado y sabes bien lo que quieres.

Y si se parecía al modelo ese, estaba como queso. Pero eso no se lo dijo:

—Te agradezco tus palabras tan amables, solo sé que me quedé fascinado el otro día en la playa de Migjorn con tu voz, me dijiste tantas cosas, que sentí que teníamos que conocernos.

—¿Estabas en ese concierto? —preguntó Citronela que no recordaba haber visto a nadie que se pareciera a ese modelo.

—Sí, me gustó tanto que os contraté porque necesitaba escucharte otra vez. Y así me pasaría el verano entero porque tu voz me llega, me toca, me acaricia...

Y lo dijo de un modo tan sugerente que Citronela sintió otra vez ese pellizco y replicó:

—Pues la tuya... Uf... ¡Menuda voz tienes!

—¿Me cantarías algo, ahora? ¿Podrías?

—Sí, claro. Ya voy sintiéndome mejor. Es que verás, además del bamboleo del barco, hace un rato me tuve que tomar una copa de champán por culpa del trompetista. Mi corazón no hace más que empujarme y empujarme hacia él y me angustia tanto que de los nervios me metí en la cocina, agarré el champán y me pimplé esa copa. Pero yo no soy de ahogar mis problemas en alcohol. Soy más de bollería industrial y swing, mucho swing.

—Pero no tienes que angustiarte por sentir por alguien. Al contrario, es muy bonito sentir...

—Ya, pero cuando sientes por alguien que sabes que más pronto que tarde acabará jugándotela. Duele.

A Guillermo le entraron tales de ganas de decirle que podía confiar en él, que siempre iba a estar ahí, que no le iba a fallar, que era el maldito

trompetista bueno, que tuvo que morderse los labios y musitar:

—No tiene que dolerte algo que no ha sucedido.

—Y más esta noche tan preciosa. Tienes razón.

Y luego, comenzó a cantarle *Blue Moon* y aquello sonó tan intenso, tan sensual, tan mágico y tan íntimo que Guillermo creyó que no iba a poder soportarlo.

Y Citronela casi que tampoco y es que, cuando acabó de cantar la canción, él le aseguró parafraseando la última estrofa de la canción:

—Ya no estás más sola...

—¿Ah no? —preguntó Citronela con los ojos llenos de lágrimas, pues siempre había fantaseado con que alguien le dijera algo parecido.

—No. Yo estoy aquí.

Citronela suspiró y le confesó a ese casi desconocido algo que no le había contado nadie:

—No sabes la de veces que he fantaseado con que alguien me dijera justo las palabras que acabas de pronunciar.

—¡Palabras muy sentidas, Citronela!

—Palabras que te agradezco en el alma, puesto que verás... Mi familia es de pueblo, pero mis padres tuvieron que irse a trabajar a Madrid. Tengo cinco hermanos, crecimos en un piso pequeño en el que cualquiera diría que era imposible sentirse solo. Pero a veces me sentía así en mitad del fragor familiar. Entonces, me encerraba en la habitación que compartía con dos de mis hermanos, me ponía la música que escuchaba mi abuelo y me imaginaba bailando y bailando sin parar, con una sonrisa enorme. Una sonrisa aunque no tuviera razones, aunque me sintiera sola, aunque tuviera un agujero enorme en el pecho y estuviera convencida de que nadie iba a poder a llenarlo nunca. Y funcionaba. La música lo llenaba todo, lo iluminaba todo, le daba sentido a mi mundo. Y me salvaba. Como la canción que te acabo de cantar que siempre me dio esperanzas de que habría alguien para mí en alguna parte. En fin, la música no ha hecho otra cosa más que salvarme: hasta que me dio por enamorarme de trompetistas.

—¡Olvídate de eso! Ahora soy yo el que está aquí, Citronela.

Y al pronunciar su nombre artístico, Pili se percató de que ahí justo estaba la clave. Porque por un lado estaba Pili, la que se enamoraba de hombres que no le convenían, la que la pifiaba siempre. Y por otro Citronela, la que tenía los pies en el suelo y sabía perfectamente lo que quería.

Y eso que quería se parecía tanto a Luigi, que le pareció un error garrafal dejar pasar la oportunidad de conocer a un hombre que merecía la pena, por la petarda de Pili.

Por lo que en ese mismo instante, con la luna por testigo, medio mareada aún, pero más lúcida que nunca decidió amordazar a Pili, que fuera Citronela por primera vez quien tomara los mandos y confesar:

—¡Eres un hombre increíble, Luigi! Y me encantaría conocerte más, muchísimo más...

Capítulo 15

Después de esa confesión, siguieron conversando hasta que llegó la hora de desembarcar y tuvieron que despedirse.

Luego, una furgoneta que los estaba esperando en el puerto los desplazó hasta un casoplón en Santa Eulalia que los dejó a todos boquiabiertos.

Una casa de estilo mediterráneo de dos alturas, rodeada de árboles, con un jardín inmenso con piscina y vistas al mar, y como Luigi le había contado: siete dormitorios, siete cuartos de baño, tres salones, dos cocinas varias terrazas y un apartamento independiente adosado, con baño y cocina, que era el que él solía ocupar cuando estaba en la isla.

Pero obviamente no se lo dijo... Como tampoco que le había pedido a su abuela que se llevara a Luigi, el perro, a casa del vecino para que no le delatara con sus lengüetazos.

Sintió hacer eso con él, con su gran amigo, pero no le quedó otra y más cuando ya tenía a Citronela a punto de caramelo...

—¡Desde luego que este tío sabe montárselo muy bien! —comentó ella en cuanto entraron en la finca por la parte de atrás.

—Esto es lo que yo llamo: estilo —repuso Sandra.

—¡Ya te digo! —habló Citronela a la vez que sentía que Guillermo la miraba de una forma muy rara.

Tanto que le dio por pensar que a lo mejor estaba celoso de Luigi, pero le dio lo mismo porque ahora quien llevaba las riendas era Citronela.

Y así se lo contó a Sandra, después de que una persona del servicio de la casa, tras recibirles muy solícita, les condujera hasta las habitaciones que les habían preparado para que pasaran la noche. Una para Citronela y Sandra, y otra enorme con tres camas y dos sofás camas para la banda.

—He tomado una decisión drástica en el barco...

Sandra mientras desempacaba sus cosas de la maleta, preguntó intrigada:

—¿Por fin vas liarte con Guillermo con todas las de la ley?

Citronela puso una cara de espanto tremenda y le contó lo que había decidido, al tiempo que también sacaba las cosas de su maleta:

—Ni loca. Lo que he decidido es que Pili por una vez deje de ser quien

lleve la voz cantante. Este verano por fin es el turno de Citronela...

—¡Tía, sois la misma persona! Te lo digo por si te ha dado demasiado el sol y se te ha ido la pinza.

—Estoy más cuerda que nunca. Por eso me he hartado de que sea Pili la que mande en mi corazón, Pili la mema que se enamora siempre de quien no debe. Pili la que sufre, Pili a la que engañan, Pili a la que mangonean, Pili a la que le ponen los cuernos. ¡Se acabó! Ahora quien manda es Citronela y ha decidido que Luigi es su hombre.

—¡Toma y yo! A ver quién es la guapa que no se enamora de todo esto...
—repuso señalando las vistas al mar, con una percha.

Citronela que estaba alisando con la mano la falda de vuelo roja que pensaba ponerse esa noche, le recordó a su amiga:

—A mí no me deslumbran los barcos, ni las casas, ni nada material. Sandra, yo paso de esas cosas. A mí lo que me gusta de Luigi es que sabe lo quiere, que pisa firme y que es un tío maduro. Además, hoy me ha confesado que se parece a Francisco Henriques, el modelo.

—¿Y quién le encuentra el parecido? ¿Su abuela que está en lista de espera para una operación de cataratas? Mira, nena, si hombre estuviera tan bueno como dice, ya te habría mostrado el careto y el cuerpazo para que se lo rechupetearas con ganas.

—Es que a lo mejor es justo eso lo que le pasa, que todas le juzgan por la fachada, por su físico, y él es mucho más que una cara bonita y un cuerpo para el pecado.

Sandra que estaba sacando la plancha viaje del estuche para plancharse el vestido que iba a lucir esa noche, no pudo evitar partirse de risa:

—¡Pero mira que eres ilusa! Perdón, que sois. Tanto Pili como Citro. ¡Que te digo yo que ese tío es feo pero con ganas, pero muy feo! ¡Un adefesio, nena! Pero bueno, si lo que te enamora es su personalidad, tú misma. Ahora que no me creo que te hayas podido enamorar de ese tío en una travesía de barco en la que no has hecho otra cosa más que contener las ganas de potar.

Citronela que también sacó su plancha, porque la camisa que iba a juego con la falda se le había arrugado bastante, le contó:

—Estaba un poco indispuesta, y mareadilla por el champán, es que me sentía tan agobiada por lo sucedido en la sandía con el otro, que pasé por la cocina y me pimplé una copa. Pero luego, tras la pastilla que me has dado y

la conversación con Luigi me he ido sintiendo mejor, y de repente, tras cantarle *Blue Moon*, lo he visto todo con una lucidez pasmosa. Y es que al acabar la canción él me ha dicho con esa voz que te acaricia hasta lo más profundo: “Ya no estás más sola, yo estoy aquí”, y me ha dado un vuelco al corazón. Además, no imaginas la de veces que he fantaseado al cantar esa canción con que alguien me decía eso. Justo eso. Y ha tenido que venir Luigi para decírmelo...

Sandra colocó el vestido sobre la cama y procedió a plancharlo mientras replicaba con guasa:

—¡Eso es porque no usas Cabify! Yo estoy harta de que me llamen los conductores diciéndome: ¿Sandra Fernández? Ya estoy aquí. Y el vuelco a la patata me da cuando me toca pagar.

—¡No seas frívola!

—¡Ni tú tan blanda, no puedes perder la cabeza por un tío que te dice que ya está aquí! Guillermo lleva ahí desde que el primer día que llegaste a la banda. Y sola no estás. Nos tienes a nosotros.

—Ya lo sé. Se trata de esa soledad que todos hemos sentido alguna vez, esa soledad que te hace conectar con lo que le da sentido a todo, en mi caso la música. Y siempre he pensado que también el amor... Pero de momento la cosa no ha funcionado. Y si no ha funcionado es porque es Pili la que se enamora de quien no debe.

—¡Pili se enamora y punto!

—No quiero equivocarme más, me niego repetir los mismos errores una y otra vez. Además, de verdad que estoy sintiendo cosas por Luigi. Esta noche hablando con él, he notado como pellizquitos en el estómago. Y no era de lo que se movía el barco, no. Ese hombre me hace sentir algo muy especial; es más, cuando hablamos siento como si le conociera desde siempre. Y él dice que le pasa algo parecido, que le toco con mi voz. Por cierto, también me ha confesado que estuvo en el concierto del otro día en la playa de Migjorn. ¿Tú recuerdas a alguien que se pareciera a ese modelo?

Sandra que estaba afanada en eliminar hasta la última arruga del vestido, contestó:

—El único que tiene un aire es Guillermo. Tiene el pelo rizado, esa mirada intensa, la nariz griega, los morros. Se parece...

Pili que también estaba dándole a la plancha, negó con la cabeza y afirmó:

—Yo no le encuentro parecido alguno.

—Un clon no es, pero un ligero parecido sí que se lo veo.

—Yo no, pero vamos... El caso es que Luigi me ha confesado que esa noche sintió la necesidad de escucharme cantar de nuevo. Por eso nos contrató, y supongo que, por la misma razón, ha repetido esta noche.

—Mientras nos pague: no me importaría pasarme el mes de agosto cantando en este casoplón. Y con esta pedazo de habitación gratis...

—Yo solo sé que Citronela quiere conocerlo porque siente que podría ser su hombre.

—Jojojoho. Y yo lo que sé es que a pesar de que tenga una personalidad fascinante, más te vale que te pongas en lo peor para lo del físico. ¡Tengo esa corazonada!

Corazonada que casi confirmó cuando, después de la cena que les sirvieron en uno de los comedores, salieron al jardín y se encontraron con que estaba repleto de ancianos.

—¡Caray, con los invitados de tu Luigi, pero si el más joven debe tener noventa y dos! —comentó Sandra muerta de risa, mientras se colocaban en el escenario que habían improvisado a los pies de la escalera.

—¡Tampoco te pases! —masculló Citronela, que la verdad era que no daba crédito.

—Bueno, pues ochenta y siete. A Luigi le deben decir que se parece al Henriques cuando enseña la foto de la mili que debió hacer allá por 1950 o así.

—¿Cómo va ser de los años treinta?

—¡Claro por eso le gusta el swing y estos sonidos. Son casi de su época!

—A mí me gustan y soy de este siglo. No creo que sea tan viejo, esta gente debe ser amiga de algo. Tal vez tiene una fundación que ayuda a esta gente...

Sandra echó una ojeada al ambiente y llegó a una sola conclusión:

—Yo lo que veo es que la que parece que maneja el cotarro es la abuela del pelo verde que le está retorciendo las mejillas a Guillermo. Espera que no sea la esposa de Luigi.

Y Citronela no pudo evitar echarse a reír y pensar que su amiga estaba como una regadera...

Capítulo 16

Aunque posiblemente tenía razón respecto a que la señora de pelo verde era una especie de anfitriona, pues todos los que llegaban la saludaban muy efusivamente.

Pero de ahí a ser la esposa de Luigi...

A lo mejor era la presidenta honorífica de la fundación o algo así, pensó Citronela. Ya se lo preguntaría a Luigi de quien por cierto no había vuelto a saber nada.

Y eso que consultó el teléfono ochenta veces para ver si tenía una llamada o un mensajito, pero nada.

No obstante, no dudaba de que estaba allí, contemplándolo todo detrás de alguna ventana o camuflado entre los muchos invitados que ya estaban sentados en las sillas de plástico blancas, esperando a que la actuación empezara.

Y se puso tan nerviosa de solo pensarlo que Guillermo se acercó a ella y le susurró al oído:

—¿Estás bien?

—Los nervios antes del concierto, además esto de que el anfitrión esté sin estar, me intimida bastante.

—¿Esta noche ha venido? —preguntó Guillermo, haciendo el papelón de su vida.

—Sé que está. Siempre está. Además lo noto, percibo su presencia de una forma muy poderosa.

—Lo mismo está sentado entre la gente...

—No paro de buscar entre el auditorio a alguien que tenga un parecido razonable con un modelo portugués que por lo visto es clavado a él.

—¿No será Francisco Henriques? Porque a mí me dicen que tengo un aire a él.

—¡Ya quisieras tú! —replicó Citronela, aunque en el fondo pensando que Guillermo era muchísimo más guapo y más *sexy* que el modelo.

—Pues tengo mi público...

—Ya he visto cómo la señora del pelo verde te retorció los carillos —

bromeó Citronela.

—Leocadia, es un amor.

Qué iba a decir él, si era su abuela y la adoraba más que a nada en el mundo.

—Anda, ¿no se llama así tu tía? ¿La que hace hombres pájaro con ojos de rana?

Pues sí, y se llamaba así por su abuela Leocadia que era su madrina. Pero ya se lo contaría algún día, pensó Guillermo.

—Sí, es un nombre muy bonito. Como el tuyo, Pili.

—Deja a Pili tranquila, porque he decidido darle vacaciones. Ahora soy Citronela a secas.

Guillermo sonrió, con esa sonrisa suya que a ella le ponía cardiaca y replicó:

—Para mí siempre serás Pili. Mi Pili.

Y lo dijo con tanto cariño y ternura que por unos instantes ella hasta se conmovió. Eso de ser la Pili de alguien molaba, pero con Guillermo no podía ser.

Así que Citronela frunció el ceño y le recordó por si lo había olvidado:

—No soy nada tuyo. Y ahora déjame afinar el ukelele, por favor.

Guillermo se apartó, pensando que por mucho que ella dijera, él sí la sentía tan dentro que era su Pili. Y así iba a ser siempre...

Y a Citronela se la dejaba enterita para Luigi ese hombre que la tenía ya casi enamorada.

Por lo que con una sonrisa enorme se plantó delante de su micrófono y se puso a afinar su instrumento, como el resto de la banda.

Pili entonces le miró de reojo, y al verle con esa pedazo de sonrisa en la cara se molestó bastante.

Porque ¿cómo podía estar así de contento después de haberle dicho que no era nada suyo?

¿No era su Pili?

Lo lógico era que estuviera al menos ofuscado, pero no que sonriera así y que además no dejara de devolverle con cara de idiota los saludos a Leocadia, que estaba tan entusiasmada con él que solo le faltaba arañarse la cara.

Pero bueno, a ella qué le importaba...

Ella ya estaba en otra y además tenía que concentrarse en el concierto que

Luigi seguro que ya estaba ansioso por disfrutar donde quiera que estuviese.

Y el concierto empezó...

Arrancó con *In the mood* donde Guillermo se lució del tal manera que a Leocadia por poco no se la tuvieron que llevar en ambulancia.

Pero es que aquello fue demasiado, después de llevar años deseando escuchar a su nieto en directo, tenerlo de repente enfrente, derrochando ese talento era como para perder el sentido.

Y casi que lo perdió, pero la reanimaron sus amigas dándole aire con los abanicos y pasándole una botella de agua fresca.

—Abuela, ¿estás bien? —preguntó Guillermo muy preocupado, desde el escenario, en cuanto vio que volvía en sí.

La abuela levantó el pulgar y gritó:

—¡Es la emoción, Guille! ¡Pero tú sigue, sigue por favor!

Citronela se acercó a Guillermo y le regañó porque eso de llamar abuela a esa señora le pareció una falta de respeto:

—Tú y tu manía de apropiarte de las personas. ¡Esa señora no es tu abuela! ¿Cómo se te ocurre llamarla así? Un poco de corrección, por favor.

Guillermo que estaba feliz de ver a su abuela tan entusiasmada y arrepentido de haber tardado tanto en darle el capricho de asistir a un concierto en directo, respondió:

—Tengo mis razones.

—Pues no sé cuáles...

Y Guillermo no dijo nada más, se limitó a tocar los primeros acordes de la siguiente canción: *Summertime* y el resto de la banda le siguieron.

Después vinieron otros temas clásicos como *Mona Lisa*, *Yes Indeed*, *Begin The Beguine*, *I don't mean a thing* que el público celebró, canturreó y bailó desatado...

Todo lo desatado que uno puede desatarse a esa edad, si bien el momento culminante llegó cuando Citronela comprobó en el listado de canciones que la siguiente que tocaba era:

—*Cheek to Cheek*? ¡Pero cómo se te ocurre incluir este tema! Sabes que es uno de los supermegaprohibidos —le cuchicheó a Guillermo.

—A la gente le gusta vernos bailar.

—Pero es que no puedo bailar contigo. Sabes que no.

—¿Y vas a dejar a toda esta gente sin esta canción y sin baile?

Citronela solo tuvo que mirar al público que seguía aplaudiendo

entregadísimo y entendió que Guillermo tenía razón.

Tenían que bailar...

Además, ¿de qué podía tener miedo si tenía muy claro que en el escenario solo estaba Citronela?

Por eso, asintió con la cabeza y le dijo:

—Cuando quieras...

Y Guillermo dio a la banda la indicación de que empezaran con el siguiente tema, mientras pensaba que Pili se iba a enterar de lo que era bueno.

Porque justo cuando llegó el momento del baile, dejó su trompeta, ella hizo lo mismo con su ukelele, la agarró por la cintura, la estrechó contra él con fuerza y con los labios pegados a los de ella le susurró:

—Te quiero, Pili.

Pili al escuchar aquello, sintió que le sobrevénía un vahído como el Leocadia, pero respiró hondo tanto que percibió que Guillermo había vuelto a su perfume habitual, uno amaderado que olía de maravilla, y le suplicó:

—¡Calla, por Dios, calla!

—Es lo que tengo dentro, no puedo callarlo. Y ahora te lo voy a decir bailando...

Y Guillermo comenzó a bailar con tal gracia, tal arte y tal sentimiento, que Citronela no quiso quedarse atrás y lo dio todo mientras el público enloquecía.

Unos gritaban, otros les jaleaban, otros se arrancaron a bailar y Leocadia bañada en lágrimas no paraba de repetir:

—¡Ese es mi Guille! ¡Ese es!

Capítulo 17

Sin embargo, a pesar de que fue el mejor baile de su vida, al acabar no hubo beso.

Cosa que Citronela agradeció, pero que Pili echó muchísimo de menos. Tanto que se quedó por unos instantes con los ojos cerrados y los labios un poco fruncidos, esperándolo, anhelándolo, casi ya sintiéndolo en sus labios.

Sin embargo, no llegó...

Y tuvo que esperar a que el concierto terminara, después de incontables besos y felicitaciones del público entregadísimo para preguntarle a Guillermo el porqué.

—Es la primera vez que bailamos y no me besas ¿Qué ha pasado esta noche? —le preguntó tras descalzarse y sentarse junto a él en el bordillo de la piscina.

Guillermo que estaba en ese lugar para huir de su abuela que no paraba de presentarlo a sus amigos como “el mejor trompetista del mundo que guarda un secretito que ya os contaré”, la miró y replicó:

—¿Qué más te da?

—Solo era por saber...

Guillermo la miró de soslayo y sonriendo afirmó:

—Tú ya lo sabes todo.

Pili hundió los pies en el agua y replicó pensando que ese chico tenía la sonrisa más bonita que había visto en su vida:

—Y tú también.

—Entonces, está todo bien. ¿Todavía no ha aparecido el superhombre misterioso?

Pili negó con la cabeza y tras lanzar una ojeada rápida al jardín y a la fachada de la casa aseguró:

—Pero sé que está aquí. Siento su mirada.

—¿Y no te agobia?

Citronela negó con la cabeza, se peinó el flequillo con la mano y confesó:

—Para nada.

—¿Te parece morboso y excitante?

—Simplemente acepto y respeto que quiera que las cosas sean así. Está harto de que le prejuzguen y quiere asegurarse de que le conozco bien antes de mostrarse.

—¡Eso es una estupidez! ¡Nunca se termina de conocer bien a nadie! — exclamó Guillermo batiendo las manos—. Y en cuanto a los prejuicios, yo sé algo de eso...

—Si lo dices por mí, que es obvio que lo dices: me ciño estrictamente a hechos contrastables.

—Y los hechos contrastables te dicen que el superhombre misterioso es lo que necesitas. ¿Has visto qué rápido aprendo? Ya no hablo de conveniencia...

—Te lo agradezco y no te falta razón. Porque esta noche en el barco he tenido como un ataque extremo de lucidez y me he percatado de que todas mis historias han salido mal porque siempre ha sido Pili la que se ha enamorado. Porque Pili es ingenua, romántica, soñadora, confiada, compasiva, entregada, impulsiva... Vamos, que tiene todas las papeletas para pifiarla siempre. Sin embargo, Citronela es distinta. Citronela es fría, racional, descreída, borde, sabe lo que quiere y tiene una seguridad en sí misma a prueba de bombas. Con Citronela no se juega ni se la toma el pelo, así que ya es hora de que pase a la acción. Y Citronela ha decidido que Luigi es el hombre perfecto y que se va a dejar llevar...

Guillermo se echó a reír y exclamó:

—¡Qué lista la Citronela!

—Si piensas que se ha fijado en él por lo material estás muy equivocado. Además, ella se gana la vida sola perfectamente, no necesita que nadie le pague las facturas. En lo que se ha fijado es en su carisma, en su personalidad, en su talento, en su buen gusto, en su buen hacer. En fin, esas cosas que hacen que una mujer admire a un hombre...

—Pensaba que estábamos hablando de amor.

—Es que la admiración es la antesala del amor.

Guillermo se quedó mirándola, con esa mirada intensa que a Pili la derretía y preguntó:

—¿Y Pili qué piensa de todo esto?

Pili tragó saliva, sin poder dejar de mirarlo y con el corazón latiéndole muy deprisa, respondió:

—Pili está de vacaciones. Amordazada. Así que si dice algo, no la

escucho.

Guillermo se acercó más ella, tanto que Pili volvió a oler ese perfume entre amaderado y cítrico, sobrio y sensual a la vez, y confesó:

—Es una pena que le hagas eso. Yo quiero a Pili. ¿Se lo puedes decir?

—¿Crees que no lo sabe ya?

—Creo que no se cree que la quiera.

Y Guillermo dijo aquello con tal sinceridad que Pili decidió clavar la vista en las estrellas porque como siguiera mirándolo estaba perdida.

—¡No me líes, por favor! —le pidió Pili.

—Te recuerdo que has sido tú la que has venido a preguntarme por qué no te había besado.

Pili se puso a la defensiva y mintió como una bellaca:

—Era para asegurarme de que por fin has entendido que entre nosotros no puede haber nada.

A Guillermo esas palabras le sentaron como una patada en el estómago, por eso se puso de pie y replicó:

—Entender no lo entiendo, pero lo acepto y lo respeto. ¡Buenas noches, Citronela!

Guillermo se echó a andar hacia una zona de olivos y Pili se sintió tan mal que corrió descalza detrás de él:

—¡Espera! ¡No te vayas así!

Guillermo se paró y le preguntó encogiéndose de hombros:

—¿Y qué quieres que haga?

—Somos amigos, podemos seguir hablando de otros temas.

—Pensé que estarías mejor sola, además tal vez así aparezca de nuevo tu superhombre misterioso. No quiero cortaros el rollo.

Guillermo sonrió y Pili se sintió tan mal que le pidió:

—No te vayas, anda...

—Iba a tumbarme un rato en ese olivo —dijo señalando un olivo enorme que debía tener más de mil años.

—Será debajo del olivo.

—Qué va, si trepas hasta arriba puedes tumbarte en el centro. Es muy ancho. Caben dos...

Pili le miró extrañada y le preguntó convencida de que le vacilaba:

—¿Qué dices?

Guillermo que llevaba toda la vida echándose siestas de impresión en ese

olivo, con su almohadón y su colcha, replicó con una seguridad pasmosa:

—Que sí. ¿Quieres comprobarlo?

Pili tenía tanta curiosidad por saber si aquello era cierto que contestó sin dudarle:

—Eso tengo yo que verlo...

Y le acompañó hasta el olivo al que Guillermo trepó con una facilidad pasmosa:

—¡Venga, sube! ¡Ahora tú! ¡Pon los pies en los mismos sitios que yo!

—¡Ni que fuera tan fácil! Yo no sabía que tenías esta habilidad para subirte a los árboles.

—Es que hay tantas cosas que no sabes de mí. ¡Como para conocer a tu superhombre misterioso con cuatro conversaciones veraniegas!

—Lo esencial sí que se conoce. Y ahora no me hables que me tengo que concentrar.

Pili se agarró al tronco, puso un pie en la misma oquedad en la que Guillermo había puesto el suyo, y luego en la de más arriba y así, con cuidado, subió hasta el mismo centro del olivo donde le estaba esperando tendiéndole la mano.

Pili se aferró a su mano, él tiró de ella y acabó recostada junto a él, y totalmente alucinada:

—Si nos traemos unos almohadones y una colcha, porque por la madrugada refresca, podemos pasar aquí la noche tan ricamente —sugirió Guillermo.

Pili se echó a reír y bromeó...

—Y si nos traemos también una cocina a pilas y una neverita, podemos pasamos el verano entero.

Guillermo la miró con los ojos brillantes y confesó:

—Para mí sería un sueño...

Capítulo 18

Pili suspiró, se quedó contemplando las estrellas a través del ramaje y le dijo a Guillermo:

—Imagino que habrás subido con cientos de chicas a los olivos de tu pueblo. Porque es evidente que esto no se improvisa...

Guillermo negó con la cabeza y respondió con la absoluta verdad:

—Te equivocas. Solo he subido con mi trompeta a tocar y a echarme la siesta. Tú eres la primera chica con la que comparto olivo...

A Pili le encantó escuchar aquello, así que sonrió, se llevó la mano al pecho y replicó:

—¡Vaya! ¡Gracias! ¡Qué honor!

—¿A que se está bien? —preguntó dejando el teléfono y la cartera encima de la rama plana de siempre, para evitar que se cayeran al suelo.

—Si las hormigas no dan mucho la lata y con unos almohadones, supongo no se debe estar mal.

A Guillermo se le iluminó le mirada y le propuso:

—Cojamos todo lo que necesitemos y pasemos aquí la noche.

Pili se quedó sorprendida con la propuesta y preguntó:

—¿Y dormir en el árbol como el barón rampante?

—¿No te apetece hacer algo diferente?

—Si fuera tu casa, todavía, pero es la casa de Luigi.

Guillermo se giró, la miró divertido y le recordó:

—Él nos ha invitado a pasar la noche, qué más da dónde durmamos.

Pili sabía que no daba igual y más si él seguía mirándola de esa forma que la derretía:

—No da igual. ¡Y no me mires más así! Me pongo nerviosa.

—Nerviosa ¿por qué?

—Porque tienes una mirada de trompetista canalla que no puedo con ella. Es que no puedo con esa mezcla de gamberrismo y ternura.

Guillermo clavó la vista en el cielo y le preguntó:

—¿Y cómo crees que será la mirada de Luigi? Quizá tampoco la resistas.

—Es un hombre apasionado, imagino que tiene que tener mucha fuerza y

mucho brillo. Que será muy intensa...

Guillermo no dijo nada más, se quedó callado mirando a las estrellas hasta que Pili habló, incómoda con ese silencio:

—¿No dices nada porque te molesta que hable de Luigi?

Guillermo se giró y, negando con la cabeza, respondió:

—¿Por qué iba a molestarte? Yo he sido el que te he preguntado. Me has contestado y no tengo nada más qué decir. Además me gusta escuchar el sonido del viento agitando el ramaje.

—Qué bien que me lo dices, porque estaba un tanto preocupada.

—Está todo perfecto. El concierto ha sido genial, hace una noche estupenda, tú estás a mi lado. ¿Qué más puedo pedir?

—La verdad es que se está muy bien aquí —reconoció Pili, y luego por esas cosas extrañas que le pasaban con los trompetistas, cometió el error de que los ojos se le fueran a la boca de ese chico que le gustaba demasiado.

Y no fue un error cualquiera, más bien un fatídico error.

—¿Tengo algo en los labios? —preguntó Guillermo, mordiéndoselos.

Pili pensó que sí, que debía tener un imán que ejercía una poderosa atracción sobre ella. Sin embargo, en su lugar masculló:

—No, no tienes nada.

—Ah...

Pero Pili no podía dejar de mirárselos como una boba, como hipnotizada y luego reconoció:

—El problema lo tengo yo...

Guillermo se acercó un poco más a ella, flexionó el brazo para apoyar la cabeza en la mano y preguntó fingiéndose el preocupado:

—¿Y qué problema tienes? ¿Puedo ayudarte?

Pili al sentirle tan cerca, con ese olor y esos labios que la volvían loca, solo pudo hacer una cosa.

Se acercó lentamente hasta él, acortando la distancia que los separaba y le besó suave en los labios.

Luego, se separó de él y respondió con un hilillo de voz:

—Ya, yo creo que con esto se me pasa todo lo que tengo.

Guillermo la miró con una cara diablo tremenda, se pasó la punta de la lengua por los labios y preguntó arqueando una ceja:

—¿Estás segura?

Pili estaba tan poco segura que negó con la cabeza y preguntó:

—¿Puedo otra vez?

Guillermo asintió, ella le agarró por el cuello y se besaron de nuevo con tales ganas que ella acabó tumbada encima de él.

—¿Y ahora qué? Porque de verdad que lamento estar así, pero es algo natural. Una reacción espontánea —se justificó él clavándole la erección.

—Entiendo, entiendo. Y me encanta...

Guillermo, un tanto confundido, preguntó:

—¿Ah sí?

—Sí.

—¿A Citronela también? —insistió temiéndose lo peor.

—Citronela se ha quedado en el jardín, esperando a que el otro aparezca.

—O sea que ahora eres Pili.

Pili aun a riesgo de que Guillermo pensara que estaba completamente chiflada, respondió:

—Claro, si no de qué iba a estar besándote. Pili es la que se equivoca siempre.

—A mí me vuelve loco, Pili, qué quieres que te diga.

—A mí me trae loca, no la entiendo y a ratos ni la soporto. Pero se muere por besarte. ¡Ay, Dios, si me ves muy mal, llama a urgencias psiquiátricas que lo entenderé!

Guillermo la agarró por el cuello y la besó con todas sus ganas, luego las lenguas se encontraron, se mordieron, se lamieron y se volvieron más locos todavía.

Y es que después de besarse y besarse, las manos de Guillermo ascendieron por debajo de la falda hasta llegar a las nalgas que apretó contra su dureza.

Pili entonces comenzó a mover a las caderas y a frotarse, mientras él le desabotonaba la camisa y luego le acariciaba los pechos por encima del sujetador.

Pero Pili quería mucho más... Así que incorporó, se quitó la camisa, se desabrochó el sujetador y ya medio desnuda se tumbó otra vez encima de él.

Y se besaron todo lo que quisieron, hasta que con cuidado rodaron sobre ellos mismos y él quedó encima de ella.

Luego la besó en el cuello y desde ahí fue descendiendo, devorándola, hasta que terminó en los pezones que mordisqueó hasta hacerla gemir.

A continuación, le levantó la falda, le quitó las braguitas, colocó su

cabeza entre las piernas que ella abrió muerta de deseo y se perdió en la humedad de esa mujer que no dejaba de pedirle más y más.

Y él se lo dio, hundió sus dedos, lamió, chupó, mordisqueó, hasta que ella no pudo más y él solo tuvo que presionarle un poco el clítoris con la lengua para que sucumbiera a un orgasmo increíble.

Después, con los pelos revueltos y sin creerse aún que aquello estuviera ocurriendo, se tumbó a su lado y ella confesó:

—En la vida me han hecho esto como tú. Y mucho menos la primera vez. No, si por algo tu boca me vuelve tan loca.

—No tengo ni idea de cómo lo haré, pero te prometo que ha sido con todo mi amor.

Pili se quedó mirándole emocionada, puesto que lo dijo de tal forma que era evidente que estaba diciendo la verdad.

—Te agradezco que me hayas regalado esto. Llevaba sin hacerlo desde que Alex se fue. Aunque con él la verdad que lo hacíamos bastante poco. Era vago hasta para esto...

—Él se lo perdió.

Pili le besó en los labios que sabían a ella y lentamente le fue desbotonando la camisa hasta que el torso maravilloso quedó al descubierto.

Ella se quedó fascinada al verlo, lo que dejaba ver la luz de la luna, y luego le acarició, le lamió y le besó cuanto quiso al tiempo que colaba la mano por dentro del pantalón.

Y con la mano en esa dureza espectacular que se moría por sentir, apretándole hasta hacerle gemir, le preguntó:

—¿No tendrás por casualidad un condón?

Guillermo con la voz ronca de lo excitado que estaba, tan ronca que casi le salió la voz de Luigi, respondió:

—Tengo uno pero debe estar caducado. Lo tengo desde un mes antes que llegaras a la banda. Desde entonces estoy a dos velas. Es que estoy loco por ti. No puedo liarme con nadie cuando te tengo metida tan dentro.

A Pili le dio un vuelco al corazón y replicó temblando entera, ya que entre el deseo que tenía y las cosas que le estaba diciendo ese chico, estaba desbordada:

—¡Madre mía! ¡Y me lo quería perder!

—Si te agobia lo dejamos. Pero es lo que siento...

—No me agobia, me emociona que sientas así por mí. Y yo qué sé más.

No quiero pensar más. Solo quiero sentirte. Así que saca el condón y comprobemos con la linterna del teléfono si está caducado.

Guillermo se levantó, cogió la cartera de lo alto de la rama, sacó el condón y lo iluminó con el móvil:

—Caduca dentro de dos años —le informó triunfante.

Luego, volvió junto a ella, y la besó con desesperación a la vez que Pili sacaba la erección del pantalón.

Él entonces con ganas de todo, rasgó el condón, se lo puso y se tumbó sobre ella, hundiéndose entero.

Ella le rasgó la espalda al sentirle tan dentro y él comenzó a hacérselo despacio, pero demorándose de tal forma que ella podía sentirle de una forma muy intensa.

Tanto que llegó un momento en que le pidió más y él se lo dio.

Comenzó a hacérselo como ella se lo estaba pidiendo con sus caricias, sus gemidos y sus besos cada vez más exigentes, y aquello ya fue la locura.

Se hicieron el amor con una pasión desatada, hasta que ella no pudo más y de la sola fricción volvió a correrse otra vez.

Un orgasmo tan potente que él sintió perfectamente y que hizo que se corriera después que ella, y que musitara un “te quiero” que a Pili se le clavó en el alma.

Capítulo 19

Al rato se quedaron dormidos, pero Pili se despertó a los diez minutos apoyada en el pecho de Guillermo y con la espalda hecha trizas.

Si bien, no se arrepentía de nada, había sido una nueva pifia de Pili: pero qué pifia.

La mejor de su vida.

Así que sin atormentarse lo más mínimo, se bajó del árbol con cuidado de no despertarlo y se fue directa a su habitación.

Porque una cosa era una pifia y otra persistir en el error una y otra vez.

Y aunque no hubiera estado nada mal pasarse la noche entera pifiándola sin descanso, lo mejor era volver a su habitación y que todo quedara así.

Como un traspie más de Pili que no iba a tener la menor trascendencia porque como ahora quien mandaba era la otra, no había nada de lo que preocuparse.

Por lo que llegó canturreando a la habitación, donde se encontró con que Sandra estaba metida en la cama con el teléfono:

—¡Buenas noches, Citro! Espera a que envíe este mensajito y me cuentas...

—Perfecto. ¡Me doy una ducha y hablamos!

Sandra envió el mensaje, levantó la cabeza y tras mirar a su amiga exclamó muerta de la risa:

—¡Uy, uy, uy qué cara traes, qué brillo en la piel, qué pelos y sin zapatos! ¿Te has tirado al superabuelo, Citro? Solo espero que antes de irte te hayas cerciorado de que aún respiraba...

Pili negó con la cabeza y le explicó sentándose en el borde su cama:

—He mandado a Citronela a paseo, solo por esta noche y Pili ha vuelto a la acción.

Sandra dio un respingo en su cama y comentó alucinada:

—¡Dios mío, nena! ¡Tú necesitas unas buenas vacaciones porque te estamos perdiendo!

—¡Qué va, al contrario! Desde que tengo perfectamente separadas a Pili de Citronela me siento mejor que nunca. Y si no mira, esta noche me he liado

con Guillermo y aquí me tienes: tan tranquila. Sin hacer dramas baratos, ni apelar a mi mala estrella, ni nada parecido. Es una pifia de Pili. Y listo.

Sandra que no daba crédito, se colocó la almohada detrás de la espalda y preguntó:

—¿Te has liado con Guillermo? ¿Con nuestro Guillermo?

—Sí. Hemos rematado lo de la sandía en un olivo.

—¿Pero en un olivo cómo? ¿Debajo del olivo?

—No, hija, no. ¡En todo su centro!

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Sandra muerta de risa.

—Ni yo. Si la cosa empezó porque, después de tener un pequeño desencuentro, me dijo que se iba a echar un rato en el olivo. Yo pensé que debajo, como es lógico, pero no. Y me entró una curiosidad tremenda por ver cómo era aquello. Cosa que fue mi perdición. Trepamos como monos hasta arriba, en el centro había efectivamente un hueco grande y tratatá. Pifia al canto. Pero estoy tranquila, muy tranquila...

—¡Tía, para no estarlo! Si llevabas sin echar un polvo desde hacía mil años, te habrás quedado la mar de relajada.

—No me refiero al acto en sí, sino a que no me siento mal por haberme liado con quien no debo. Y es que Pili es así, alocada, impulsiva, atrevida, mema, pringada... Y en consecuencia, esta noche la ha vuelto a hacer. Ya vendrá mañana Citronela a poner orden y concierto: ¡y todo arreglado!

Citronela se levantó para dirigirse al baño y Sandra le preguntó:

—¿De verdad te estás creyendo esto de que sois dos?

—Todos tenemos distintos yoes, lo que pasa es que yo les pongo nombre. Mi yo pringado hace entuertos, mi yo sensato los deshace. Y aunque va a ser duro, porque Guillermo me ha soltado un “te quiero” después del polvo que me ha puesto del revés, es lo que tiene que ser. Y lo tengo clarísimo, Sandra...

—Si tú lo dices —replicó Sandra, incrédula.

—Ya verás cómo sí.

—¿Y de Luigi sabes algo?

—Nada. Espera a ver si tengo algo en el teléfono... —dijo cogiendo el móvil que tenía encima de la mesilla—: Nada. Solo tengo una llamada perdida de mi madre.

—¿Qué raro, no te parece?

—Él es así y Citronela lo acepta como es.

—Pues es raro de pelotas. Se tira un montón de tiempo contigo de charla telefónica, te plantas en su casa, actúas para sus invitados ¿y no te manda ni un mensaje? Claro que igual te ha visto con Guillermo...

—Imposible, porque el olivo estaba en una zona oscura. Y bueno, tampoco tendría por qué enfadarse, pues Citronela no tiene nada con él todavía. Ella tan solo ha decidido que es el hombre perfecto para ella. Y Pili solo ha cometido un desliz, que Citronela subsanará mañana mismo.

—¡Lo flipas, Citro!

—Confía en mí. ¿Y tú qué tal? ¿Ocurrió algo después del concierto?

—Me he pasado la noche hablando con el trombón, hasta ahora mismo que le he mandado unos mensajitos de buenas noches.

—¡No me fastidies que le ha dado otra llantina de las tuyas!

—¡No, no qué va! Estaba muy tranquilo, y hemos estado conversando. Me he enterado de un montón de cosas que desconocía. Por ejemplo, ¿tú sabías que además de podólogo diseña plantillas inteligentes que usan muchos deportistas?

—No, no tenía ni idea.

—Pues es una eminencia en el universo plantilla. Yo le he pedido que me haga unas para cuando corro. Y por cierto, me ha dicho que tengo unos pies preciosos, cosa que ya sabía, pero que me lo confirme un profesional, me ha gustado tanto que le he mandado hace un rato una fotito de mis pies. Y me ha devuelto diecisiete corazones, que los he contado. Lo que te digo: todo un honor viniendo de un profesional.

—Entonces ¿te lo has pasado bien? —preguntó Pili que no tenía muy claro que si sí o que si no.

—Pues aunque suene a aburrido mortal eso de estar hablando de pies, me lo he pasado bien. Y luego Darío tiene un sentido del humor muy particular y está noche estaba sembrado, así que sí. Aunque donde esté un olivar que se quite todo...

Guillermo se despertó a eso de las siete de la mañana y no se sorprendió de que Pili no estuviera. No solo por la incomodidad del sitio, sino porque

imaginaba que necesitaba tiempo para digerir lo que había sucedido.

Y lo entendía y lo respetaba.

Además, iba a seguir haciendo todo lo que estuviera en su mano para que ella descubriera que él era mucho más que su última pifia.

Así que feliz como no recordaba, se plantó en la cocina donde se encontró con su abuela que madrugaba siempre, que le abrazó y lo besó como si hubieran pasado siglos desde la última vez que se vieron.

—¡Qué actuación la de anoche! ¡Tengo un orgullo tan grande que estoy loca por gritar a los cuatro vientos que el trompetista es mi nieto!

—Disimulaste fatal. ¡Yo creí que nos pillaban! Pili hasta pensó que podías ser la esposa de Luigi.

Leocadia se apartó un poco de él, se llevó las manos al pecho y exclamó:

—Pili está tan enamorada que aunque saliera con un cartel que pusiera: “¡Chica, huye, que te están tomando el pelo!”, ni se percataría.

—Ya, pero yo no le estoy tomando el pelo. Para mí esto es muy serio, quiero que me conozca, ¿tan difícil es de entender?

—Pues sí, es muy difícil. Yo jamás habría recurrido a un montaje para darme a conocer. Pero lo que sí entiendo es que te hayas vuelto loco de amor por esa chica. ¡Ay Pili! ¡Qué artistaza, qué talento, qué voz y qué belleza, si parece una actriz de cine! ¡Qué ojazos, qué cara, qué cuerpo, cómo baila y qué parejón hacéis! Mis amigos me decían que eráis los Ginger y Fred del XXI, aparte de que estaban convencidos de que sois pareja...

Guillermo suspiró, sonrió y le confesó a su abuela:

—¡Ojala! De momento, anoche se vino a mi olivo y pudimos hacer importantes avances.

Leocadia le abrazó otra vez, emocionada, y preguntó:

—¿Puedo contar ya que eres mi nieto y que estás con Pili?

—No, no. Tantos avances no. Digamos que estamos en la primera fase.

—Entonces ¿qué habéis hecho en el olivo?

—Fue todo muy romántico.

—Genial.

—Sí, pero Pili lo ha pasado muy mal con sus anteriores novios trompetistas y está llena de prejuicios hacía mí. Por eso me he inventado a Luigi, para que conozca esas facetas de mí que aún no ha descubierto.

—¿Qué facetas?

—La de empresario y la de tío racional, sensato, serio y responsable.

—Ah, ¿que tú eres así? —preguntó risueña Leocadia.

—Pues sí, sí que lo soy. Pero no le puedo contar la verdad así en crudo a Pili, porque los de la banda no saben a lo que se dedican mis padres, ni nada de mis negocios. Les conté que mamá trabaja en una escuela de barrio y papá en la camisería del Corte Inglés. Es que no quería que me prejuizaran...

—Pero mira que tapar un despropósito con otro mucho mayor. ¡Ay Guille, tenías que haberle contado la verdad a Pili, tal y como me la estás contando a mí!

—Sí, pero tenía miedo a que le pareciera un cretino. Así que he preferido montar todo esto y que a través del personaje conozca esa parte de mí que ignora.

—Pero tú no tienes un barco, ni una casa en Santa Eulalia, es todo de tu padre...

—Eso es solamente el puro escenario para dar credibilidad al personaje, pero lo importante es que Pili sepa que yo no soy como los otros. Que soy un tío con inquietudes, con proyectos y con sueños y que la amo.

Leocadia se sentó en una silla y exclamó:

—¡Imaginación desde luego no te falta, espero que sepa valorarlo!

—¡Espero que sí! De momento, Citronela quiere algo con Luigi...

La abuela le miró atónita y convencida de que no había escuchado bien, preguntó:

—¿Citronela no es Pili?

—Sí, pero ella ahora dice que por un lado está Pili, que es la romántica y la ingenua, la que se enamora de personas inadecuadas; y por otro está Citronela que sabe lo que quiere y su hombre es Luigi.

—¡Qué divertido! ¡Pues nada, haz de Luigi esta noche y a ver si acabáis felices los cuatro!

—Eso es justo lo que quiero, abuela, hacerla feliz...

Capítulo 20

Guillermo desayunó con su abuela y luego con el resto de la banda, tres horas, después en el jardín...

—Don Luigi me ha pedido que os comunique que os felicita por la actuación y que desea que hayáis disfrutado de la estancia en su casa.

Leocadia que apareció en mitad del desayuno, recitó el guion a la perfección, cosa que Guillermo celebró sonriéndole de oreja a oreja.

Si bien, Sandra muerta de la curiosidad preguntó:

—Y si no es indiscreción, ¿qué relación le une con Don Luigi?

Leocadia sonrió y respondió con la verdad, que además era siempre lo más fantasioso y divertido:

—Le conozco desde siempre, de toda la vida. Y solo puedo decir que es genial. Es bueno, listo, cariñoso, guapo, talentoso, generoso... En fin, ¡un joyón!

Luego Leocadia se sentó al lado de Guillermo y se quedó mirándole con orgullo de abuela...

—Y abusando de su confianza, ¿no nos podría contar más cositas de él? ¿A qué se dedica y todo eso? Si es que no está ya jubilado... —insistió Sandra.

—¿Jubilado? Jajajajaja. ¡Pero si no para! Y se dedica...

Temeroso de que su abuela desembuchara, Guillermo le apretó nervioso la rodilla por debajo de la mesa y le dijo a Sandra:

—No creo que haga ninguna falta conocer tantos detalles.

Sandra se envaró y, tras dar un sorbo a su zumo, replicó:

—Pues sí tengo curiosidad. Y Citro más que nadie...

Pili estuvo a punto de escupir el poleo menta que se estaba tomando y farfulló:

—Yo no. ¡Para nada! Respeto que Luigi quiera hacer las cosas a su modo.

Pero Sandra que no conocía ni la discreción ni la prudencia, decidió tirarse el barro, eso sí por el bien de su amiga:

—Es que mire usted, Leocadia, le voy a contar algo para que lo entienda. Mi amiga está sintiendo cosas por don Luigi, pero antes de que se nos

enamore por completo, yo creo que tendría que saber un poco más sobre este señor... La edad, su profesión, un poquito de su estado físico... Me refiero por ejemplo a nivel de huesos. Es que como hasta ahora solo le ha visto a oscuras, la imaginación se nos dispara y como somos leídas y hemos visto demasiadas películas: ya sabe, *La Bella y la Bestia*, *El Fantasma de la Ópera*..., pues nos pasamos el día especulando con que si será un adefesio de mil años con prótesis hasta en las pestañas.

Pili que no sabía dónde meterse, dio otro sorbo a su infusión y habló muerta de la vergüenza:

—A mí me da igual cómo sea Luigi, eso son especulaciones tuyas.

—A mí no me da igual, eres mi amiga y quiero lo mejor para ti. Además, de que me parecería tristísimo que echaras a perder lo que tienes con Guillermo, por una vana ilusión veraniega —soltó Sandra, mientras el resto de la banda se miraban alucinados porque desconocían que los dos tuvieran algo.

La abuela soltó una carcajada y luego exclamó divertida:

—¡Anoche todos pensamos que Pili y Guille eran pareja! ¡Tienen un quimicón tremendo! Se miran y saltan chispas...

Guillermo miró a su abuela descompuesto y le aclaró:

—No, Leocadia. No somos pareja... todavía.

Si bien, Pili fue mucho más allá y precisó:

—No somos pareja, ni ahora ni nunca. Nosotros somos amigos y punto.

Leocadia negó con la cabeza y cogiendo a Guillermo por la barbilla en modo abuela le aconsejó:

—Nunca digas nunca, Pili. Además ¿tú sabes el tesoro que es este chico? No vas a encontrar otro igual. ¡Si es que no hay más que mirarlo! ¡Qué cara de bueno! Aunque mi madre solía decirme que no me fiara de los que tienen cara de buenos que suelen haber roto la vajilla entera. Pero bueno... A ver, que Guille tiene sus cosas como todos... ¡Pero es de un noble, de un generoso y de un bonachón, que hasta cuando la lía y la hace bien gorda, lo hace con el corazón, un corazón tan grande que no le cabe en el pecho!

Guillermo rojo como un tomate, miró a su abuela pidiendo clemencia y le recordó:

—Leocadia, gracias por opinar sobre mí, sin conocerme de nada. Pero de nada de nada...

—Ya pero se ve que Leocadia es un escáner humano, que no tiene que

echar más que un vistazo a alguien para saber cómo es —opinó Sandra a la que no le sorprendió la familiaridad con la que Leocadia trataba a Guillermo—. Y a todo esto ¿Luigi de corazón, cómo va? ¿Tiene marcapasos, muelles o algo?

Pili abochornada total, le suplicó a su amiga:

—¡Déjalo ya! Esas cosas son demasiado privadas...

—Pues sí —afirmó Guillermo que estaba loco por acabar con esa situación como fuera—. Y nos tenemos que ir ya. Nuestro barco zarpa en una hora, regresamos a Formentera porque...

Guillermo no pudo acabar la frase, pues un San Bernardo salido de no sabía dónde, enorme, se le echó encima y comenzó a darle lengüetazos amorosos sin parar.

Era Luigi, su Luigi, que se había escapado de la casa del vecino para saludarlo.

—¡Le has gustado! —opinó Darío, muerto de la risa.

—Sí, eso parece. Tranquilo, amigo, tranquilo... —musitó Guillermo acariciándole la cabeza y pensando que su perro no podía ser más mono.

—¡Luigi, ven aquí! —le ordenó Leocadia. Y al momento se mordió los labios porque sabía que acababa de meter la pata.

—¿Luigi? ¿Cómo que Luigi? ¿El perro se llama como su dueño? —preguntó Sandra muy divertida.

—¿Y tu perro no se llama también así? —preguntó Pili a Guillermo.

—Sí, ¡qué casualidad! El caso es que nos tenemos que ir —masculló Guillermo, zafándose como pudo del bueno de Luigi—. Es que perdemos el barco...

—¡Qué pena que no os podáis quedar unos días más! A Luigi le encantaría —habló Leocadia y Luigi se puso como loco otra vez, saltando sobre Guillermo—. A Luigi, Don Luigi... Quiero decir...

—Se lo agradezco, Leocadia. Si bien, tenemos la próxima semana repleta de bolos. Tenemos mucho trabajo, otra vez será... Muchas gracias por todo, señora.

Guillermo sin poder quitarse a Luigi de encima intentó acercarse a Leocadia para darle dos besos, pero fue imposible:

—Se te ha pegado el Luigi como una lapa. ¡Me da que este quiere venirse a tocar con nosotros! —comentó divertido, Rafael.

—¡Venga, Luigi, hijo, que tengo que irme a trabajar! Te quedas aquí con

la abuela...

—¿Cómo qué con la abuela? Leocadia está estupenda y no ha dicho en ningún momento que el perro sea suyo —comentó Sandra muerta de risa.

—Es una forma de hablar... —se justificó Guillermo.

—¡Y no me molesta para nada, además soy abuela! ¡Tengo un nieto que es un primor, sé que a Pili le encantaría!

—Uf. ¡Deje, Leocadia, deje, que menudos líos tiene esta! Entre el trompetista y don Luigi ya va bien servida. Sin embargo, yo estoy abierta a todo. Puede presentármelo a mí...

Guillermo que ya no podía con la ansiedad, logró al fin liberarse del abrazo perruno; si bien, cuando fue a decir algo, Darío le interrumpió:

—Nos tenemos que ir. Muchas gracias por todo, pero es que no tenemos tiempo para más...

Pero Sandra no pensaba irse sin tirarle un poco más de la lengua a Leocadia:

—Una cosita antes de irnos, Leocadia... ¿Luigi qué tal va de los pies? ¿Los tiene muy deformes? ¿Mucha artrosis y demás? ¿Tiene problemitas para arreglarse las uñas? ¿Le cuesta doblarse por la edad? Se lo digo porque nuestro trombón es un podólogo buenísimo que hace unas plantillas divinas además.

—¡Uy pues yo tengo los pies fatal, me vendrían genial! —le dijo Leocadia a Darío que le tendió una tarjeta.

—Llame cuando quiera, diga que va de mi parte, mi equipo estará encantado de atenderla.

—¡Qué amable es usted, doctor, muchas gracias!

Y Guillermo loco por irse de una vez, antes de que su abuela acabara liándola más todavía se despidió:

—Genial. Muchas gracias por todo, señora. Pero es hora de irnos, con su permiso, nos vamos a recoger el equipaje.

Leocadia sonrió a su nieto, luego cogió cuatro kiwis, se los dio y le recordó:

—Toma, ¡que cuando estás por ahí no te alimentas bien y luego te estriñes!

Capítulo 21

A pesar de todos los errores cometidos por Leocadia, ninguno de la banda se percató de que realmente era la abuela de Guillermo.

Cosa que le permitió seguir con su plan que activó en cuanto se subieron al Trasmapi, Pili ocupó su lugar en su butaca junto al resto de la banda y él aprovechó para llamarle desde la cubierta donde se había quedado más rezagado:

—¡Buenos días, Citronela!

Aunque Citronela sospechó que podía ser Luigi el que la llamaba al comprobar que era un número oculto, en cuanto le escuchó a hablar con su impresionante voz, se estremeció de arriba abajo.

—¡Hola, Luigi!, ¿qué tal? ¿Cómo estás? —respondió.

—Ahora que te escucho: ¡de maravilla!

—¡Qué encanto, Luigi! Un segundo, por favor...

Citronela con gestos le comunicó a su amiga que se iba a cubierta para hablar más tranquila. Pero cuál no fue su sorpresa que se encontró de bruces con Guillermo que estaba hablando con alguien.

—¡Hola! —le saludó.

Pero este no solo puso una cara de espanto tremenda al verla, sino que sin devolverle el saludo, huyó hacia la parte de arriba el barco.

Pili pensó que sería porque se habría enfadado con ella por haber abandonado el olivo sin decirle nada y que por eso llevaba todo el día evitando quedarse a solas con ella. Pero ya se le pasaría...

Ahora tenía otros asuntos más urgentes que atender.

Ella, Citronela...

—Ya estoy contigo, Luigi. Perdóname. Estoy en un Trasmapi rumbo a Formentera y me he salido a cubierta para hablar tranquilamente contigo. ¡Qué bueno volver a saber de ti! Y que sepas que anoche te eché de menos...

Guillermo, que estaba sofocado de lo que había corrido para subir al piso de arriba y ponerse en la parte de atrás, farfulló:

—Y yo a ti.

Citronela le notó la respiración tan entrecortada que preguntó:

—¿Estás bien? Pareces un poco sofocado...

—Es que acabo de hacer ejercicio. Pero ya estoy totalmente contigo, en la terraza de mi casa, mirando al mar...

—¡Oh, qué bonita tu casa, qué acogedora, qué bien decorada, con qué gusto, qué vistas, qué piscina!

Luigi carraspeo un poco y, ya con la respiración un poco más sosegada, le preguntó:

—¿Y qué me dices de los olivos?

Citronela se puso blanca y solo pudo responder con la verdad, porque además si había algo que ella detestara eran las mentiras:

—Verás, sucedió algo con Guillermo, el trompetista.

Guillermo sonrió de oreja a oreja y le pidió con su voz cavernosa:

—Cuéntame, Citronela. Estás entre amigos.

—Creo que si llegas a aparecer esto no habría sucedido. Y no es que me esté justificando, pero Citronela es más fuerte que Pili. Quiero decir, que Citronela es mi parte más lógica y racional y Pili la que pierde la cabeza por trompetistas. No sé si me explico...

—Perfectamente.

—Sucedió que después del concierto nos pusimos a charlar y la pasión acabó desatándose en el olivo.

Y lo dejó ahí, porque ella era sincera pero tampoco era plan de ponerse a contar lo que había pasado con pelos y señales.

Guillermo se mordió los carrillos para no partirse de risa y preguntó:

—¿Y qué tal?

Pili respondió sin pensárselo ni un segundo:

—La mejor noche de mi vida.

Guillermo agitó un puño al aire y del alegrón que sintió de repente tuvo que llevarse la mano a la boca para no gritar. Luego, carraspeó un poco y preguntó:

—¿Estás enamorada de él?

Pili respondió al instante, alto y claro:

—Sí.

Guillermo que no daba crédito, con el corazón a mil, replicó:

—¿Estás segura?

Y Pili respondió sin pensarlo:

—Completamente. Si es que además de sentir una atracción bestial por él,

me encanta. Me vuelve loca.

Guillermo se tuvo que llevar la mano al pecho, porque sentía que el corazón se le iba a escapar y le preguntó:

—¿Loca de amor?

—Pues claro que es amor. Si me dan unos pellizcos en la tripa cada vez que me mira que me doblan. Es que es un tío muy especial, pero no puede ser, Luigi...

Guillermo que con la confesión de que le amaba había empezado a barajar la posibilidad de que hubiera cambiado de opinión respecto a su futuro juntos, al escuchar aquello sintió tal jarro de agua fría que musitó por si no había escuchado bien:

—¿Ah no? ¿No puede ser?

—¡Por supuesto que no! Los trompetistas son infieles por naturaleza y tienen la cabeza llenas de pájaros, ninguno en mano, todos volando. Y yo no quiero esa vida para mí, yo ahora busco otra cosa. Pili todavía se siente atraída por este tipo de hombres, músicos de culos inquietos y medio loquitos, pero Citronela busca algo con más poso, más maduro, más serio... algo como tú. ¡Ay Dios, Luigi, vas a pensar que estoy completamente loca! ¡Yo es que me escucho y lo pienso! Pero es que te estoy siendo totalmente sincera, para mí la confianza es muy importante, y se asienta siempre en la verdad.

Guillermo se sintió fatal, si bien luego pensó que realmente no la estaba engañando vilmente con su papelón, sino que como bien había dicho su abuela la motivación última del teatrillo era noble y buena.

La quería y no había encontrado mejor forma de que su amor llegara a buen puerto...

Por eso, a pesar del bajón que le había entrado, decidió seguir adelante y diciendo la verdad. Porque desde luego que todo lo que decía Luigi era la pura verdad:

—Lo que pienso es que eres una chica maravillosa. Y admiro y agradezco tu sinceridad. Es lo único que puedo decir... Bueno, diría tantas cosas... Pero prefiero dejarlo para otro momento más íntimo. Lamenté muchísimo no poder estar contigo tras el concierto donde por cierto estuviste sublime.

Citronela aliviada y, sintiéndose comprendida por ese hombre que no podía ser más amoroso, replicó:

—Muchas gracias, Luigi. ¡Eres tan adorable!

—Gracias a ti por deleitarnos con tu talento. Mis invitados quedaron fascinados con tu arte. He recibido muchísimos mensajes donde me piden que te transmita su felicitación por tu buen hacer. Y te repito que me habría encantado estar contigo tras el concierto, pero desapareciste de repente y pensé que estarías agotada.

Y Citronela fue sincera una vez más...

—Lo que pasó fue que Pili tomó la voz cantante... Y nuevamente hizo una de las suyas.

—Se dejó llevar por su corazón escacharrado...

Citronela sonrió y le pidió en un tono que a Luigi le derritió:

—¡Ay Luigi, ayúdame!

Guillermo pensó que cómo no iba a ayudarla si esa había sido su intención al crear a Luigi. Que Pili descubriera que no solo tenía esa parte de músico loco, sino también la de tío centrado que bien podía representar Luigi.

Y si Guillermo ya había conseguido enamorar a Pili, ahora le tocaba a Luigi hacer lo propio con Citronela.

Y después...

A ser todos felices...

Por eso, colocando la voz de tal forma que a ella le temblaron hasta las pestañas, le dijo:

—Estoy aquí, Citronela. Soy todo tuyo.

—¡Ay Dios, qué voz tienes! ¡Y gracias por estar ahí! Además, me encantaría que pudiéramos vernos en otro momento. Nosotros tenemos actuaciones toda la semana en Formentera. En la página de la banda tienes la información, te lo digo por si te apetece pasarte...

Y él la interrumpió para decirle, implacable y contundente, con una voz que a ella la estremeció otra vez:

—No hay nada que desee más.

Capítulo 22

Después de colgar, Pili se quedó un rato en cubierta contemplando el mar en calma, en tanto que su cabeza estaba de lo más revuelta.

Guillermo y Luigi...

Dos hombres completamente distintos y con los que estaba viviendo el mejor verano de su vida.

Uno era la perdición, el otro era un misterio...

Uno hacía enloquecer a Pili, el otro a Citronela.

Lo ideal era que fueran uno. Pero eran dos.

Y ella no era bígama.

Y además no quería nada con trompetistas.

Si bien, se había enamorado hasta las trancas de él.

Y Luigi ocultaba algo que a lo mejor podía resultar un obstáculo insalvable.

Si bien, tenía una personalidad que la tenía totalmente cautivada.

Así que, todo podía suceder y eso era sencillamente maravilloso.

Lo que hizo que sonriera como una idiota frente al mar, en el instante preciso en el que apareció Guillermo, que esperó un tiempo prudencial para hacerle compañía.

—Hoy la travesía es mucho más agradable —le comentó Guillermo que se acodó en la barandilla junto a ella.

Pili se giró sin dejar de sonreír, porque para nada parecía enfadado con ella y le preguntó:

—¿Ahora sí me hablas?

Guillermo se revolvió los pelos con la mano y se excusó:

—Perdona por lo de antes. Estaba hablando con mi padre de un asunto y estaba poniéndose muy pesado...

—Pensaba que no querías hablarme porque anoche me marché sin decir nada.

—¡Qué va! ¡Hiciste muy bien! ¡No te cuento cómo he amanecido de dolorido!

—Pero mereció la pena. Fue muy bonito lo de anoche —dijo ella con la

mirada chispeante.

Guillermo la miró emocionado, respiró hondo y replicó:

—Fue la mejor noche de mi vida.

—Y de la mía —reconoció Pili.

—Pero lo nuestro no puede ser, toco la trompeta —le recordó Guillermo, para hacérselo mucho más fácil.

Pili se puso triste, ya que así era y replicó:

—Citronela necesita algo muy diferente a ti.

—Y yo deseo que lo encuentre. Pero siempre amaré a Pili, hasta el último día de mi vida.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas y confesó:

—Y Pili te quiere a ti.

Guillermo entonces la besó en los labios y luego le susurró al oído:

—Y yo estaré siempre esperándola.

Y se marchó, dejándola con los ojos llenos de lágrimas, el corazón encogido y unas ganas enormes de correr hacia él, abrazarlo y tirar a Citronela por la borda.

Pero no lo hizo...

En su lugar, se apartó con el dorso de la mano los lagrimones que le caían por el rostro y se quedó con la vista perdida en el mar, mientras pensaba en que a pesar de todo, había hecho lo correcto al confesarle lo que sentía.

Porque lo amaba...

Sin embargo, después de que Pili le abriera su corazón, no volvió a pasar nada entre ellos. El trato fue meramente amistoso y ni siquiera volvió a repetirse el momento mágico del beso en las canciones bailables, pues Guillermo que era el responsable del repertorio bien que se encargó de sacarlos de la lista.

Y Pili entendió que lo mejor era que fuera así. Lo suyo era un amor contrariado y tal vez esa era la manera más inteligente de sobrellevarlo.

Aunque ella no dejara de pensar en él y se muriera por estar otra vez en sus brazos.

Lo que Pili no sabía era que Guillermo lo que estaba haciendo era dejar el espacio suficiente para que entrara Luigi en escena.

Si bien, la cosa se estaba demorando más de la cuenta porque necesitaba el barco para la segunda fase de su plan y su padre lo tenía alquilado hasta el sábado...

—He estado meditando lo del barco, sigo pensando que lo que estás haciendo con esa chica no tiene nombre, por mucho que me lo pintes de color de rosa —le dijo su padre un viernes, telefoneándole desde la casa de Santa Eulalia.

—No te lo pinto de rosa, es que todo lo que estoy haciendo es por amor.

—El engaño, la mentira y la manipulación no tienen nada que ver con el amor. No te confundas, hijo.

—Lo único que he hecho es construir un personaje para que me conozca de verdad.

—Porque eres un cobarde. Porque te han faltado agallas para plantarte delante de ella y decirle: este soy yo. Y esta es mi verdad.

Guillermo resopló sintiéndose fatal con el rapapolvo y luego masculló:

—Vale. He captado el mensaje. No me dejas el barco.

—Te lo dejo porque considero que debes ir hasta el final con tu estúpido plan. Pero no lo alargues demasiado ya que se me está agotando la paciencia. Ponle punto y final a esto más pronto que tarde, porque entre otras cosas esa chica no te va a perdonar en la vida la canallada que le estás haciendo.

Guillermo que estaba tumbado en el camastro del apartamento enano que habían alquilado para toda la banda, le reprochó a su padre aun a sabiendas de que razón no le faltaba:

—Estás siendo demasiado duro conmigo.

—Pues si yo te parezco duro, prepárate para lo que vas a tener que escuchar de la boca de ella.

—Solo espero que me entienda, que comprenda las verdaderas razones y que al final me perdone.

—Lo tienes crudo, hijo. Muy crudo.

—Lo sé. Y te agradezco tus sabios consejos...

El padre de Guillermo bufó y precisó:

—Lo que me agradeces es que te preste el barco, no me vengas con gaitas.

—Te lo agradezco todo, padre. Todo. Y en cuanto al barco, el domingo

tenemos bolo en Formentera. ¿Podrías acercármelo?

—No solo te lo voy a acercar sino que voy a asistir al concierto con tu madre y con tu abuela.

Guillermo se revolvió en el camastro, saltó de la cama y exclamó desesperado:

—¡No me puedes hacer esto, padre!

—¡No hagas dramas, por favor!

—Es que lo es, porque es el peor momento para que vengáis a verme. Espera a que termine con mi plan y después podéis abonaros a todos mis conciertos.

—Tranquilo que iremos de incógnito. Más que nada porque a tu madre le parece la mar de divertido. A mí ya sabes lo que me parece todo esto, algo indigno de una persona adulta funcional.

—Pero lo hago por amor, estoy harto de decírtelo. Estoy enamorado hasta el tuétano de Pili.

—Tu abuela dice que hacéis una pareja muy bonita. Pero yo no dejo de pensar en qué habrá hecho esa chica para merecer un cabrón con pintas como tú.

Guillermo, sintiéndose cada vez peor, le dijo afligido:

—Desde que la conozco, he cambiado totalmente. Ya solo tengo ojos para ella. Le soy fiel hasta de pensamiento...

—Ah, ¿pero es que tú piensas?

—Sé un poco más compasivo conmigo, padre. Tan solo soy un tío desesperado, un muerto de amor que ya no sabe lo que hacer. Por cierto, hablando de hacer: me inventé que la abuela era amiga de Luigi, así que os ruego que no os sentéis juntos. Vosotros como si no os conocierais, no te pido mucho...

Diego gruñó y luego replicó a su hijo:

—Yo sí que te pido que vayas poniendo fin a toda esta patochada.

Capítulo 23

Cuando Guillermo salió al escenario del estiloso y elegante club de Es Pujols y se encontró con que sus padres estaban sentados justo frente a él, disfrazados con unas pelucas horribles, gafas enormes y unas ropas como de recién desembarcados de un crucero por Hawái, quiso que le tierra le tragara.

Y más cuando su madre levantó la mano, agitó los dedos y gritó por si acaso él no se había percatado de su presencia:

—¡Guille, estamos aquí!

Guillermo sin saber dónde meterse le devolvió el saludo discretamente y cuando creía que de momento la pesadilla había acabado, su madre no paró hasta que captó la atención de Pili y le informó a gritos de que:

—¡Somos los papás de Guille! ¡Hemos venido a verlo!

Pili les sonrió, les saludó con la mano y acercándose a Guillermo le dijo:

—¡Qué suerte que hayan venido tus padres! A mí me encantaría que los míos vinieran a verme, pero esto es tan caro en verano...

—Ya, sí, los míos han hecho un esfuerzo tremendo... —replicó Guillermo, convencido de que de veras que habían tenido que hacer un esfuerzo titánico para lograr ese aspecto tan hortera.

—Se les ve muy contentos y orgullosos de ti.

Guillermo pensó con ironía que sí, y sobre todo su padre que a esas alturas seguro que solo sentía vergüenza de tener un hijo tan impresentable y patético. Por no hablar de que jamás iba a perdonarle que por su culpa hubiera acabado vestido de esa guisa, y con el calor que hacía esa noche, ideal para todo menos para llevar peluca y gafas gigantes.

Y acto seguido, cuando iba a comentarle algo a Pili, escuchó la inconfundible voz de su abuela llamándole a gritos desde las mesas del fondo al tiempo que agitaba ambos brazos:

—¡Guille! ¡Guille! ¡Estoy aquí! ¡Yo también he venido!

—Anda, ¿esa no es Leocadia? —preguntó Pili, divertida con las situación.

Guillermo le devolvió el saludo a su abuela, a la vez que no podía sentirse ni más ridículo ni más imbécil.

—Sí, es ella... —le respondió a Pili.

—¡Uy, entonces Luigi también estará por aquí! Ayer me dijo que iba a hacer todo lo posible por venir...

Y es que durante toda la semana, Citronela se había pasado las horas muertas hablando con Luigi sin parar.

Y tanto habían hablado que Guillermo tenía una ronquera espantosa que atribuyó, de cara a los de la banda, a los helados y a los aires acondicionados.

Pero no...

Se había cascado las cuerdas de impostar la voz de Liam Neeson a todas horas.

No obstante, el amor de Pili, bien merecía ese tormento...

—Entonces seguro que ha venido —le comentó Guillermo con un punto de resignación en la mirada que a Pili le desarmó.

Y le entraron tales ganas de abrazarlo, que le retiró la mirada y se afanó en afinar su ukelele para evitar cometer cualquier tontería.

Y más esa noche en la que la protagonista absoluta era Citronela.

Guillermo, por su parte, también se concentró en la afinación y no quiso decir nada más porque él también sabía que esa noche le pertenecía por completo a Luigi.

Noche que por cierto iba a ser muy larga...

Y así, ilusionado y expectante con todo lo que estaba por venir, y con la banda ya lista, canturreó:

—Un, dos, tres...

Y arrancaron con el primer tema de la noche, *My baby just care for me*, que puso a todo el público en pie porque esa noche Citronela y Los Flipados del Swing sonaron mejor que nunca.

Todos estaban como en estado de gracia y así siguió el concierto, con una sucesión de temas clásicos que el público muy cómplice y cariñoso cantó con ellos y donde por supuesto Guillermo también descartó los bailables.

Lo que no evitó que Pili y Guillermo se intercambiaran tales miradas que cuando ella terminó de cantar *A kiss to build a dream on*, Leocadia gritó desatada desde el fondo a la vez que daba palmas:

—¡Beso, beso, beso...!

Y el público le siguió detrás, con tanta insistencia, que Pili le dio un beso a Guillermo en la mejilla, Darío agarró a Sandra por el cuello y la besó en los labios, y el resto de la banda se besaron entre ellos.

Tras ese momento, solo se sucedieron hasta el final del concierto temas románticos como *La vie in rose*, *I can't give you anything by love*, o *I only have eyes for you*...

Porque Guillermo no podía tener otro repertorio con todo lo que estaba sintiendo y lo que provocó que esa noche tocara con tanto sentimiento que sus padres se pasaran la noche entera enjugándose las lágrimas por debajo de las espantosas gafas.

—Nunca te voy a perdonar esto, cabrón. ¿Tú sabes lo que ha sido escucharte con estas jodidas gafas? —le preguntó su padre en cuanto acabó el concierto y se acercó a él para felicitarle.

—Ya me imagino que no me vas a perdonar en la vida... —masculló Guillermo que lo sabía de sobra.

—¿Cómo puedes tocar tan condenadamente bien? ¡Creo que no lloraba tanto desde que me salieron los dientes! —exclamó su padre, que iba hecho un cuadro con la peluca torcida y las gafas en la punta de la nariz.

Guillermo se partió de risa al verlo, pero luego preguntó porque en absoluto pensaba que podía haberle conmovido hasta tal extremo:

—¿Te ha gustado el concierto?

—¡No te rías. Que me tienes contento! —exigió ajustándose con discreción la peluca—. Y sí... Habéis estado sublimes. Todos. Pero ahora que estoy contigo déjame que te felicite por tus solos de trompeta. El de *La vie in rose* me ha dejado tan impresionado que hasta podría perdonarte que me haya tenido que disfrazar de mamarracho.

Guillermo emocionado, porque para nada esperaba que su padre se conmoviera con su música, reconoció:

—Es que he tocado con el corazón. Siempre lo hago, pero como estoy cada día más enamorado, mi música suena mejor. Y esta noche además, creo que todos hemos tocado en la misma vibración. Éramos puro amor —. Y entonces se percató de que su padre llevaba un metro de sastre colgado del cuello—: ¡No me puedo creer que te hayas traído un metro!

—Es que no eres el único que hace las cosas por amor. Tu madre lleva un dolor de cabeza por el moño tirante con la raya en medio que se ha hecho para parecer una maestra estricta que ni imaginas. Que ya le he dicho yo que ahora se puede ser maestra hueso y llevar el pelo suelto, pero nada... Ella decía que así era más creíble el personaje...

Guillermo se abrazó a su padre y le dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—No os merezco, la verdad. ¡Sois lo más grande!

Diego se fijó entonces en que su esposa y Leocadia estaban hablando con Citronela y le advirtió a su hijo:

—Somos tan grandes, que más te vale que te portes bien con Citronela, esa chica es un auténtico portento.

—Lo sé.

—Ni se te ocurra hacerla sufrir pero ni una décima de segundo, porque te juro que no tendré piedad contigo.

—Al contrario, yo solo quiero hacerla feliz y para eso, necesito esta noche que va a ser muy mágica y muy especial.

—Seguro que sí, pero a ver si vas acabando pronto con el teatrillo que estar con el barco de aquí para allá me cuesta un ojo de la cara.

—Y yo te lo agradezco. Pero de verdad que es por muy buena causa. Y ahora mira, te presento a Sandra, nuestra pianista... —dijo Guillermo aprovechando que pasaba junto a ellos.

Sandra se quedó mirando a Diego y no tuvo más que fijarse en unos cuantos detallitos para deducir:

—¡No me digas más! ¡Es tu padre! Y lo sé además de por el metro, porque se parece a ti, pero en rubio y con gafas. ¡Encantada de conocerlo!

Sandra le tendió la mano, mientras que Guillermo explicaba:

—Sí, él va siempre con el metro, porque nunca se sabe dónde puede surgir una venta. Es que no se lo quita ni para dormir...

Diego fulminó a su hijo con la mirada, este se mordió los labios para no soltar una carcajada y le habló a Sandra encogiéndose de hombros:

—Es mi hijo, es el que me ha tocado, no lo voy a devolver a estas alturas.

Capítulo 24

Después de que se tomaran unas copas, Guillermo acompañó a su familia hasta el hotel que estaba a escasos metros del club y desde la misma recepción llamó a Citronela:

—¡Buenas noches, Citronela! —saludó con su voz de Luigi.

Citronela que estaba charlando con los de la banda, se levantó y se dirigió hacia unas escaleritas que conducían a la playa para hablar más tranquila, al tiempo que le saludaba:

—¡Hola, Luigi! ¡Qué sorpresa! ¡Pero te noto la voz rara!

—Debe ser del aire acondicionado.

—Guillermo también tiene la voz tomada... Es lo típico de esta época. Dime, ¿dónde estás? ¿Has visto el concierto? Ha venido Leocadia, le he preguntado por ti, pero me ha contestado que no podía decirme nada.

—Sí, le he pedido discreción. La he traído conmigo porque el otro día le encantó vuestra actuación, quería repetir y esta noche la pasa en un hotel.

—Sí, en el mismo hotel que los padres de Guillermo. Se han conocido esta noche y acaban de marcharse juntos hace un momento. ¿Pero tú dónde estás?

—He asistido al concierto y ahora estoy solo en el barco.

—¿Te vas ya? —preguntó Citronela apenada.

—No. Te estoy esperando.

Citronela que no entendía nada preguntó:

—¿Cómo que esperando? ¿Habíamos quedado?

—No. Prefiero las sorpresas... Verás, si quieres, si te apetece, si no tienes nada mejor que hacer, en cinco minutos podría recogerte un coche en la puerta del club que te llevaría hasta el puerto. Allí te esperaría un miembro de mi tripulación para llevarte a mi barco. No sé qué te parece.

Citronela, que estaba muerta de ansiedad porque para nada esperaba a esas horas una propuesta semejante, contestó:

—¡Me parece alucinante!

Luigi carraspeó un poco y luego preguntó:

—¿Eso es un sí o un no?

Citronela se peinó el flequillo con la mano y reconoció:

—¡Madre mía, Luigi! Estoy loca por verte...

—Verme no va a ser posible. No todavía.

—Bueno, pues estar un rato juntos de charleta... Si es que todavía te quedan ganas de conversar conmigo, después de la semana que nos hemos pegado de palique.

Luigi impostó la voz para que sonara más cavernosa que nunca y replicó:

—Yo siempre tengo ganas de todo contigo...

Y Citronela sintió tal estremecimiento que solo pudo responder:

—Y yo Luigi. Así que espérame, que voy para allá...

Luigi ansioso ya por encontrarse con ella le pidió en un tono que no pudo resultar más sugerente:

—¿Te puedo pedir algo?

Y Citronela que a esas alturas ya estaba dispuesta a todo, solo pudo responder:

—Algo no, todo.

Luigi sonrió y le propuso algo que le encantaba:

—Me gustaría que cantaras solo para mí. Aunque solo sea una canción...

A Citronela le puso tanto la idea que respondió:

—Todas las que quieras. Has hecho bien en decírmelo porque así me llevo el ukelele.

—¡Perfecto, entonces! Yo pondré a enfriar el champán. ¡No tardes!

Guillermo colgó, paró el primer taxi que pasó, se fue hasta el puerto, se subió a la misma lancha en la que habían llegado sus padres y puso rumbo al barco.

Una vez allí, se encerró en el cuarto de baño, se dio una ducha rápida, se puso el perfume que tanto le había gustado a Citronela la otra vez, y se vistió con una camisa blanca y unos *jeans* que le había pedido a su abuela que le llevara y que olían a suavizante del bueno.

Luego, se fue a la cocina a coger el champán, lo metió en un enfriador y lo llevó a otro de los salones, donde se sentó a esperar a Citronela.

En concreto, una media hora que se le hizo eterna, como le confesó a ella por teléfono en cuanto subió a cubierta:

—Creo que han sido los treinta minutos más largos de mi vida.

—¡Yo vengo atacada de los nervios! —reconoció con su ukelele pegado al pecho.

—Relájate que ya estás aquí, conmigo...

—¡Precisamente eso es lo que me tiene atacada! Estar a solas contigo.

—Si te sientes incómoda, aviso al mismo tripulante que te ha traído para que te lleve de vuelta a tierra.

—¡No hace falta! Solo tengo los clásicos nervios de las primeras citas. Estoy bien.

—¿Crees que se te pasaría cantando?

—Podría intentarlo. ¿Dónde estás?

—En el salón de enfrente al que estuviste la otra vez. Acabo de apagar la luz, espero que me entiendas.

—Ya sabes que sí. Lo único que te pido es que esta vez no pongas por delante las figuritas que odias, porque luego me siento fatal. Yo soy malísima para las cosas manuales y hasta una vasija hecha con la técnica del churro me parece una obra de arte.

—No te preocupes, que está todo diáfano.

Citronela respiró hondo y masculló después:

—Bien. ¡Pues allá voy! De todas formas, deséame suerte.

—¡Suerte, Citronela!

Y Citronela colgó, se guardó el teléfono en el minibolso, se planchó la falda de vuelo rosa con la mano y comprobó el estado de su flequillo.

Luego recorrió el pasillo y sin más entró en el otro salón que estaba oscurísimo:

—¡Ya estoy aquí! ¡Buenas noches, Luigi! —canturreó.

—¡Buenas noches, preciosa! Pasa, por favor, y cierra la puerta —replicó desde el sofá donde estaba sentado en el otro extremo del salón.

Y de lo primero que se percató Citronela al entrar fue del inconfundible aroma a hombre que pisa fuerte...

—¡Oh, qué olor! Sin duda, eres tú...

Y Luigi, que estaba tan nervioso o más que ella, replicó:

—Sí, soy yo. No soy otro. ¡Vamos, qué tontería! ¡Quién voy a ser sino yo!

—Pues sí. Y si no fueras tú, no estaría aquí. Pero es que tú me has dado siempre mucha confianza, desde el primer día que te conocí.

Y a Luigi se le ocurrió entonces para ver si así se relajaba un poco pedirle qué:

—¿Por qué no me cantas *Strangers in the night*? ¿La tienes en tu

repertorio? —le preguntó sabiendo que se la había prohibido por bailable.

—Sí, pero Pili se la tiene prohibida a Guillermo: ellos ya no pueden bailar juntos.

No, porque no quería confundirse y menos ahora que llevaba una semana hablando con Luigi y sintiendo una ilusión y una fascinación crecientes.

—¿Pero me la pondrías cantar a mí? Yo no te voy a pedir que bailemos. No todavía... —habló Luigi jugando más al misterio aún.

Y a ella le encantó. Agarró su ukelele y comenzó a cantar la canción con tal sentimiento que Luigi no pudo evitar levantarse y aproximarse lentamente a Citronela cantando también la canción con su voz rotísima.

Citronela al sentirle cada vez más cerca, con esa voz afinada, ese olor, ese carisma, le entró ganas de soltar el ukelele y saltar a sus brazos.

Sin embargo, se contuvo y siguió cantando hasta el final con una mezcla vertiginosa de ansiedad, deseo y excitación que hizo que interpretara mejor que nunca.

Luego se quedó en silencio y Luigi también...

Fueron unos instantes donde a los dos se le pasó por la cabeza lo mismo, pero no lo hicieron. Y en su lugar Citronela le pidió:

—Di algo, por favor. ¿Te ha gustado?

Luigi, sintiendo el mismo vértigo que ella, se situó a su espalda y por fin le susurró al oído:

—Eres la mejor. Pero ahora tengo una duda.

Citronela con la respiración entrecortada, las rodillas temblando y con ganas de todo, preguntó:

—¿Cuál?

—¿Qué crees que pasará con nosotros antes de que termine la noche?

Capítulo 25

Citronela dio un pequeño paso atrás, de tal forma que quedó pegada al pecho de ese tío que sintió fornido y contestó:

—Lo que queramos, Luigi.

—Pero sigues teniendo dentro al trompetista, por eso no puedes bailar con él —habló rozándole el cuello con los labios.

Citronela se estremeció entera al sentir esa caricia y luego le recordó muerta de deseo:

—Por eso necesito que me ayudes.

Luigi, con unas ganas tremendas de tenerla en sus brazos, preguntó:

—¿Te ayudaría que te besara?

—Sí, sería de mucha ayuda. Pero antes preferiría dejar el ukelele y el bolso en algún sitio.

Y es que iban a faltarle manos para tocar a ese hombre que la estaba poniendo cardiaca.

—Yo lo haré...

Luigi estiró el brazo, cogió con cuidado el ukelele del traste y luego tras palparle el hombro le descolgó el bolso y lo dejó con cuidado sobre el sofá en el que había estado sentado.

Acto seguido, volvió a situarse detrás de ella, le apartó la melena a un lado, dejó el cuello al descubierto y la besó con tal pasión que ella gimió derretida:

—¿Qué tal? —preguntó Luigi, con esa voz cascadísima.

Citronela temblando de puro deseo respondió:

—De maravilla.

—¿Quieres que siga ayudándote?

Citronela tenía tantas ganas de que siguiera que se movió un poco para girarse y que pudieran besarse en la boca. Si bien, él le agarró fuerte por los hombros y le ordenó:

—¡No lo hagas!

A Citronela aquello le excitó más todavía y replicó:

—Está bien.

—De momento, tiene que ser así. Ya lo sabes.

—Ha sido el instinto, el puro deseo de besarte en la boca.

Luigi entonces la cogió por las caderas, la pegó contra él para que sintiera la erección durísima y preguntó:

—¿Lo que sientes por mí es solo deseo?

Citronela sintió cómo las manos de ese hombre, grandes y expertas, ascendían desde a las caderas a sus pechos y respondió:

—No dejo de pensar en ti.

Guillermo le apretó los pechos de una forma tan excitante que ella gimió otra vez y luego descendió con una mano hasta el pubis que presionó hasta arrancarle otro gemido.

—Y en él también —le recordó Luigi.

Citronela se mordió los labios y no se le ocurrió otra cosa que replicar porque estaba excitada como no recordaba:

—Sí. Castígame a polvos si quieres.

Luigi estuvo a punto de partirse de risa, pero en su lugar repuso:

—Solo quiero amarte. Aunque pienses en otro...

—Jamás me había pasado esto de enamorarme de dos.

Luigi, coló las manos por debajo de la camisa, le quitó el sujetador, tiró sutilmente de los pezones y preguntó:

—¿Crees que estás enamorada de mí?

—Dios...

—¿Te gusta?

—Madre mía...

—Respóndeme...

—Puede que esté loca. Porque te conozco de hace poco y no sé ni qué rostro tienes. Pero tampoco me hace falta saberlo, porque esta es la situación más morbosa que he vivido en mi vida.

Y no pudo decir más, porque se dedicó a disfrutar de esas caricias hasta que Luigi la cogió por la muñeca y la llevó junto a algo que parecía una mesa.

Luego, la agarró por las caderas y la sentó encima mientras le explicaba:

—Es una mesa de billar.

Y tras decirlo, le levantó la falda y le arrancó las braguitas dejándola muerta:

—Dios santo...

—Ahora átate las manos con la goma que tienes en la muñeca y pon los brazos en alto.

Citronela lo hizo y ya con las manos en alto, susurró ansiosa por saber qué iba a hacerle ese hombre:

—Ya...

Él se coló entre sus piernas y la devoró con tal maestría que llegó a un punto en que ella no pudo más y le pidió:

—Déjame tocarte, te lo ruego...

Luigi que no podía dejar que Citronela ni le tocara ni le besara porque iba a ser descubierto, se levantó, le pidió que se desatara las manos y ella lo hizo. Acto seguido, la agarró por el cuello y lentamente deslizó la mano desde el lóbulo de la oreja, pasando por el pómulo, hasta llegar a los labios que acarició con el dedo índice.

—Me muero por besarte —musitó.

—Bésame —le rogó ella.

—No puedo. Todavía no...

A Citronela esa respuesta le excitó tanto que abrió los labios y aceptó el dedo entero en su boca.

Y Luigi, durísimo, de solo imaginarse que ese dedo que ella lamía con total lascivia era otra parte de su anatomía, gruñó desesperado y ya muerto de deseo decidió ir un poco más allá.

Tiró de la mano de ella, la levantó de la mesa, le dio la vuelta y se pegó a su cuerpo.

Citronela al sentir esa dureza gimió, pero ya fue la locura cuando él coló el dedo que ella había chupado, dentro de ella y comenzó a acariciarle ese punto.

Ese que no le había tocado nadie en su vida, así con esa precisión, con esa intensidad, con tal pericia, que cuando él colocó el pulgar en el clítoris y lo presionó un poco, ella se derramó entera.

Luego, la abrazó fuerte por detrás y ella solo pudo mascullar con los ojos llenos de lágrimas:

—Gracias por esto... Gracias...

Luigi la besó en el cuello, mordiéndola suave, y le preguntó en un tono de voz que ella tembló otra vez:

—Si quieres más, podemos seguir. Tengo un condón en la cartera...

—Sigue por favor, sigue...

Luigi sacó el condón de la cartera, lo abrió a tientas, se desabrochó el pantalón, se lo puso y le pidió a Citronela:

—Dóblate hacia delante y apoya el cuerpo en la mesa...

Citronela se colocó como él le dijo, él le levantó la falda, acarició sus nalgas y luego muy despacio se hundió hasta el fondo de su sexo.

Ella desbordada por las sensaciones, le pidió más y él se lo dio.

Comenzó a penetrarla cada vez con más contundencia, mientras las bolas que había sobre el billar iban de un lado a otro.

Y así siguieron, hasta que aquello se hizo tan frenético que él deslizó la mano hasta el clítoris, le arrancó otro orgasmo brutal y él se corrió después mientras gritaba:

—Te amo.

Citronela, jadeante, saciada de tanto amor, se incorporó, él la agarró fuerte por detrás y la abrazó desesperado.

—¡Déjame darme la vuelta, te lo ruego! —le pidió ella, loca por besarlo.

—No, Citronela, de verdad que no.

Y Citronela desesperada, con los ojos llenos de lágrimas, preguntó:

—¿Y si te digo que yo también te amo?

En ese instante, Luigi supo que habían llegado a la fase tercera y última del plan y solo pudo responder:

—Si de verdad me amas, entonces lo mejor es que me vaya.

Citronela, que ya sí que no entendió nada, replicó:

—No puedes irte ahora. Esto no ha hecho más que empezar. Además tenemos champán...

—Tómatelo tú tranquilamente. Hazme caso, lo mejor es que me marche. Pronto sabrás de mí y lo entenderás todo. ¡Te amo!

Capítulo 26

Cuando Citronela escuchó cómo se cerraba la puerta del salón, pensó que eso no podía estar pasándole a ella.

¿Pero cómo después de ese polvo y de confesarse que se amaban se podía marchar dejándola con un por qué atravesado en la garganta?

Y es que ¿por qué narices lo mejor que podía hacer, si ella le amaba, era marcharse?

No entendía nada.

No obstante, le había dicho que la quería y que pronto lo comprendería todo. Y a eso tenía que aferrarse...

Pero todo era rarísimo.

Y le dio por pensar miles de cosas en un instante que podían explicar su comportamiento, desde que era un espía en misión secreta que tenía que largarse por cualquier asunto urgente, a que estaba recién operado de algo y no podía dejarse ver hasta que las heridas cicatrizaran.

De la cadera no creía, porque el tío empujaba como si tuviera treinta años...

Pero a lo mejor era algo que le acomplejaba muchísimo y él no quería que ella lo viera así.

¿Tal vez eran las orejas o la nariz o quizá le faltaban unas cuantas piezas dentales y por eso evitaba el beso? ¿Estaría en tratamiento para la halitosis?

Antes de seguir desbarrando, Citronela decidió que lo mejor era salir de ahí y despejarse un poco en cubierta.

Así que con mucho tiento se encaminó hacia la puerta, y una vez allí dio al interruptor que estaba al lado.

Al hacerse la luz, se quedó alucinada al contemplar el pedazo de salón en el que se habían amado, luego recogió sus cosas y se encerró en el cuarto de baño en el que hasta se pegó una ducha.

Después salió y se dirigió a cubierta, donde el tripulante que le había traído se ofreció para llevarla a tierra.

—No, muchas gracias. Aún voy a quedarme un rato contemplando las estrellas... —dijo toda lánguida, por si Luigi le preguntaba al tripulante cómo

se encontraba.

—Estaré en el puente, avísame cuando quiera regresar...

Citronela le dio las gracias de nuevo y se dirigió a la popa donde tras dejar sus cosas en una hamaca, se acodó en la barandilla más que nada para que Luigi, que seguro que estaba espiándola desde su escondrijo secreto, al verla tan pensativa, se apiadara de ella y volviera para continuar lo que solo habían empezado.

Y no era que quisiera dar pena, sino que lo que pretendía era persuadirle para continuar con las alegrías.

Pero el caso fue que los minutos pasaron y por allí el único que apareció fue un tío con barbas y moño que desde el agua le gritó:

—¡Hola, soy Juan!

Citronela se llevó un susto de muerte, pero al momento reaccionó, agarró el roco salvavidas y le gritó:

—¡Tranquilo, que te arrojó esto!

—¿Para qué? —replicó él tan tranquilo.

—Por tu seguridad.

—¿Qué seguridad? ¡Aprendí a nadar con dos años!

—Entonces, ¿estás bien? ¿No te has lastimado con la caída?

—No soy un hombre al agua. ¡Ya te he dicho que soy Juan, Juan Piamonte! ¿Tú no sueles navegar por estas aguas, verdad?

—No. Yo soy más de piscinas municipales.

—Vaya, yo esas aguas no las frecuento. Pero contigo iría hasta el mismísimo infierno.

—La verdad es que la piscina de mi barrio en domingo lo es...

—Si estás tú, seguro que es el paraíso. Y ahora permite que me presente, soy navegante, poeta y un montón de cosas más, mi barco es ese de ahí. Acabo de tirarme porque te he visto tan sola que he pensado que tal vez necesitabas compañía.

Citronela pensó que solo le faltaba tener más compañía, pero en su lugar sonrió y se presentó:

—Soy Citronela. Soy cantante y oficinista. Es un gusto conocerte y por supuesto, te agradezco tu ofrecimiento, eres muy amable, pero solo estaba tomando el aire.

—Tómame a mí también, la noche es propicia...

Citronela estaba convencida de que no había escuchado bien, por eso

preguntó:

—¿Cómo dices?

Juan se mordió el labio inferior y luego respondió:

—Que me tomes. Entero. Hasta el final. ¡Todo!

Citronela, sintiendo que lo suyo era el rigor de las desdichas, repuso:

—¡No, gracias! Ya voy bien servida.

—Pero siempre apetece probar algo diferente. Y yo lo soy. No me parezco a nada que hayas probado antes. Y te lo digo desde el respeto más absoluto a tu libertad...

Citronela pensó que ese tío estaba buenísimo, pero ese verano ya tenía el cupo completo. Por eso habló con sinceridad:

—Seguro que sí. Pero es que ya no doy para más.

Juan arqueó la ceja y repuso admirado con la respuesta:

—Eso suena muy bien. Pero siempre se puede más, mucho más. Sobre todo conmigo. Si te apetece, libre, sin presiones, intenso y duro, suave y dulce, como quieras, puedo hacerte soñar a tu antojo, en color, en blanco y negro, a lo clásico o en modo derribemos todas las fronteras. Tú decides, tú mandas y yo me dejaré la vida entera si hace falta para dártelo.

Citronela pensó que ya lo que le faltaba para rematar el verano era hacerse un tres en raya con el navegante dispuesto a dárselo todo, así que repuso:

—Suena genial, Juan. Pero...

—JuanPi, todos me llaman así.

—Pues eso, JuanPi, que suena de maravilla tu propuesta, pero es que no me da la vida. Llevo un mesecito... Uf... Bárbaro. Tengo una plancha tremenda. Vamos, ¡que estoy desbordada con todo lo que tengo!

—Lo celebro. Pero si te quedas sin nada que planchar, ya sabes... ¿Porque quién te ha invitado al barco, Diego?

—Luigi, el dueño.

JuanPi puso una cara muy rara y le dijo negando con la cabeza:

—El dueño de este barco es el presidente de la firma de inversiones Díaz Ventures, y se llama Diego Díaz, estuve el otro día almorzando con él en el Es Molí de Sal. El tal Luigi debe haber alquilado el barco...

Citronela sintió de repente una punzada en la tripa de solo pensar que Luigi era un impostor que se había largado por piernas porque a saber en qué líos estaba metido.

Y como necesitaba saber muchísimo más, y ese navegante parecía tener demasiada información, le pidió:

—Espera un momentito, que voy para allá.

Y sin dudarlo, se puso el roscón salvavidas y con cuidado bajó por la escalerilla hasta el mar, donde iban a poder a hablar con total discreción.

—¿No sabes nadar, bella sirena que deleitas al mundo con tus cantos? — le preguntó JuanPi.

Y ella que no iba a contarle que no se podía quitar la falda porque su enamorado le había roto las bragas, y con ella puesta se flotaba fatal, se limitó a responder:

—Nado con cierta dignidad, pero nunca está de más la seguridad.

—Por supuesto, por eso dicen que los precavidos siempre prenden dos velas.

—No, si yo ya las he prendido hijo mío, además de Luigi tengo a un trompetista...

—Pues ya sabes que no hay dos sin tres. Y te lo digo con todo el respeto del mundo...

—Sí, lo sé, lo sé. Pero ya para mí es demasiado. Además, con lo que me acabas de contar sobre el dueño me he quedado un poco descolocada — susurró por si acaso Luigi estaba por las escotillas con la antena puesta—. A mí me ha asegurado Luigi que es el dueño y la verdad es que parece un tío sincero.

—Este barco es de Diego Díaz de toda la vida de Dios. ¿Cómo es físicamente tu Luigi?

—¡Eso quisiera yo saber! Nos contrató para que actuáramos en el barco, pero jamás le he visto el rostro. Según me ha contado lo hace para que le conozca de verdad, a su ser esencial.

—Mmmm. Qué raro. ¿Y te oculta su mirada que es donde habita la verdad?

—¡Yo qué sé!

—Solo tienes que mirar a mis ojos para ver mi fuego, mi pasión, mis ganas, mi fuerza, mi...

—Sí, sí. Lo veo todo. ¿Pero cómo es el dueño del barco?

—Diego es un hombre de sesenta y tantos...

—No, no puede ser Luigi. ¡Imposible! Tiene un juego de caderas...

—Ahora hay unas prótesis estupendas, la implantología traumatológica

ha avanzado muchísimo.

—Dios mío, JuanPi, ¿y qué más sabes de él? Dime la verdad, por favor, aunque tenga que aceptar que me he comido un bizcocho caducado.

—Pues para mojar son los mejores. Yo me he comido cada bizcocho duro cual roca de granito que se me han vuelto los ojos del revés. Y en cuanto a Diego es un hombre que se conserva bien, es guapetón...

—¿Ah sí? Bueno, Harrison Ford tiene ya sus años y está muy bien...

—Sí, Diego está de buen ver, además es un hombre sabio, prudente, juicioso, ocurrente...

Citronela respiró un poco más tranquila, pero solo había cosa que le preocupaba:

—¿Y sabes si tiene pareja?

—Debe llevar dos mil años casado, tiene dos hijos y un nieto. Pero vamos, es muy serio y muy centrado, no creo que sea tu Luigi...

Citronela se puso tan nerviosa que aferrada a su rosco solo pudo farfullar:

—¡Madre mía, lo que no pase a mí! ¿Y entonces, con quién he estado esta noche?

—Uf. Bienvenida a estos mares, ¡pues anda que no me he preguntado yo veces eso mismo!

—Ya, pero es que yo me he enamorado.

—Yo también tengo a una mujer metida muy adentro, Pepa, cuatro letras, mi universo entero; pero lo nuestro es tan complicado que ando por estos mares con una pena muy honda, que sobrellevo como puedo. Así que si quieres, si te apetece, esta noche podemos lamernos nuestras respectivas lágrimas, despacio y dulce, a lengüetazo vivo, salvajes y locos... Como digas, como quieras, tú decides...

Citronela resoplo y confesó sin pensárselo ni un instante:

—Pues decido irme a casa, porque no voy a poder darte nada para que lamas. Quiero decir, que me he quedado de piedra con lo que me has contado, pero no estoy para llorar, tan solo tengo que procesarlo tranquilamente. Pero gracias por todo, te deseo lo mejor, JuanPi, y ojalá que tu amada algún día te corresponda...

—¡Encantado de conocerte, bella Citronela! Y si descubres que tu Luigi es un pufo, que lo será, porque esto pinta fatal. Ya sabes, pregunta por mí en cualquier puerto... Y me faltará tiempo para penetrar tus sueños con mi mástil de fuego...

Capítulo 27

Citronela llegó al apartamento deseando que Sandra estuviera despierta para contarle todo, pero tuvo que esperar un par de horas y a eso de las seis de la mañana apareció por fin.

—Citro, ¿qué haces que no estás con tu superyayo misterioso? —preguntó Sandra que le extrañó que no estuviera pasando la noche con él.

—¡Calla, que estaba deseando que llegaras para contarte! ¡Menuda noche! Pero cuenta antes tú, ¿qué tal? —quiso saber porque Sandra tenía la mirada sospechosamente chispeante.

Sandra se tiró en la cama que estaba junto a la de Citro y contestó:

—Vengo de la playa, me he pasado la noche de palique con el trombón.

Citronela se quedó atónita y de repente se le pasó algo por la cabeza que después de todo no era tan descabellado:

—Oye, ¿no le gustarás a Darío?

Sandra negó con la cabeza, convencidísima de que no, y contestó:

—¡Qué va, tía! Sigue colgadísimo de la ex... Cómo no será la cosa que cuando te fuiste empecé a tontear con un camarero con el que hice contacto visual durante el concierto: el italiano que estaba a punto de reventar la camisa de palmeras...

—Sí, sé quién es perfectamente...

—Pues cuando llevaba la cosa tan adelantada que nos habíamos pegado cuatro picos, ha aparecido Darío tan hecho mierda que he tenido que abortar la operación y largarme con él a la playa a consolarlo con unas Fantas.

—Vaya, pues lo siento mucho. Ya veo que no soy la única que ha tenido una noche rara.

—No, si mi noche ha sido estupenda, me parto de risa con él...

—¡Ah, mira al final le arrancaste una sonrisa!

—Y le habría arrancado más cosas, porque el tío hay que reconocer que está que cruje. Y no veas qué coco tiene y lo que sabe de todas las materias. Que lo mismo te habla de cuásares fríos que te comenta lo último de la Pantoja... ¡Es un portento de tío!

Pili al escucharla se quedó más alucinada todavía y concluyó:

—¿Pero entonces te gusta Darío?

—Sí, bueno, a mí me gustó desde el primer día que llegué a la banda, pero como siempre ha estado tan colgado de la ex, dejó de ser un objetivo.

—Ahora está solo...

—Sigue colgadísimo de ella. ¿No te digo que esta noche he tenido que renunciar al italiano porque estaba otra vez entrando en barrena? Pero dejemos de hablar de mí, que no hay nada que rascar. Somos amigos y listo. Cuenta tú, que seguro que es mucho más interesante...

Citronela cogió la almohada, se la colocó detrás de la espalda y le contó:

—Te adelanto que ha sido la cosa más extraña que me ha pasado en la vida.

—Tú cuenta y ya te doy el veredicto.

—Me planté en su barco, me hizo pasar a otro salón a oscuras, le canté *Strangers in the Night*, se puso a mi espalda, me besó en el cuello y para hacértelo corto, acabamos haciéndolo en una mesa de billar.

Sandra se partió de risa y luego exclamó:

—¡Cómo te gusta a ti follar encima de cosas! ¡No conocía yo esta faceta tuya!

—No, encima no. Yo apoyada en la mesa con el culo en pompa...

Sandra la miró alucinada y le preguntó aun a riesgo de que Citro, que era muy reservada para sus cosas, se escandalizara:

—¿Y entró por la puerta de atrás?

—Por la puerta normal, pero en todo momento él estuvo a mi espalda y ni siquiera nos besamos. Se lo pedí y me dijo que no podía hacerlo de momento.

—Pobre, deben faltarle dientes a porrillo. ¿Y las carnes no se las tocaste?

—Siempre le tuve a mi espalda. Solo sé que tiene unas manos maravillosas y que se mueve como quiere. Es imposible que una persona mayor se mueva así. O yo qué sé. ¡Ya no sé nada! El caso es que fue precioso. Le confesé que le amaba. Si bien, él replicó que justo porque le amaba tenía que marcharse. Acto seguido me confesó que me quería, que ya tendría noticias suyas y se marchó...

Sandra frunció el ceño porque tampoco entendía nada y concluyó:

—¡Mira que yo he tenido polvos raros, pero este se lleva la palma!

—Ya, pero espera a escuchar el resto. Después de ducharme, subí a cubierta y apareció de repente en el mar un navegante barbudo ansioso por atravesarme con su mástil de fuego...

—¡Tía, este verano lo estás petando!

—Y estaba buenísimo, pero le dejé claro que no tenía el cuerpo para más bailes. Y así hablando, me enteré de que conocía al dueño del barco que, no te lo pierdas, es el presidente de la firma de inversiones Díaz Ventures, un señor que se llama Diego Díaz, que tiene más de sesenta años, esposa, dos hijos y un nieto.

Sandra agarró el móvil, sin dar crédito, se puso a *googlear* a ese tío, mientras exclamaba espantada:

—¡Ay nena, que huyendo de Málaga te has metido en Malagón! ¡A saber qué es lo que te has tirado! Pero tranquila que lo superaremos juntas...

Citronela podía estar de cualquier modo menos tranquila porque la situación no era para menos.

—¿Tú crees que Diego Díaz será Luigi? ¿O que Luigi es otro y por eso se marchó con esas prisas?

Sandra que al momento dio con la foto de Diego Díaz, se la mostró y contestó:

—Este es Diego Díaz y por lo que acabo de ver a vuela pluma este ni te va a saquear la nevera, ni se va a llevar tu irrigador. Tiene pasta para aburrir... Eso sí, podría ser tu padre, pero reconozco que es un cañonazo para lo que yo me esperaba. Tiene pelazo, dientes, un estado de forma estupendo, manos fuertes... Pero claro, actúa en la oscuridad porque debe ser conocidillo en el mundo de las finanzas y está casado. Lo pone aquí bien clarito, casado con una que debe ser otra milloneta porque es la principal accionista de una empresa de transportes. ¡Voy a buscarla!

Citronela se llevó la mano al pecho de la angustia de ser una rompeshogares accidental y le pidió:

—¡No, por favor! ¡No busques más! Con esto tengo más que suficiente. Cuando creía que las pifias de Pili eran insuperables, ¡ha venido Citronela y la ha hecho más gorda todavía!

—No sabemos aún. Todavía no tenemos la confirmación de que te hayas tirado a este tío que tiene una cara me suena mogollón —comentó Sandra, intentando hacer memoria de dónde le había visto.

—Sal de ahí, ¡te lo ruego!

—Es solo por ayudarte...

—Lo mejor es esperar a que Luigi se ponga en contacto conmigo y me lo explique todo.

—¡A lo mejor Luigi es el abuelo! O sea el padre de este señor, que se ha puesto el nombre italiano para hacerse el interesante porque su nombre es Anacleto o algo así. Si quieres busco a ver si el padre vive... Debe tener unos ochenta y tantos, pero muy bien llevados porque si dices que le da bien al mueve, mueve...

—¡Ay, mira, déjalo, no busques más! Ya solo me queda esperar y que sea lo que tenga que ser.

—Pero es que tiene su lógica. Por eso es amigo de Leocadia, por eso su casa estaba llena de nonagenarios y por eso ¡tiene ese carisma y esa madurez!

Citronela se tumbó, se puso la almohada en la cabeza y masculló:

—¡En qué líos me meto!

—¿Y con Guillermo qué tal? ¿Te lo has tirado estos días y no me has dicho nada?

—Desde que le dije que ahora era Citronela la que llevaba la voz cantante está muy frío conmigo. Lo que tenemos se ha quedado ahí, congelado en el tiempo.

—Ya, pero cuando estáis juntos se descongela en tres segundos, es imposible no percatarse de la química que tenéis. Fundís los plomos, nena. Con razón Leocadia ha empezado a gritar lo de beso, beso, beso...

Y a Citronela le parecía tan extraño, que le preguntó:

—¿No te parece raro que la amiga de Luigi en vez de ensalzar a su amigo se dedique a poner por las nubes a un trompetista que acaba de conocer? Es que no para de metérmelo por los ojos, incluso esta noche después del concierto se ha pasado todo el rato cantándome sus excelencias.

Sandra se encogió de hombros y apiadándose de su amiga respondió:

—Es que a lo mejor se ha compadecido de ti y quiere llevarte por la senda correcta. Lo de esta noche tal vez solo haya sido el canto del cisne del pobre Luigi Anacleto y realmente lo que ha sucedido es que después del polvo, ha tenido que regresar al hospital donde está viviendo sus últimos días... Leocadia tan solo está haciendo que apuestes por la vida...

Y Citronela se echó a reír, porque para llorar ya tendría tiempo...

Capítulo 28

Sin embargo, los días transcurrieron y Citronela no volvió a tener noticias de Luigi, entre otras cosas porque Guillermo no tenía ni idea de cómo pasar a la última fase de su plan sin que Pili le mandara a la mierda para siempre.

Si bien, el tiempo avanzaba en su contra y a medida que los días se sucedían ella parecía más mustia y más abatida y ya solo cantaba bien los temas más tristes que habían empezado a incluir en el repertorio por expresa petición de ella.

—Esta noche quiero cantar el *Back to black* de Amy Winehouse —le pidió Citronela al domingo siguiente de la noche de autos, mientras estaban a la sombra de una sombrilla que habían logrado trincar milagrosamente en Cala Saona, en Formentera, a las nueve de la mañana.

Y es que habían decidido pasar el día en la playa, pero mientras el resto de la banda estaban a remojo en el agua, ellos los miraban tristes perdidos y sentaditos en la misma toalla.

—Lo que quieras —replicó Guillermo, que no recordaba haberse sentido peor en su vida.

—Como siga sin noticias de Luigi, creo que no voy a poder cantar swing en mi vida.

—¿Tan fuerte te ha dado? —le preguntó Guillermo con el corazón en un puño.

Citronela le miró con unas ojeras tremendas y una cara de angustia enorme y respondió:

—No hay más que verme.

—Lo siento —musitó Guillermo bajando la vista al suelo.

—No, si tú también tienes que tener lo tuyo. Que yo lo entiendo. Porque tú me quieres. O me querías. Ya no lo sé.

Guillermo la miró con los ojos llenos de lágrimas, tragó saliva y musitó:

—¡Te quiero más que nunca, Pili!

Pili se puso más triste todavía y solo pudo farfullar:

—¡Qué desastre todo! Y yo que pensaba que si Citronela tomaba los mandos iba a ser mucho mejor y resulta que lo he estropeado más todavía. A

este paso, Luigi va a resultar mucho peor que una legión de trompetistas. Hay ratos que me siento estafada, otros una mema y la mayor parte del tiempo con ganas de mandarlo todo a la mierda y marcharme con mi familia al pueblo.

Guillermo pensó que él sí que tenía que marcharse de una vez de la vida de esa chica que no se merecía tener al lado un miserable como él. Pero se lo calló y en su lugar le pidió:

—Seguro que hay una explicación. ¡No te desesperes, por favor!

—Cada día que pasa estoy más convencida de que me ha engañado. Juan Piamonte me dijo que el dueño del barco se llama Diego Díaz, que es un señor de la edad de mi padre, casado y hasta con nietos. Y si él no es Luigi, que imagina el horror, la otra opción es mucho peor. Y no porque crea que sea el abuelo Anacleto...

Guillermo la miró extrañado porque ese personaje no lo conocía y preguntó:

—¿Quién dices?

—Sandra tiene la teoría de que Luigi es el padre de Diego Díaz, un octogenario que se ha puesto ese nombre porque realmente el suyo es menos chic. Cosas de ella... ¡Ya sabes cómo es! Pero yo lo que creo es que es alguien que ha jugado conmigo, que me ha utilizado y me ha manipulado, todavía no sé con qué intenciones. O sí. Tal vez solo es un tío sin entrañas que se lo ha pasado en grande burlándose de mí. Y yo para él no he sido más que una diversión veraniega. Así que imagina cómo me siento...

Pili le clavó la mirada a Guillermo que, justo en ese instante, sintió que como no le dijera de una vez la verdad a esa chica, no iba a volver a mirarse al espejo en la vida...

—Créeme que yo me siento mucho peor, porque todo esto es culpa mía —confesó ansioso porque Pili conociera de una vez la verdad.

—Si lo dices porque caí en sus brazos huyendo de los tuyos, estás equivocado. No tiene nada que ver una cosa con la otra. Primero, porque Pili nunca ha dejado de estar enamorada de ti. Y segundo porque Citronela sabía muy bien lo que quería y creía haberlo encontrado en Luigi. Tú no eres culpable de nada. Soy yo la que se ha enamorado de dos personas. Nunca me había pasado, pero aquí estoy amando a un trompetista culo inquieto que acabará rompiéndome el corazón y a alguien que no tengo ni idea de quién es, pero que seguro que en estos instantes estará descojonándose de mí. Si conoces a alguien más patético que yo, me lo dices...

Guillermo asintió y, sintiendo que no merecía nada más que el desprecio de Pili, replicó:

—Sí que lo conozco, yo soy el más patético de todos.

—No, tú eres un tío genial, solo tienes el problema del trompetismo...

Guillermo insistió y decidió hacer lo que tenía que haber hecho desde el principio, mirar a Pili a la cara y contarle la verdad:

—Sí que lo soy. Y Luigi no se está descojonando de ti.

Citronela se envaró y preguntó sin entender absolutamente nada:

—¿Has hablado con Luigi?

—Es mucho más que eso.

Citronela con el corazón a mil y ansiosa por saberlo todo inquirió:

—¿Sois amigos?

Guillermo negó con la cabeza y respondió:

—Soy yo.

—¿Que eres tú qué? ¿Su amigo? —preguntó frunciendo el ceño.

Guillermo respiró hondo y convencido de que estaba a punto de perderla para siempre respondió:

—Que yo soy Luigi.

Citronela se echó a reír, porque estaba segura de que aquello no podía ser cierto:

—Me lo dices para que me quede tranquila y deje de angustiarme por Luigi. Pero no hace falta que inventes nada, de verdad. Soy lo suficiente adulta como para sobrellevar otro *ghosting*.

Y a Guillermo no se le ocurrió otra cosa mejor para que le creyera que impostar la voz y decirle con la voz profunda y cavernosa de Luigi:

—¡Buenos días, Citronela!

Citronela se quedó mirándole alucinada y, tras echarse a reír otra vez, replicó:

—No, venga, no. ¡Déjalo que no cuele!

Pero él siguió hablando con la voz de Luigi:

—Te dije que te amaba, te dije que te lo explicaría todo y aquí estoy. Mi padre es Diego Díaz...

Citronela se llevó las manos a la cara, se partió de risa otra vez y luego le pidió:

—Reconozco que me has hecho reír, reconozco que clavabas la voz de Luigi, pero no inventes por favor. Entre Sandra y su teoría del abuelo

Anacleto y tú con “Mi padre es Diego Díaz” es que no me puedo tomar mi drama serio. ¡Así no hay forma!

Guillermo entonces se puso serio, se mordió los labios y soltó con su voz de trompetista desubicado:

—Mi padre es Diego Díaz.

Pili le miró con una sonrisa socarrona y le preguntó:

—¿Me puedes decir a qué estamos jugando ahora? ¿Tú eres hijo de Diego Díaz el inversionista?

—Estamos jugando al juego que debí jugar desde el principio: el de la verdad. Y sí, soy el hijo de Diego Díaz el inversionista y de Lucía Dueñas la accionista mayoritaria de un grupo de transportes...

Pili pensó que todo sonaba de lo más delirante, pero al mismo a tiempo él hablaba con tanta verdad que no sabía a qué atenerse:

—Pero tu padre es rubio, tiene gafas y lleva un metro colgado del cuello... Y tu madre es la típica profesora de toda la vida...

—Se disfrazaron por amor a mí. Me inventé que eran gente normal porque no querían que me prejuizaran. Ya sabes, el típico niño de papá que no sabe lo que es ganarse la vida con el sudor de su frente y todo eso. Cuando la verdad es que todo lo que tengo me lo he ganado por mí mismo, he estudiado y trabajado por todo el mundo, lo que te contó Luigi de la empresa de *co-living* es verdad. Todo Luigi es verdad, pero soy yo... Lo inventé para que conocieras otra parte de mí. Y ahora, déjame que te muestre mi documento de identidad y fotos que tengo en el móvil para que confirmes que todo es cierto...

Pili se apartó de él, se sentó en la punta de la toalla y musitó mientras se frotaba los ojos:

—¡No me enseñes nada! Esto tiene que ser una pesadilla...

—Lo siento, Pili. Lo siento en el alma, pero estaba tan harto de que me compararas con los otros trompetistas, que se me ocurrió construir un personaje para que conocieras la otra parte de mí. Esa que no podía sacar a relucir porque me daba miedo a que me rechazaran por ser un niño de papá.

Pili le fulminó con la mirada y, sintiéndose la mujer más estúpida del mundo por haberse tragado la trola de ese sinvergüenza, replicó:

—¿Niño de papá? ¡Lo que eres es un pedazo de niño canalla!

—Lo sé, pero en mi defensa diré que lo hice por amor. Joder, ¡te quiero como jamás he querido a nadie! Y como ya no sabía qué hacer, pues me

inventé a Luigi, que se llama como mi perro, ese que me comió a besos en Ibiza en la casa de mis padres, la casa en la que está el olivo donde me echo las siestas los veranos, Leocadia es mi abuela, mi tía la de la figurita del hombre pájaro con ojos de rana, se llama así por ella. La colonia Nenuco que me puse para tapar la que llevaba de Luigi es de mi sobrino Dieguito... La...

Pili se sintió tan mema, tan estafada emocionalmente, tan pringada, que solo podía sentir asco, rabia y decepción por ese tío del que no solo se había enamorado, sino que había llegado a considerarlo un amigo. Por eso, le interrumpió y le exigió:

—¡Para, que no quiero escuchar más! Eres... es que no existe una palabra que pueda adjetivarte.

—Perdóname, Citronela —musitó con la voz cavernosa.

—¡Que te he dicho que te calles! —le exigió Citronela.

—Esta voz la aprendí a imitar en Belfast, es como la de Liam Neeson, la gente de allí me decía que la clavaba. El Vulcano es el barco de mi padre y...

Pili le miró furibunda, se puso de pie cabreada como no recordaba y replicó:

—¡Y nada! ¡Te he dicho que no quiero escucharte más! ¡No quiero volver a saber nada de ti en mi puñetera vida!

Guillermo, sintiéndose el hombre más despreciable del mundo, balbuceó:

—¡Pili, por favor! Ya sé que lo he hecho todo fatal... ¡Pero estaba desesperado! Mi idea era que Pili se enamorara de Guillermo, Citronela de Luigi, y que al final fuéramos felices los cuatro. Perdóname... ¡Te lo ruego! ¡Yo te amo! ¡Y Luigi también!

Pili con una rabia tremenda agarró su bolsón de paja y antes de irse, le miró con desprecio infinito y le soltó:

—¡Me importa una mierda, porque Pili te odia y Citronela... también!

Capítulo 29

Unas horas después, Pili estaba bebiendo champán en el salón Vip del barco que la llevaba rumbo a Denia, mientras se prometía a sí misma que no iba a derramar ni una sola lágrima por ese cerdo.

Es que no se merecía ni eso, solo su odio y su desprecio más profundo y visceral, esos que ella bien que se iba a encargarse de no sacar de su corazón.

Y así, con esa convicción, se cogió un autobús hasta Madrid, donde tenía previsto llegar de madrugada...

Y precisamente en el autobús, fue donde decidió volver a encender el teléfono móvil para comprobar que tenía trocientas mil llamadas perdidas de Guillermo y otros tantos mensajes...

Qué le dieran, pensó.

A quien sí llamó fue a Sandra, que también le había telefoneado y escrito muy preocupada y que desde luego que se merecía más que nadie una explicación por su huida.

—¡Hola Sandra! ¿Estás sola? ¿Puedes hablar?

—Sí. Estoy en el apartamento, en el dormitorio... Después de que te piraras, decidimos volver y ya vimos que te lo habías llevado todo. Tía, ¿qué ha pasado? ¡Me tienes en un sinvivir! Y Guillermo está que parece un fantasma...

—¿No te ha contado nada?

—No, se ha quedado desolado y mudo y se ha encerrado en la habitación a tocar canciones tristes. Nos está dando una tarde... Nos va a deprimir a todos. Pero él está fatal, en la vida le había visto tan afectado...

—No lo estará tanto cuando todavía tiene ganas de tocar. A mí desde luego se me han quitado todas. No podría ahora ni sacarle una simple nota a mi ukelele.

—¿Habéis discutido?

—Lo único que ha sucedido es que el muy cabrón con pintas de nuestro trompetista es Luigi.

Sandra, convencida de que era imposible, replicó:

—¡No puede ser!

—¡Claro que puede ser! Resulta que se llama Guillermo Díaz.

—Sí, eso lo sé. ¿Pero qué tiene que ver con Luigi?

—Díaz como el inversionista. Y su segundo apellido, cosa que yo no sabía, es Dueñas. Como la accionista de los transportes...

—¿Y los señores que conocimos el otro día?

—Eran ellos, disfrazados... Los pobrecillos tuvieron que pasar ese bochorno por él...

—Yo no quise comentar nada por respeto, pero el pelo del padre me pareció rarísimo. Vamos, que pensé que era calvo y que todavía no se apañaba bien con la peluca.

—¿Y qué me dices de las gafas que llevaban ambos, tan grandes y tan feas, que les tapaban media cara?

—Por eso me sonaba la cara de Diego Díaz, yo sabía que le había visto en alguna parte...

—Dice que tuvo que inventarse que tenía unos padres normales porque no quería que le prejuzgaran y le colgaran la etiqueta de pijo de vida fácil y regalada.

—Pues se equivoca, al menos yo jamás le habría prejuzgado. Al contrario, encantada de tener un amigo con pasta. Pues ¡anda que no nos hubiéramos pegado un buen verano entre el barco y el casoplón ibicenco que imagino que serán de sus padres!

—Claro, el olivo en el que lo hicimos es donde se echa habitualmente la siesta, el perro que le lamió enterito es su San Bernardo, y Leocadia es su abuela...

—Jajajajajaja. ¡Pero qué liante está hecho este tío!

—Yo ahora no paro de atar cabos y me siento cada vez más estúpida. A mí me extrañó que Leocadia le comentara lo de los kiwis o que no parara de metérmelo por los ojos... ¡Y para no hacerlo, es su abuela!

—Pobre mujer, qué iba a hacer, pues seguir el rollo al nieto con su teatrillo.

—Según él, inventó a Luigi para mostrarme la parte de él que yo desconocía. Tú fíjate si es cretino, que en vez de sentarnos a hablarlo y contarme la verdad, no se le ocurre nada mejor que inventarse un personaje, enamorarme y luego hacerme sentir la tía más idiota del universo. ¡Porque es que no entiendo cómo pude tragarme todas sus patrañas!

—A ver, yo te advertí de que había algo raro...

—Sí, pero tú apostabas porque era el abuelo Anacleto...

—Yo sí. Pero tú decidiste seguir adelante con todo, porque te enamoraste de él. ¡Eso tienes que reconocerlo!

—Reconozco que me enamoró vilmente, mintiéndome como un canalla, impostando la voz de Liam Neeson, haciéndose el misterioso y volviéndome completamente loca. Aunque según él, todo lo que me contó Luigi es cierto, él tiene esa empresa de *co-living* y todo lo que ha conseguido es con su esfuerzo.

—O sea que lo quería demostrarte es que no es un trompetista más, que tiene su lado maduro y sensato. Ese que decías que le faltaba...

—Y le falta, porque lo que ha hecho conmigo no tiene nombre. ¡Es un impresentable! Lo mires por dónde lo mires.

—Yo lo que veo es que es un tío enamorado, que en su desesperación optó por el peor camino. Es decir, en vez de contarte la verdad, se inventó a Luigi para enamorar a tu yo más sensato, racional y lógico...

—Pues le ha salido tan bien el plan que se va a quedar más solo que la una. Porque voy de camino a Madrid... Conseguí en el último momento un pasaje en el barco, solo había en zona Vip y me he dado el capricho, me he tomado mi copa de champán a su salud, hoy haré noche en Madrid y mañana me piro al pueblo con mi familia. ¡No quiero saber nada más de él!

—Pero tenemos un montón de bolos firmados....

—Tú cantas de maravilla y Rafa y Manolito pueden arrancarse con los bailes. Podéis seguir perfectamente sin mí.

—Tú cantas mejor que yo. ¡Y qué narices, somos Citronela y Los Flipados del Swing!

—Ahora mismo soy un lastre para la banda, esta última semana he cantado con una pena que más que swing parecía que cantaba blues. Aparte de que no quiero volver a ver a Guillermo. Me ha hecho demasiado daño...

—Él está hecho polvo, y después de lo que me acabas de contar tiene que sentirse tan culpable y tan mezquino que va a estar tocando canciones deprimentes hasta que le perdones.

Pili miró por la ventana, y sintió que la carretera vacía era la imagen perfecta de lo que le estaba esperando:

—No pienso perdonarle nunca. Tan solo quiero seguir adelante sola. Sin más.

—Sí, pero tú le quieres y en el fondo sabes que él ha montado todo este

tinglado por amor.

—He perdido la confianza en él. Y es que no le quiero ni como amigo. He visto de lo que es capaz por tapan una mentira... ¡No, gracias, yo no quiero gente así en mi vida!

—Esto ha sido algo excepcional. Él es un buen tío.

—Tú sabes mejor que nadie, la semana que me he pasado pensando con quién coño me había liado en el barco. Y él estaba ahí, viendo cómo cada día incluía más canciones tristes en el repertorio y encima diciéndome que todo iba a salir bien.

—Es que estoy segura que montó todo esto con la intención de que saliera todo bien.

—Sí, de que acabáramos juntos los cuatro. Pili y Guillermo y Citronela y Luigi. Yo no sé qué tiene en la cabeza y mucho menos en el corazón. ¿Cómo pensaba que después de mentirme y de hacerme sentir como una idiota, iba a caer en sus brazos rendida de amor? Al revés, de lo único que me he dado cuenta con este invento suyo, es de que ni tiene escrúpulos ni le importan en absoluto mis sentimientos.

—Entiendo que estés cabreada con él...

—Tanto que no pienso echarle ni una sola lágrima.

—Pero yo creo que a pesar su cagada, sí que te quiere y sí que le importas.

—Ya me da todo lo mismo...

Capítulo 30

Pili se pasó la semana en el pueblo comiendo por tres, quemándolo en largos paseos en bicicleta, plantando patatas, tomates y coliflores y peleando con sus hermanos por cualquier tontería.

Luego llegaban las noches y se quedaba en el porche hablando con su madre hasta las tantas, a la luz de las estrellas...

Hablando de todo y de nada, hasta que llegó el domingo y su madre decidió abordar el asunto que Pili llevaba toda la semana esquivando:

—¿Me vas a contar de una vez por qué has cambiado Formentera por el pueblo?

—Porque esto es el paraíso y se me había olvidado. ¿Cómo podía llevar seis años sin venir?

—¿Porque te metiste a cantante y empezaste a hacer bolos?

—Se está tan bien aquí. Te prometo que no voy a faltar ningún verano más. Se me había olvidado la maravilla que es esto... —dijo recostándose en la hamaca y cerrando los ojos.

—Y yo estoy encantada de que estés aquí, la gente me felicita porque se pensaban que no venías al pueblo porque estabas enfadada con nosotros. Lo que pasa es que también me dicen que se te ve triste, y quieren saber más...

Pili abrió un ojo y le recordó a su madre:

—Por ese afán de saber, me largué de aquí. Pero no estoy triste, no me permito estarlo, tan solo me siento profundamente decepcionada. Pero ya pasará.

Luego cerró los ojos otra vez y su madre aprovechó para ir un poco más allá:

—¿Decepcionada con la música? Porque desde que estás aquí ni cantas ni coges tu vieja guitarra...

—Es que no tengo ganas de cantar. Pero no estoy decepcionada con la música, sino con un músico. Otro trompetista... ¡Pero ahora no me eches la bronca de que eso me pasa por no enamorarme de chicos centrados y serios como José Enrique el farmacéutico, porque no creo que pueda aguantarlo!

—Yo no he dicho nada. Todo lo dices tú.

Pili abrió los ojos, miró a su madre avergonzada por haber reaccionado así y susurró:

—Perdona es que no estoy bien.

—Eso lo sabe el pueblo entero.

—No quiero ni imaginar la de cosas que estarán diciendo de mí. Solo sé que desde que estoy aquí, me ha entrado un complejo de barriga tremendo porque raro es el que no me mira para ver si estoy preñada.

—Es lo típico.

—Qué poca imaginación tienen. Podían empezar a urdir otras tramas más interesantes... ¡Yo qué sé! Como que me enamoré de otro trompetista, locamente además, pero como venía de otras malas experiencias con gente de su gremio, decidí que no podía ser. Pero él no se rindió y sucedió que como no le correspondía, no se le ocurrió nada mejor que inventar un personaje para que cambiara de opinión. Un personaje que según él, le permitía mostrarme esa parte de él que yo no conocía... Y es que además de trompetista, es empresario pero no nos contó nada por lo que pudiéramos opinar de él. Como tampoco nos contó para que no pensáramos que era un hijo de papá, que sus padres eran gente pudiente. El caso es que se hizo pasar por un tal Luigi, un empresario, nos contrató para actuar en su barco, o sea en el de su padre, y a partir de la cosa se fue liando hasta que acabé enamorada de él.

La madre que estaba escuchando expectante solo pudo musitar:

—¡Caray, qué historia!

—¿Verdad que es más interesante que la otra?

—Mucho, pero ¿cómo hacía para que no descubrieras que era el trompetista?

—Nos veíamos siempre en la oscuridad de los salones de su barco y por teléfono siempre impostaba la voz de Liam Neeson.

—¡Oh, qué voz!

—Entre otras cosas, por la voz caí con todo el equipo.

—¿Y te desenamoraste del otro?

—¡Qué va! Al trompetista lo seguía teniendo más dentro que nunca, lo que pasa es que para no volverme majara, me inventé la estupidez de que Pili amaba a Guillermo, el trompetista; y Citronela a Luigi, el empresario. Si bien, después del último encuentro con Luigi, donde vivimos una noche de pasión muy mágica, desapareció tras asegurarme que me amaba y que ya tendría

noticias tuyas. Pero la noticia que tuve al poco de que se fuera por un navegante que apareció por allí es que el dueño del barco era un tal Diego Díaz, un señor de tu edad y casadísimo. Así que figúrate cómo me quedé. Porque Luigi decía que era el dueño del barco... Por lo que o bien me había mentado, o bien me había liado con un casado. Uf. Y a todo esto que pasó una semana sin tener noticias de él. Y yo ya era un alma en pena, me sentía tan mal que ni podía cantar mi repertorio. Y el otro calladito, hasta que el domingo pasado en una playa adonde fuimos a pasar el día me suelta que Luigi es él, que ha montado todo esa farsa porque me ama y que le perdone. Perdón que por cierto no para de pedirme a todas horas por mensajitos y no me ha quedado otra que bloquearlo. Porque no le pienso perdonar jamás en la vida. ¿A qué esta historia es mejor? Es un poco larga, pero seguro que se lo pasan teta con ella. ¿No te parece?

Su madre clavó la vista en el cielo y replicó encogiéndose de hombros:

—Yo solo sé que esa historia me recuerda mucho a otra.

Pili miró a su madre atónita porque aquello no podía ser:

—No. ¡Es imposible! Papá es un hombre decente, íntegro, cabal y serio que jamás recurriría a una vil mentira para seducirte y enamorarte

—Te voy a contar una historia, pero por favor no le digas nunca a tu padre que te la he contado. Verás, va de una chica que vivía en un pueblo y que desde siempre tuvo el ridículo pálpito de que si algún se enamoraba sería de alguien de fuera y mayor que ella. El caso es que cumplió los dieciocho, y un día llegó a las fiestas del pueblo el chico más guapo que había visto en su vida. Se miraron, ambos sintieron mariposas, él se acercó a ella y quiso sacarla a bailar Y bailaron y se rieron y se lo pasaron genial, esa noche y las tres siguientes que regresó al pueblo. Pero a la cuarta, él ya no pudo más y le pidió salir. A ella él le gustaba muchísimo, pero tenía aquel pálpito desde niña y se lo contó. Y él sin dudarle le dijo que tenía veintiún años y que era argentino...

—¿Argentino?

—Sí, le contó que su familia estaba en España por negocios y que lo del acento lo controlaba a su antojo. Así que empezó a hablarle con acento argentino. Y ella se volvió loca, segura de que era él, que lo había encontrado, esa persona que siempre había sentido. Y empezaron a salir, ella estaba en su nube de amor, apenas dormía, apenas comía, hasta que un día en la plaza, una vecina la paró y le comentó lo guapa que estaba desde

que salía con Máximo, el hijo del cartero de Fuenteolmo. Ella se quedó muerta, porque Maxi le había contado que sus padres vivían en Madrid y que se pegaba unas palizas tremendas en un coche viejo para ir a verla. Y como estaba convencida de que ese chico tan bueno no podía ser capaz de mentirle de esa forma, pensó que la vecina lo habría confundido con otro. Y no le dio más importancia, hasta que unos días después, mira tú por dónde la madre de la chica la mandó a Fuenteolmo a por un encargo y nada más bajarse del autobús a quien se encontró fue a su argentino.

—No. ¡Dios, no puede ser!

—Sí. Él se quedó petrificado y luego le pidió perdón. Le dijo que estaba tan desesperado por estar con ella que se inventó aquello. Pero que lo importante, a pesar de tener la misma edad que ella y ser de Fuenteolmo, era que la amaba...

Pili se quedó mirando a su madre con los ojos llenos de lágrimas y le preguntó:

—¿Y ella cómo pudo perdonarlo?

—Lo amaba. No pudo hacer otra cosa. Y lo mejor es que no se equivocó al hacerlo, luego tuvo cinco hijos...

—Ya.

—La mayor es cantante, su abuelo el cartero de Fuenteolmo le inculcó el veneno del swing.

—Vaya...

—Sí, canta de maravilla...

—Pero sobre todo tiene la habilidad de enamorarse de quien no debe. Trompetistas además...

—Sí, pero este último me han dicho que es el bueno. Tiene la imaginación un poco desatada, pero porque hay mucho amor. Y si hay mucho amor, ya poco se puede hacer...

Capítulo 31

Después de que su madre le contara su historia, Pili empezó a sentir con el paso de los días menos decepción y más tristeza.

Esa tristeza que no se permitía sentir, pero que poco a poco iba ganando terreno y estaba invadiéndola por completo.

Y es que, aunque con su familia estaba de maravilla y había vuelto a reconciliarse con el pueblo, la verdad era que la vida sin Guillermo era una auténtica mierda.

Le echaba tanto de menos que cuando le dolía mucho, lo que hacía era entrar en la página de la banda para torturarse viendo fotos y videos con los que mortificarse más todavía y a ver si con suerte del fuerte estallido de dolor, lograba hacer saltar por los aires a la maldita tristeza.

Pero cada día era más grande, más honda y más intensa...

Le había vencido y estaba tan rota que una tarde agarró su vieja guitarra y empezó a canciones tristes, una tras otra, hasta que no pudo más y lloró todo lo que no se había permitido, todo lo que había reprimido, toda la pena que llevaba dentro.

Y se sintió tan bien, que hasta sonrió y empezó a tocar los primeros acordes de *La vie in rose*...

Y la cantó entera, con las tripas y con el corazón, sintiendo otra vez con tantas ganas que hasta creyó escuchar la trompeta de Guillermo de fondo.

Y ese era un avance tan grande que llamó a Sandra para que supiera:

—Citro, ¡qué bien que me llamas! Yo no quiero molestarte, ni agobiarte, por eso no te he llamado; pero ¡cómo te echo de menos! Han pasado dos semanas y parecen dos siglos.

—¡Yo también os echo de menos, cada día más!

—¿Cómo estás?

—Sufriendo como una condenada, pero hoy estoy muy contenta porque he vuelto a cantar alegre.

Sandra al escucharla se puso muy contenta y exclamó:

—¡Eso es que estás saliendo del pozo!

—He estado bloqueadísima, pero esta tarde mi pena era tan grande que he

cogido la guitarra, me he cantado lo más triste que recordaba y por fin me lo he llorado todo. Me he quedado tan a gusto, ha sido tal liberación que he empezado a cantar *La vie en rose*, con una pedazo de sonrisa de *hopper* y aunque parezca increíble, he llegado a escuchar de fondo la trompeta de Guillermo. ¡Ha sido una pasada! Y te he llamado corriendo porque necesitaba compartirlo contigo.

—No voy a meterte presión para que regreses, pero sin ti todo es una mierda. Y mejor no te cuento cómo está Guillermo ¿o sí?

Pili se preocupó tanto al escuchar esas palabras de su amiga que le preguntó:

—¿Sigue mal?

—No duerme, no come, no habla. ¡No sé ni cómo se tiene en pie! Ya le he advertido de que un día su salud nos va a dar un disgusto. Y dice que todo se la bufa ya. Que sin ti, todo le importa una mierda. Que ya nada tiene sentido. Y menos mal que el trombón y yo nos hemos enamorado y somos el contrapunto feliz a sus deprimentes solos de trompeta. Porque da igual lo que toque, todo lo lleva a su espiral de tristeza desesperada.

—¡Dile que se cuide por favor!

—¿Le digo que has preguntado por él y que le pides que se cuide?

—No, eso no. De momento, dile solo que se cuide en genérico. Todavía tengo que poner unas cuantas cosas en su sitio en mi corazón y en mi cabeza. Pero no quiero hablar más de mí. ¿Qué es eso de que el trombón y tú os habéis enamorado? ¿Pero no decías que seguía colgado de la ex?

—Uf. ¡Han pasado tantas cosas! Te cuento, a los dos días de tu marcha fuimos a un bolo en Ibiza en un sitio increíble donde hice contacto visual con un jamaicano, que en cuanto acabó el concierto me invitó a dos copas. El chico era un encanto, muy simpático; sin embargo, cuando ya estaba la cosa muy bien encarrilada y no veas qué cosa, apareció Darío descompuesto para decirme que tenía que hablar conmigo que era muy urgente. Mira, yo solo de pensar que me iba a tocar renunciar al jamaicano a punto de caramelo casi me dio algo. Y le pregunté: “¿de verdad que es tan urgente? No lo podemos hablar luego en el hotel?”. Aunque realmente lo que pensé fue: “Tío, ¿realmente me vas a fastidiar todos los polvos del puto verano?”. Y me respondió que sí, que era una cuestión de vida o muerte.

—Bueno... O sea que estaba con una crisis de las gordas... ¡Yo no sé cuándo va a superar su ruptura!

—¡La superó hace mogollón! Hace tanto que cuando la otra le dejó, se fue de fiesta para celebrarlo, porque no sabía cómo decirle que no quería casarse con ella.

—¿Pero qué me estás contando, Sandra?

—Pues eso le dije yo, cuando después de quedarme sin catar a mi jamaicano, me llevó a cala Saladeta y allí con las Fantas, me soltó eso... Yo me quedé muerta y le pregunté que ¿por qué coño le daban entonces esos bajones de mierda, y siempre que voy a echar un polvo? Bueno, esto último lo dije para mis adentros. Entonces, le miré, él se mordió los labios, yo por fin me di cuenta de que era una puñetera acción reacción y le pregunté que si estaba enamorado de mí...

Pili que no daba crédito solo pudo mascullar:

—¡No puede ser!

—Sí que puede ser, Citro. De hecho, es tan fuerte que esa misma noche me confesó que le gusto desde el primer día que llegué a la banda, pero que como estaba con la otra, reprimió sus sentimientos... Luego, ella se quedó embarazada, le pidió que se casaran, él aceptó y a los tres meses de la boda le confesó que el bebé era de otro. Y este vio el cielo abierto. Si bien, no sabía cómo declararme su amor. Dice que me veía tan luminosa que estaba convencido de que jamás iba a fijarme en un tío como él: podólogo trombonista.

—Entonces ¿cuando le dio aquel bajón en el barco fue por ti?

—Sí, le dio porque me había liado con los otros. Y las crisis que le sobrevinieron después fueron porque estaba desesperado y no encontraba la manera de decirme que me quería.

Pili resopló, convencida de que lo de hacer estupideces por desesperación era una auténtica plaga:

—¡Pues sí que estamos bien!

—¡Oh sí, yo sí que lo estoy! Y es que después de su confesión y de que yo le revelara que me gustaba desde el principio, pero que como estaba con la otra, decidí tomar el camino de la experimentación; nos miramos y nos dijimos: ¡qué idiotas hemos sido! Y acto seguido, enmendamos el error pero bien enmendado... ¡Y no veas tú cómo es el podólogo trombonista! Es algo fuera de serie, pero en todos los aspectos: ¡me tiene loca! Y ahora en los conciertos, ya no hago contactos visuales con los buenorros de la sala, ahora me centro en él, que toca como nunca desde que folla enamorado. Si

escucharas cómo me toca *Frenesí*, porque todo lo que toca ahora es para mí, te correrías ahí mismo. Y a mí me pasa lo mismo, no canto tan bien como tú, pero como tengo tanto amor dentro, sueño de puta madre. Mira, te voy a cantar algo a capela...

Pili esperando que cantara algún temazo clásico de amor del repertorio tipo: *I've got you under my skin*, musitó:

—A ver...

Y Sandra tras toser un par de veces comenzó a cantar:

—*Come on baby, Come on baby, el pimiento sabe muy mal, mira qué trompa, qué pedazo de trompa, trompa, trompaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa...*

—¿Es tuyo el tema? Es... —dijo muerta de la risa.

—¡Es la canción de Shin Chan! Te la canto para que veas que hasta con esa canción sueño como a Peggy Lee. Es como si el amor me hubiera abierto la garganta... Y no estoy hablando de felaci...

—Ya, ya... Lo pillo.

—Y lo que sentimos es tan contagioso, transmitimos tanto amor con nuestro arte que Rafa y Manolito también están juntos.

—¡No me digas! —exclamó Pili sorprendida.

—Cuando te fuiste empezaron a bailar las canciones que tú solías bailar con Guillermo y, chica, desde que se cogieron de la mano por primera vez, surgieron unas miradas, unos gestos de complicidad, un fuego que les bullía por dentro... Y nada, que están juntos y son asquerosamente felices.

—¡Me alegro mucho por ellos!

—Vamos a tener que cambiar el nombre de la banda y ponernos *Los Falling In Love* o algo parecido, pero bueno eso será para cuando vosotros volváis. Vicente es el que se nos va a quedar libre, pero como es taxista: está acostumbrado a llevar ese cartel.

—Dices muy segura eso de para cuando nosotros volvamos...

—Claro, ¿no ves que has vuelto a cantar alegre?

Capítulo 32

A Pili se le acabaron las vacaciones y tuvo que regresar a Madrid donde extrañó mucho más todavía a Guillermo.

Y es que todo le recordaba a él, desde los carteles que anunciaban la última *pele* de Liam Neeson, hasta los frascos de colonia Nenuco que tenía que abrir y oler como una yonqui cada vez que iba al supermercado.

Y ya cuando la ausencia se le hacía tan insoportable que no podía paliarla ni con Ella Fitzgerald, se iba por las noches a los bailes clandestinos de swing en el templete del Retiro y se quedaba pegada junto a la barandilla viendo bailar a los demás.

Bailar despreocupados, felices, enamorados, clandestinos y libres.

Como bailaba con él siempre, porque solo cuando bailaban se permitía ser ella y se lo decía todo.

Todo eso que no se atrevía a decir por miedo a volver a sufrir, por miedo a que le hicieran daño otra vez, por miedo a perder el tiempo.

Mucho más tiempo...

Pero ahora solo era la chica que miraba cómo los demás bailaban despreocupados, felices, enamorados, clandestinos y libres.

La chica que se negaba a tirar el trozo de la figurita del hombre pájaro con ojos de rana porque le traía demasiados recuerdos de una de las noches más locas de su vida.

De esa noche en la que sintió que estuvo con alguien que conocía desde siempre.

Y es que así fue...

Era él contándole un cuento para que se convenciera de una vez de lo que ella ya sabía.

Eso que tenía muy dentro y que se negaba a sentir, a vivir, a pronunciar su nombre siquiera.

Todo eso que estaba ahí y que él tal vez pensó que podría florecer con tan solo un cuento.

Y es que bien mirado, solo había sido eso...

Un cuento contado para unirlos, que los había separado más todavía.

Un cuento que la tenía errante, meditabunda, insomne y gris.

Pero un cuento en el que al fin y al cabo nunca dejaron decirse la verdad. La verdad que importa...

Así que realmente Pili ya no sabía quién había fallado más si Guillermo por contar el cuento o ella por salir huyendo.

Pero ya daba lo mismo...

Ya solo era la oficinista que volvía a casa después de ver bailar a los demás, aferrada al recuerdo de una noche memorable.

Porque ella así lo había decidido...

Porque ella era así de...

No pudo adjetivarse porque, cuando estaba a punto de colgarse la etiqueta de “estúpida” que se ponía cada noche, sonó el teléfono.

Eran las nueve y media de la noche, de un viernes de un verano que resistía a marcharse, en el que por las ventanas abiertas de su casa entraba, ajeno a sus desdichas, el bullicio alegre de la calle.

Y la llamaba un número desconocido.

Y de repente, tal vez porque era un número extraño, se acordó de aquel *Strangers in the night* que cantó con su ukelele en el salón oscuro. Y sintió tantas cosas, que tuvo que respirar hondo para que no la devorara tanto recuerdo.

Luego, cogió el teléfono convencida de que era alguien para venderle algo que no necesitaba, porque ya solo necesitaba una cosa, pero con todo lo cogió:

—¡Hola!

—¿Eres Citronela? —preguntó una voz profunda y con carácter que no le sonaba de nada.

Pili pensó que claro que era Citronela, la chica fuerte, dura y sensata que enseguida supo que había encontrado al hombre perfecto.

—Sí, soy yo. ¿Quién eres?

—Soy Diego Díaz, el padre de Guillermo. Siento llamarte a estas horas, pero solo tú puedes ayudarnos.

Pili que estaba tumbada en el sofá, de solo imaginar que podía haberle pasado algo a Guillermo, se levantó de un respingo muerta de angustia:

—¿Qué ha sucedido? ¿Se encuentra bien?

—El domingo se desplomó en el escenario y se lo tuvieron que llevar al hospital, pero tranquila que solo era una deshidratación y anemia. Esa misma

noche lo mandaron para casa...

—Uf. ¡Menos mal! No obstante, esto se veía venir, Sandra me contó que estaba llevando una vida muy desordenada.

—Por eso su abuela le ha convencido para que se venga a vivir con nosotros a la casa de Santa Eulalia. Sin embargo, desde que llegó se subió al olivo a tocar canciones tristísimas con su puñetera trompeta y no hay manera de bajarlo. Hasta el pobre Luigi se pasa el día intentándolo, pero nada...

Pili sintió una punzada en el estómago tremenda de pura ansiedad y musitó:

—¡Madre mía! ¡Está fatal!

—Pues sí. Dice que no se perdona por lo que te hizo, que ya nada tiene sentido sin ti y que ahí se queda a vivir de los recuerdos.

—¡Mira que es intenso!

—Sí, hija, es trompetista. ¡Qué le vamos a hacer! Y luego es cerril como él solo. Por eso te llamo, creo que eres la única que puede hacerle entrar razón. Porque tal y como está de atrincherado no le bajamos de ahí ni a pedradas.

—¡Qué desastre!

—Pues sí. Y que sepas que entiendo que estés enfadada con mi hijo, de hecho le advertí de que esto iba a suceder, porque era un despropósito tremendo que solo podía salir mal. Siempre le aconsejé que fuera con la verdad por delante, pero tenía tanto miedo a que le rechazaras que prefirió esconderse tras la máscara de Luigi. Y por supuesto que no estuvo bien, y se lo recriminé en su día, si bien también debo decirte en honor a la verdad que en ningún momento activó este plan absurdo con una intención perversa o retorcida. Al contrario, todo lo hizo por amor...

—Lo sé. Y lamento todo tanto.

—Tú no tienes nada que lamentar. El que lo siente soy yo por no haber sido más firme, pero lo vi tan enamorado que cedí hasta el punto de salir a la calle disfrazado de fante. No, si ha sido todo un despropósito colosal, por eso te digo que comprendo perfectamente que no quieras saber nada de él...

—¡Pero es que eso no es así! —le interrumpió Pili.

—¿Ah no? —preguntó el padre gratamente sorprendido.

—No. Claro que no. ¡Me importa demasiado! —reconoció Pili, con un nudo en la garganta.

—¿Y no le guardas rencor?

—Al principio le odié, pero he tenido días para reflexionar y ya no se lo guardo.

—¡Qué bueno y qué generosidad por tu parte! Sin duda, te honra. Eres una chica estupenda, no me extraña que mi hijo haya perdido la cabeza por ti.

—¡Y yo por él! —confesó Pili con la verdad por delante, porque lo cierto era que se había hartado de ser una estúpida.

—Es que es un buen chico, a pesar de sus desatinos.

—¿Y quién no desatina?

—Sí, bueno, pero es que este hijo mío desatina a lo grande. Pero él es así.

—Y a mí me gusta.

—Uy, ¿no querrás volver con él? Tú piénsatelo bien que este no va a cambiar. No sé si te ha contado cuando se hizo pasar por una clienta mía...

—No, ¿qué pasó?

—Fue hace unos años, Guillermo tenía trece... Y teníamos una clienta que era una auténtica pesadilla que nos encargó un residencial. La señora me tenía los nervios destrozados con sus exigencias y me dieron varios ataques de ansiedad. Bien, pues al niño no se le ocurrió nada mejor para que me desestresara que escribirme haciéndose pasar por la clienta. Eran unas cartas preciosas que olían a perfume francés y con una caligrafía sublime, en las que me confesaba que se comportaba así conmigo porque estaba profundamente enamorada de mí.

—¡No puede ser! —exclamó Pili muerta de la risa.

—Sí, hija, sí. Por esto te digo... ¡Piensa bien dónde vas a meterte! Y mientras tanto, si fueras tan amable, creo que sería de gran ayuda que le escribieras un mensaje diciéndole que estás bien, que no le guardas rencor y que deje de hacer el mono, subido al puñetero árbol, que ya no tiene edad para estas hacer gansadas. Bueno, esto último no lo incluyas, que va a saber que soy yo. ¡No paro de gritárselo a todas horas!

Pili se echó a reír, y se le ocurrió algo muchísimo mejor que escribir un frío mensaje...

—Más que un mensaje, voy a hacer otra cosa que creo que va a resultar completamente infalible.

—Si necesitas algo, un barco, una peluca... ¡Cuenta conmigo para todo!

—No, gracias. Con mi ukelele tengo bastante.

Capítulo 33

A las nueve de la mañana, Pili estaba en Ibiza, llamando al timbre frente al portón del casoplón de Santa Eulalia, con una maleta de fin de semana en una mano y el ukelele en la otra.

El portón se abrió y se dirigió hasta la escalera de la puerta principal donde le estaban esperando Leocadia y Luigi que no daban crédito:

—¡Alabado sea el cielo! ¡Lo que he rezado para que esto suceda! ¡Bienvenida a casa, Pili! —exclamó Leocadia, abrazándola emocionada.

—¡Buenos días, Leocadia! Gracias a ti por este recibimiento... ¡Y a ti también Luigi! —Y tras dejar que Luigi la oliera, se agachó para abrazarlo.

—Este recibimiento es poco. ¡Te teníamos que poner alfombras rojas! Pero antes de nada quiero que sepas que en todo momento le aconsejé a mi nieto que te dijera la verdad. Pero él tenía tanto miedo a que pensaras que era un cretino, después de que os había mentido con lo de sus padres, que pensó que lo mejor para que le conocieras era inventarse esa película, en la que acepté un papel secundario porque soy su abuela. Espero que lo entiendas y que me perdones...

Pili sonrió de oreja a oreja y confesó:

—El papel no es que lo bordaras...

—Al contrario, soy una actriz inmensa. Verás, lo hice fatal adrede para que te percataras de que había gato encerrado. Lo de los kiwis estuvo genial, no me digas. Yo ahí gritando: “¡toma, llévate unos kiwis para tu estreñimiento!”.

—Pues ni con esas me percaté... —confesó Pili muerta de risa.

—Porque con los enamoramientos perdemos la lucidez.

—Eso es cierto.

—Por eso has vuelto —dedujo Leocadia con una mueca graciosa.

Pili se echó a reír otra vez, se encogió de hombros y reconoció:

—Si es que no me queda otra, Leocadia. Es que le quiero.

A Leocadia se le iluminó la mirada y afirmó colocando una mano en el hombro de Pili:

—Esto ya sí que es grave, espero que tengas fortaleza para sobrellevar

esta carga.

—Espero que sí...

—A ver, el chico tiene un corazón que no le cabe en el pecho, pero también una imaginación delirante que a veces se le va de las manos.

—Un poco, sí.

—Lo bueno es que con él es imposible aburrirse. ¿No te ha contado que cuando me quedé viuda estuvo escribiéndome durante unos meses haciéndose pasar por mi admirador secreto?

—¡No!

—Tenía nueve años. Me contó que cómo ya no sabía qué hacer para que dejara de estar triste, se le ocurrió inventarse un pretendiente para que me animara. Y no veas qué cartas más bonitas me escribía, con una caligrafía tan impecable que llegué a creer que tenía un pretendiente de verdad y a sospechar hasta del padre Martiniano, el párroco. Me tenías que haber visto, ¡iba a misa arrebolada, sintiéndome la protagonista de *El pájaro Espino!*

Las dos se echaron a reír y luego Pili confesó:

—¡Me muero por verle!

—Ahí le tienes en el árbol, he pasado hace un rato a llevarle el desayuno y estaba tocando *When your love has gone* de Ray Charles. No he podido escuchar la canción entera, ya que como tiene tanta pena dentro su trompeta suena muy triste y se me abren las carnes. ¡Me da una pena! ¡Pero menos mal que estás aquí! ¡Corre vete a verle, que ya voy pidiéndole hora en la fisioterapeuta porque tiene que tener bonita la espalda!

Pili le entregó la maleta a Leocadia, sacó el ukelele de la funda y corrió hacia el olivo...

Cuando ya iba por la piscina escuchó que lo que sonaba eran los primeros acordes de *Are you lonesome tonight* de Elvis y corrió más deprisa todavía hasta que casi sin resuello llegó junto al árbol y gritó:

—¡Espera! ¡No empieces sin mí! Creo que necesitas una cantante...

Guillermo despeluchado, pálido y ojeroso, dejó de tocar, se quedó mirándola alucinado y le pidió:

—¡Dime que no estoy delirando! ¡Dime que eres tú!

—¡Hola! ¡Soy yo! —saludó Pili levantando el ukelele.

—¿Estás aquí? —preguntó frotándose los ojos porque de verdad que no se lo creía.

—Sí, estoy aquí. Un poco asfixiada porque he venido corriendo para

verte. ¡Pero aquí!

Guillermo, con los ojos llenos de lágrimas, preguntó:

—¿Ya no me odias?

—No. Tan solo me contaste un cuento, porque yo también tenía miedo. Así que no puedo odiarte por eso.

—Pero te decepcioné.

—Sí, pero también pasó y luego vino la tristeza, una tristeza horrible en la que no hago otra cosa que echarte de menos. Así que sigue tocando por favor que necesito escucharte...

Guillermo continuó con la canción donde lo había dejado, ella le acompañó con su ukelele y su voz, pero cuando apenas llevaban tres estrofas, él paró y le dijo:

—Yo no quiero que estemos más tristes.

Pili negó con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas, y repuso:

—Ni yo tampoco.

Y a Guillermo le faltó tiempo para bajarse del olivo, arrebatarse el ukelele, dejarlo con cuidado apartado, y plantarse frente a ella:

—¡Perdóname, Pili! ¡Perdóname!

Pili con un nudo en la garganta y, loca por besarle, respondió:

—Hace días que lo hice. Pero cuéntame, ¿cómo estás?

—Tuve anemia, pero ya estoy bien. Ahora lo que tengo es el cuerpo hecho un acordeón de tanto olivo. Llevo aquí cinco noches. Solo bajo para hacer mis necesidades y hoy has tenido suerte porque por fin me he metido en la ducha. ¡Es que no tenía ganas de nada! ¿Y tú qué tal estas?

—No lo he pasado muy bien...

—No tenía que haberte mentido, pero te juro en ningún momento quise jugar con tus sentimientos. Solo estaba desesperado porque no sabía cómo decirte que soy el maldito trompetista bueno. O al menos opuesto para serlo...

—Yo estaba tan cerrada en banda por culpa mis nefastas experiencias que reconozco que te lo puse muy difícil. Y bueno, supongo que no te quedó otra que recurrir a tu desbordante imaginación.

—No supe hacerlo mejor, pero te amo tanto, te amo tanto que...

—Yo también —le interrumpió Pili con una sonrisa enorme.

—¿Tú también qué? —preguntó Guillermo

—Que tampoco lo supe hacer mejor, pero te amo, te amo tanto que estoy deseando que me beses de una vez.

Guillermo la agarró por la cintura, la estrechó contra él y la besó con todas sus ganas, tantas que se quedaron sin aliento y, con los labios pegados a los de ella, le susurró:

—Te prometo que va a salir todo bien.

—Yo también...

Guillermo la estrechó más todavía contra él, si bien de repente preguntó con un gesto extraño:

—¿Qué tienes ahí que se me ha clavado en el muslo?

Pili se metió la mano en el bolsillo, sacó el pedazo de figurita y respondió divertida:

—Al hombre pájaro con ojos de rana. Lo llevo siempre conmigo desde aquella noche.

—¿Pero cómo puedes conservar esa cosa tan fea?

—Es un recuerdo de esa noche tan especial con Luigi.

—Pues hay algo que no te he contado de esa figurita. Es que me daba una vergüenza tremenda. Pero soy yo.

Pili se echó a reír y sin poder dejar de mirar la figura preguntó:

—¿Esta cosa eres tú?

—Mi tía Leocadia dice que es arte figurativo y que me ve justo así, como un hombre pájaro, con pies grandes para afirmarme bien en la tierra y alas enormes para volar muy lejos. Lo de los ojos de rana no fue intencionado... O eso me dijo.

—¡Menudo hombre pájaro estás tú hecho! —exclamó, guardándose la figurita otra vez en el bolsillo.

—¿Y te la guardas otra vez?

Pili que estaba encantada con la historia y con haber llevado a Guillermo consigo todo ese tiempo, respondió sin dudarle:

—Claro. Me quedo contigo. Ya no puedo hacer otra cosa...

EPÍLOGO

Un año después, Citronela y Los Falling in Love, actuaron de nuevo en el club de Es Pujols.

El concierto fue un éxito porque, entre otras cosas, desde que estaban enamorados tocaban mejor que nunca y sin censuras de ningún tipo en el repertorio.

Así que cantaron, bailaron, se besaron y luego Citronela decidió celebrarlo yendo a por un Mai Tai a la barra.

Y en esas estaba, cuando recibió una llamada de un número oculto, que cogió por si acaso...

—¡Hola!

—¡Buenas noches, Citronela! —replicó la inconfundible voz cavernosa de Luigi.

Citronela sin dar crédito, porque llevaba un año sin escuchar esa voz, replicó muerta de risa:

—¿Eres Luigi? ¿Mi Luigi?

—Quién si no...

—¡Oh, Luigi! ¡No sabes cuánto te he echado de menos!

—Y yo a ti, preciosa. ¡Tengo tantas cosas que contarte! Por eso, si te apetece, si no tienes nada mejor que hacer, me encantaría invitarte a mi barco. En cinco minutos te recogería un coche en la puerta, que te llevaría al puerto y luego hasta mí. Si quieres, por supuesto...

Citronela echó un vistazo al club donde ya no había ni rastro de Guillermo, que a esas horas ya estaba rumbo al puerto y repuso divertida:

—Tengo tantas ganas de abrazarte, Luigi, que ya estoy contando los minutos que me quedan para estar contigo. ¿Me llevo el ukelele?

—No, esta noche quiero que me cantes desnuda... O sea a capela.

—Ya, ya.

Citronela muerta de risa le colgó, y le contó a Sandra que estaba sentada en una hamaca descansando, porque lo suyo con el podólogo trombonista iba tan bien que estaba embarazada de cuatro meses:

—Me voy que Luigi me espera, en un momentín viene un coche a

recogerme...

Sandra soltó una carcajada y luego preguntó:

—¿Luigi ha vuelto después de un año?

—Sí. Ha debido estar muy atareado, pero esta noche me lo contará todo.

—Es raro. Tanto tiempo sin saber de él... ¿Qué querrá?

Citronela se encogió de hombros, se peinó el flequillo con las manos y respondió:

—Ni idea. Pero me muero por descubrirlo...

—¡Mucha suerte, Citro! Y saludos a Anacleto...

Citronela se despidió de su amiga y de los de la banda y en cuanto llegó el coche, se subió rumbo a la aventura.

Una vez en el puerto, hizo la misma travesía que la noche aquella y cuando ya estaba en cubierta, recibió una nueva llamada de Luigi:

—¡Buenas noches, otra vez, Citronela! Muchas gracias por venir, ya verás cómo no te arrepientes... ¡O eso espero!

—¡Siempre es un placer estar contigo, Luigi! ¿Dónde estás?

—En el salón del billar. ¿Te acuerdas de cómo llegar?

—¡Cómo olvidarlo! Aquella noche fue tan especial...

—Yo tampoco he podido olvidarla... ¡Pero ven ya, que no puedo con la ansiedad!

Citronela que estaba igual de expectante corrió por el pasillo, abrió la puerta del salón oscuro y entró con tanto ímpetu que dio un puntapié a una mesita.

—¡Dios, ya la he liado de nuevo! ¿Qué has puesto esta vez para que me cargue? ¿Una mesita rococó que no te atreves a llevar a un punto limpio?

Luigi que lo había puesto ahí con otra intención replicó:

—Es algo para ti.

—¿Cómo que algo para mí? ¡Yo estoy bien servida de mesas, gracias!

—La mesita no es para ti. Lo tuyo es lo que había encima...

Citronela avanzó unos pasos, se topó con la mesita y le informó:

—La mesita está aquí.

—Entonces, lo que tienes que encontrar no tiene que estar muy lejos.

—Y la luz no la puedo abrir, claro. ¿O ya sí?

—No. Soy Luigi, ya sabes que la luz y yo no somos muy amigos.

Citronela que llevaba un vestido rojo entallado de Pepita is Dead, se agachó y se puso a gatas a buscar lo que fuera eso que había mandado bien

lejos, porque no lo encontraba ni para atrás.

—¿Lo pillas ya? —le preguntó Luigi con su voz profunda, deseando que lo encontrara de una maldita vez.

—Luigi, querido, creo que vas a tener que saltarte tus reglas y encender la luz, porque lo único que pillo es un dolor de rodillas que lo flipas.

Y Luigi, que seguía empeñado en hacer las cosas a su manera, replicó:

—No se tiene que haber ido muy lejos... ¡Busca un poco más, por favor!

Citronela siguió gateando hacia él, palpando el suelo, hasta que cuando estaba casi a los pies del sillón donde él estaba sentado encontró algo:

—¡Ya lo tengo!

Luigi se llevó un susto increíble al sentirla a sus pies y replicó:

—¿Dónde estás?

Citronela se levantó con algo que parecía una cajita y respondió muerta de la curiosidad:

—¡Aquí!

Luigi estiró los brazos, la agarró por la cintura y la sentó encima de él.

—¡Ven!

—¡Madre mía, Luigi! ¿Pero qué es esto?

—Esto es un hombre loco por ti —le susurró al oído.

—¡Eso ya lo sé! Digo la cajita esta...

—Ábrela por favor —le pidió Luigi que estaba tan nervioso que hasta le costaba impostar la voz.

—Yo la abro, pero es que no voy a ver nad...

Citronela abrió la caja y tuvo que callarse porque al hacerlo se activó una lucecita LED que estaba encima de la tapa, justo en la mitad de la caja, que iluminó un anillo de impresión de oro blanco y diamantes que la dejó sin palabras:

—Si me permites... —habló Luigi.

Después, cogió el anillo y Citronela que no esperaba nada semejante, pues desde que le rescató del olivo se habían ido a vivir juntos con Luigi, el perro, y estaban muy bien así, le preguntó con el corazón a mil:

—Si te permito ¿qué?

—Levántate un momento, por favor. Y te lo digo...

Citronela se levantó, él hizo lo mismo y gracias a la lucecita de la caja comprobó cómo él clavaba una rodilla en el suelo:

—¡Ay mi madre! ¡Lo vas a hacer!

Y sin dudarle ni un instante, Luigi se lanzó con unos nervios tremendos:
—¡Por supuesto! Esto es mejor hacerlo de sopetón. En plan atraco. Así que dime Citronela, amor de mi vida, si te apetece, si no tienes nada mejor que hacer, ¿querrías casarte conmigo?

Citronela suspiró y sintió que estaba tan enamorada que solo pudo estirar el brazo, y replicar iluminándose la mano temblorosa con la cajita:

—Sí. ¡Esto es tan irremediable que solo puedo darte mi mano, querido Luigi!

Luigi le puso el anillo emocionadísimo, se puso de pie, la estrechó contra él y le preguntó:

—Y Pili ¿qué pensará de todo esto?

—¡Que le encanta!

—Y ¿tú crees que querrá casarse también?

—Si se lo pide Guillermo: ¡seguro que sí!

Guillermo carraspeó un poco y preguntó ya con su voz:

—¿Te quieres casar conmigo, Pili? Ya sé que estamos geniales como estamos, pero yo es que lo quiero todo contigo. Y aunque lo del matrimonio sea algo anticuado y decadente...

—¡Me pierde todo lo antiguo y decadente!

—¡Como a mí, toco la trompeta, no te digo más! Así que bueno, como tengo clarísimo que eres la mujer de mi vida y ya no tengo que pensarme nada más, tengo que pedírtelo. Pero que si te parece mal...

Pili lo abrazó y respondió con los labios pegados a los suyos, muerta de amor:

—¿Mal? Yo creo que es una idea estupenda...

—¿Ah sí?

—Rotundamente sí.

Pili le agarró por el cuello, se dieron un beso de película y luego él musitó enamorado hasta las trancas:

—Te prometo que todo va a salir bien. Y si no, ya me inventaré algo... Después de todo, esto de los inventos no se me da mal, ¿no?

Citronela se echó a reír...

Y así comenzó una noche perfecta, la primera de una infinidad.

Y es que Guillermo, a pesar de ser un trompetista, por supuesto que cumplió con su promesa...

Y Citronela la chica que no quería ni un trompetista más en su vida, no

solo se casó con uno, sino que luego le vinieron dos más.

Luigi y Guillermo, sus hijos.

Dos trompetistas que acabaron montando una banda con la hija de la pianista y el trombón: Artemesia Absinthium, sí, otra planta que ahuyenta a los bichos...